

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

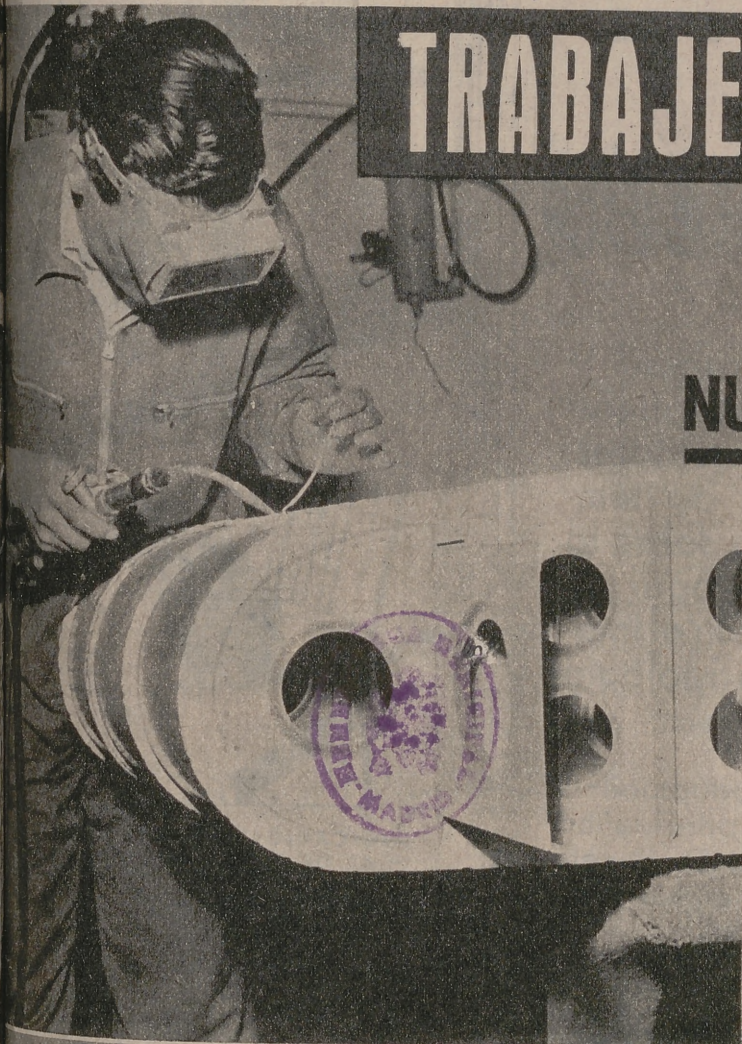
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 14 - 20 noviembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 311

TRABAJE A SU GUSTO

**NUEVOS TIEMPOS
NUEVAS TÉCNICAS
NUEVAS PROFESIONES!**

Mejores empleos
más oportunidades
PARA TODOS
los españoles



REBELION EN ARGELIA

Informe sobre la actual insurrección (pág. 11)

HISTERIA, SUPERSTICION Y HEREJIA

...os y pícaros al frente de nuevas sectas (pág. 15)

...ta del director a don José Ruiz de la Hermosa (pá-
... 7) ● El nuevo reino de Israel y la internaciona-
...ción de Jerusalén, por fray León, obispo de Te-
... (pág. 18) ● El ascensor ya es centenario, por
... M. Naveros (pág. 22) ● Los «burgos podridos» son
... burgos pletóricos, por Enrique Ruiz García, envia-
... especial (pág. 25) ● Ni latifundios ni minifundios,
... Jiménez Sutil (pág. 32) ● Entrevista con don Fran-
... Maldonado de Guevara (pág. 46) ● El libro que
... menester leer: «Ojos para ver», por Georges Ravón
... (página 50) ● Cemento: el milagro de una época (pá-
... 53) ● Entrevista con J. López Rubio, por Diego
... Jalón (página 57)

EL RIDICULO

Novela por Rafael Córdoba Orejón



LOS CLAROS DIAS
Otoñales

Claros por la luminosidad y transparencia de la atmósfera... pero también traidores. Los cambios súbitos de temperatura los notamos sobre la piel, todavía sin arropar. Y repercuten lo mismo en el interior porque alteran la fisiología

Encauzarla de nuevo, adaptándola al medio ambiente, es la principal acción de "Sal de Fruta" ENO, beneficiosa siempre, necesaria en los tránsitos de estación.

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGISTR

**ADAPTA EL ORGANISMO
A LA ESTACION**



**INDICACIONES DE LA
"SAL DE FRUTA" ENO**

MALESTAR GENERAL
DESARREGLOS DIGESTIVOS
INSUFICIENCIA HEPATICA
ESTREÑIMIENTO
ARTRITISMO
INAPETENCIA
INSOMNIO - JAQUECAS
DESGANA - IMPUREZAS



**Adquiera
el frasco
grande.
Resulta
más
económico**

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

C. S. 14112

Mejores empleos
y más oportunidades
PARA TODOS
los españoles

TRABAJE A SU GUSTO

**NUEVOS TIEMPOS,
NUEVAS TECNICAS,
NUEVAS PROFESIONES**

—VENGO a que me diga qué es lo que tengo que hacer para ganar más dinero.

Las palabras habían sonado claras, precisas, rotundas y duras. Ante la mesa de despacho de una oficina particular, un visitante de mediana estatura, bien vestido, de finas maneras, se enfrentaba, de este modo, con el hombre que, sentado momentos antes, se había puesto en pie para recibirle. El deseo, tal vez, ya fuera manifestado, no en aquel lugar mismo precisamente en ocasiones anteriores por muchos hombres. Obtener el máximo de beneficios económicos es, quizá, la única cosa en que están de acuerdo la «mayor mayoría» de las personas. Mas lo difícil es, sin duda, encontrar otra que de, con el error humano posible, la solución al deseo.

Hoy una profesión específica y totalmente delimitada es la de economista. Creada la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Madrid, a los pocos años de terminada nuestra Guerra de Liberación, se ha dado carácter legal y enseñanza sistemática a aquellos conocimientos que, naturalmente, ya estaban puestos en práctica por una minoría para el caso singular de su negocio o de su industria.

El hombre que iba a contestar al visitante era un economista.

—Usted me explicará sus actividades, su modo de vivir o a lo que, en definitiva, se dedica.

—Yo soy dueño de una gran extensión de terreno sin cultivar apenas. Estas son sus características, su situación, su extensión y su acomodo.

El visitante había sacado un gran plano en papel vegetal, donde, delineados, se podían ver los nombres de los barbechos; los trozos que anteriormente habían sido dedicados a un cultivo determinado; las orientaciones de los polígonos; las distancias a puntos aprovechables de agua; el río más cercano, incluso; los caminos y las carreteras de más fácil acceso; los edificios construidos que pudieran servir como almacenes o como viviendas; el emplazamiento exacto en la región precisa; y un resumen de las propiedades físicas y químicas de las tierras. Y en otro lugar, porque

el dato también era importante, el capital disponible.

—Vuelva usted dentro de un mes.

La consulta había sido rápida. El visitante, cuando bajaba por las escaleras, llevaba una gran sombra de duda. Al final salió a la calle y tuvo sólo un comentario.

—Bueno, ya veremos.

Porque lo dijo en alta voz, un peatón creyó que le preguntaban algo.

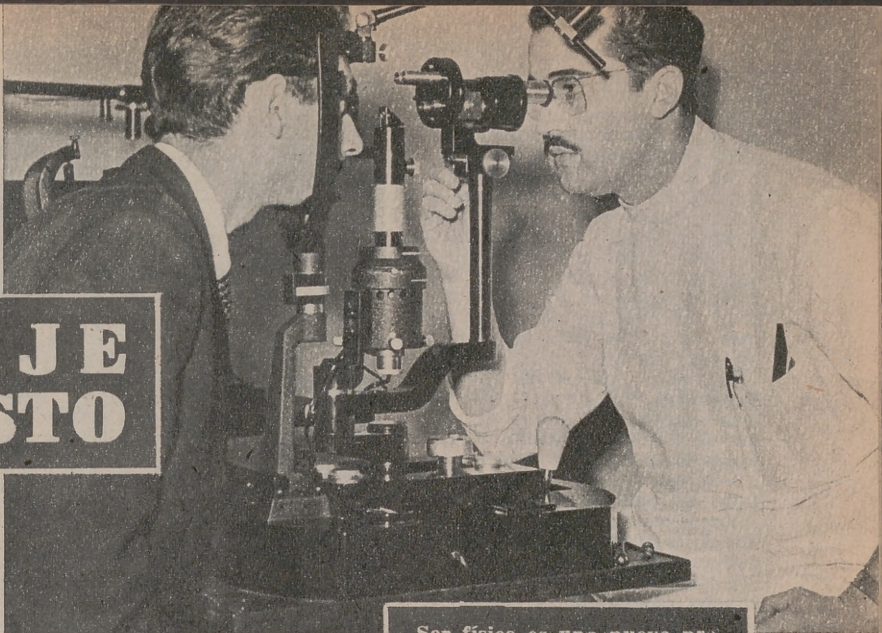
Al mes justo, el visitante volvió a llamar en la misma puerta del mismo piso. Recibió la respuesta:

—Este es el plan

Tres años pasaron desde entonces. Una magnífica explotación agrícola, en funcionamiento perfecto produce inmejorables beneficios. Con lo cual ha habido dos éxitos rotundos: el del que trazó el proyecto y el del que lo puso en realidad.

Esta escena, histórica y clavada, aconteció en el despacho de un joven economista español: José María Serrano Sánchez. El título de licenciado en Ciencias Económicas no sirve, tan sólo, para utilizarlo como requisito previo para unas oposiciones, con ser tal motivo, sin duda, importante y necesario. Hay hombres ya en España que viven de la libre profesión de economista. Porque no sólo son individualidades aisladas, como el caso del agricultor que quiso saber la manera de ganar dinero y lo consiguió, sino grandes empresas las que solicitan la ayuda y la colaboración de las nuevas promociones de economistas que salen de la Facultad.

Quizá el símbolo de este moderno y entrado concepto de lo económico, en el campo dilatado de la industria o de la agricultura, esté en la figura humana de José María Serrano Sánchez. No por lo que **sepa** —que siempre será menos de lo que pueda saber más adelante— de expedientes de dominio o de asuntos de tributación, en los que él es especialista, sino porque cuando esté en su despacho —en una mano la cachimba recta, la otra en su rubio cabello— y tome notas y extraiga apuntes para emitir el juicio definitivo sobre un proyecto, habrá trabajado, en cierto sentido, como muchos otros jó-



Ser físico es una nueva profesión en España. Y la óptica, dentro de sus especialidades, presenta un porvenir inmejorable

venes de ahora que estudiaron junto a él, en los mismos bancos y con los mismos profesores.

Y por todas las promociones de magníficos alumnos que salieron de la madrileña Facultad de Económicas habrá corrido una sensación de orgullo legítimo. Al fin y al cabo un licenciado en Económicas, como otros tantos, puede vivir —y bien, es casado y tiene un hijo— con la seguridad y la competencia que le proporciona su título. Abiertos sus conocimientos a todos los demás. Un nuevo plantel de técnicos —técnicos en Economía— de España y para España trabaja. Los frutos, pues, se ven palpablemente.

UNA DINASTIA DEL AIRE

Tanto en los hombres como en las mujeres han surgido, en los últimos años, unas profesiones específicas que hace poco tiempo no existían. Si antes fueron los economistas, ahora nos encontramos con las azafatas. La azafata es una mujer joven, tremendamente simpática, amable y solicita que acompaña al viajero en su ruta aérea. Sabe idiomas— dos, tres, cuatro o cinco, a veces— y



Esperanza Bautista, una azafata de la Iberia

sabe también volar. No tiene nervios, no conoce el pánico, no se mareará en servicio nunca. Es una especie de pájaro humano andando ingravidamente sobre los infinitos triángulos de las atmósferas. Y es moderna como el tiempo y comprende a los viajeros que allí arriba, junto a las nubes, tienen miedo a morir. Ella, la azafata, no tiene miedo a caer. Porque su seguridad la obtuvo de mil seguridades repetidas. Para ella el aire es tan familiar como su propia casa. El aire es para ella una habitación de su propio domicilio.

Un bello nombre de mujer es Esperanza. Y Esperanza se llama esta azafata que acaba de regresar de Palma de Mallorca. Esperanza Bautista, por más señas.

—Jamás fui otra cosa que azafata. Es bello volar. Cuando no estamos en el avión parece que nos falta algo. Y es porque, verdaderamente nos falta.

Francés e inglés habla esta muchacha madrileña.

—Yo he hecho todas las líneas de Europa. Me faltan las de América. Nunca se tiene un servicio fijo. Al contrario, se va cambiando y se van conociendo nuevos viajeros y nuevas ciudades.

Esperanza cuenta cómo por la calle la saludan personas que viajan, tan sólo una vez con ella. Y Esperanza vive feliz, porque vive bien, porque trabaja y porque gana su justo dinero.

LA FÍSICA, UNA FUERZA QUE NACE

Bremen es, como los estudiantes de Geografía saben, una ciudad de Alemania; de la occidental, más concretamente. De los días 12 al 15 de mayo pasado se celebraba allí el III Congreso de Radiolocalización. Y en uno de sus apartamentos muestrario estaba RXN-2.

RXN-2 parece, desde lejos, una sombrilla. Y puede parecerlo, porque RXN-2 no es como cualquiera pensase, ningún agente de contraespionaje, ni misteriosa persona que utilizase anagráfico disfraz. RXN-2 es, sencillamente, un prototipo de radar construido por el Instituto Nacional de Electrónica de España. El Grupo de Radar, bajo la supervisión del director del Instituto, don Manuel Espinosa, ha diseñado y realizado en menos de seis meses este segundo aparato de empleo en navegación marítima y de control de movimientos de buques en puertos, con otras aplicaciones civiles y militares mediante un pequeño cambio en sus componentes. En el stand de la Exposición de Bremen, uno de los visitantes preguntó:

—¿Quién ha sido el autor de este magnífico aparato?

Y obtuvo una respuesta:

—La voluntad y la ciencia del Grupo de Radar del Instituto de Electrónica.

Un perfecto grupo unido, una voluntad y una dirección que han hecho posible la petición de permiso de fabricación por una prestigiosa firma alemana cuando el RXN-2 fué exhibido ante delegados del Gobierno Federal alemán.

Radars de navegación americanos e ingleses han sido superados por este modelo creado por un grupo de jóvenes físicos de España.

Físicos de España, he aquí la frase. Porque ser físico es, ahora, por derecho propio, otra de las



Merceditas Lucas, reciente especialista en la industria de la confección del plástico, suelda electrónicamente las «costuras» de un impermeable

nuevas profesiones que han tomado carta de naturaleza entre los estudiantes que empiezan. Si antes la Física no pasaba del extenso, pero limitado, campo de la teoría, ahora ser físico es tener seguridad de ser llamado para una actividad física también.

La especialidad física posee, esquemáticamente, dos partes. Una, la investigación. Otra, la industria privada.

Ahí está, entre las primeras, la energía nuclear y el radar y la microonda; y entre las segundas, la fotografía, la electricidad y la óptica. Sin que esto quiera decir que ambas especialidades se entrecruzan y se mezclen, ya que la una es para la otra y viceversa.

En Física, actualmente, se trabaja mucho y bien en España. No solamente al campo de la electrónica—una de cuyas más brillantes representaciones está en el modelo anterior de radar—, sino el campo de la óptica, por ejemplo.

El cálculo de sistemas ópticos y la mecánica de precisión son las dos especialidades que los novísimos diplomados en Ingeniería óptica pueden estudiar. Diplomado en Ingeniería óptica, nueva carrera.

Armando Ulloa Garmendia, un físico de ahora, pertenece a la más pura tradición óptica española. Proyectar aparatos para ser construidos—mecánica de precisión, en suma—, ya lo han hecho, ¡qué duda cabe!, otros técnicos en España. Pero recibir una última formación teórica y práctica por los mejores especialistas del mundo entero, en el Instituto de Óptica «Daza de Valdés» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas sólo ha sido permitido—desde hace cinco años que comenzaron los estudios hasta el presente—a unas veinticinco personas. Y entre estos veinticinco diplomados está Armando Ulloa.

—Para mí, evidentemente, ha sido una necesidad vocacional el estudio de la óptica. Mi actividad futura está ya delimitada. La construcción y perfeccionamiento de aparatos para oftalmólogos encauzará los conocimientos técnicos adquiridos en los cursillos.

Armando Ulloa es físico. Pero, como físico, es óptico. El ya tiene su actividad. Y otros compañeros diplomados, también. Por-

que la Empresa Nacional de Óptica del I. N. I. absorbe, casi exclusivamente, las promociones.

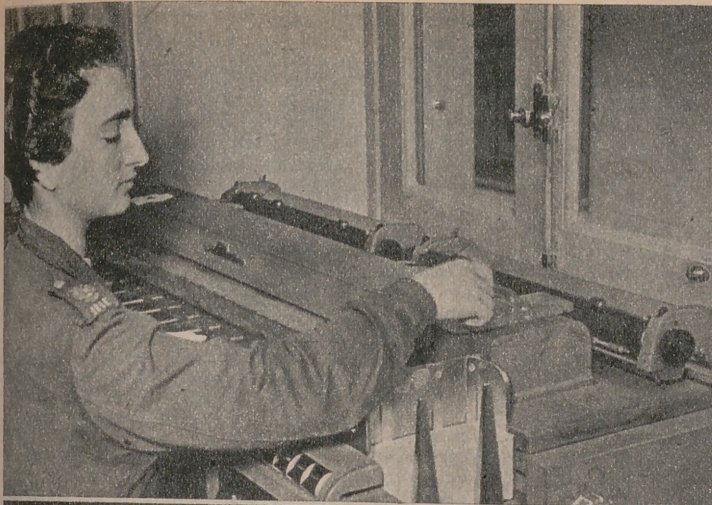
Otras industrias, en diferentes especialidades, emplean físicos. Y si no ahí está el ejemplo de Marconi Española, S. A.—con José E. de Carlos—y sus modernas instalaciones, montadas para la fabricación de válvulas electrónicas, en donde el físico, desde su laboratorio, lleva el control y la medida precisa de las características exigidas a la materia prima—vidrios, bases de cátodos, hilos de rejillas...—, con lo que la televisión, la radio, las máquinas calculadoras y clasificadoras o las especialísimas máquinas industriales están, en su parte correspondiente, bajo la sabia ciencia del físico, esta profesión nueva que, al igual que muchas, con su campo perfectamente específico, acaba de nacer con fuerza en España.

EL ALEGRE COLOR DE LA CAFETERIA

En muchas profesiones la mujer ha sustituido o va sustituyendo al hombre. Y una profesión es la de camarero. La cafetería ha pasado a ser una institución clásica en esta moderna época. Antes, las amistades se hacían sobre los divanes de un café, el tiempo corriendo, la conversación filosófica, el camarero eterno y amigo. Ahora, la amistad es rápida, banqueta con banqueta, charla deportiva, sirvienta que se olvida, que cambia y que apenas se conoce. Nunca, en el turno, es la misma, porque las horas de ambos son diferentes. Y los sitios, cuando no, también.

Diecinueve años morenos, serios y precisos ha cumplido Marujita. En la nómina su nombre es menos familiar. Y tiene, por la contra, también el apellido: María Pulido. Ella sirve las mesas del fondo.

—De tres a seis y de nueve a dos es mi turno. Casi tres años llevo trabajando. Me gusta el cine y Gregory Peck y Cary Grant y Peter Lawford. No tengo novia. Vivo en el barrio de Salamanca. Salgo también a pasear con alguna amiga. Y estoy contenta, muy contenta, de mi trabajo.



La mujer ya no sólo es mecanógrafa. Sabe idiomas y maneja complicadas máquinas clasificadoras. Amalia García lo demuestra

Esta es la biografía en cincuenta palabras de una muchacha trabajadora. Pero lo que en ella no aparece es que María—una niña morena—vive sola con su madre, y con lo que gana sostiene entera la casa. Viven en paz y gracia de Dios, porque la profesión, recién traída, da para ello.

LA ESTADÍSTICA, SECRETO DE GUERRA

Uno de los secretos de guerra más celosamente guardados por los Estados Unidos durante el pasado conflicto mundial lo constituía, ni más ni menos, que un método estadístico. En las fábricas de aviones Boeing se observó que de cuando en cuando había partidas de piezas, a veces unitarias, que no daban las características precisas para un satisfactorio rendimiento. Las plateadas estructuras de las fortalezas volantes, de cuatro en cuatro, a lo ancho de las amplísimas naves de montaje, estaban, por esto, amenazadas de fracaso. Los técnicos del laboratorio de investigación, a forzado ritmo, porque la guerra no admite espera, comenzaron sus trabajos. El resultado fué descubrir el control de calidad, técnica en esencia que consistía en inspeccionar saltadas piezas de una partida con arreglo a científico método y del examen de la minoría inferior, con un gran margen de seguridad, las óptimas o rechazables, en cada caso, condiciones de empleo de los mecanismos examinados. La aviación, como elemento masivo de combate, disponía, a partir de entonces, de un arma decisiva: la garantía. Dos estadísticos fueron los autores del descubrimiento.

Así como físico y economista antes ocuparon su lugar estadístico, es ahora en España otra de las profesiones totalmente nuevas y delimitadas. Aunque en España ya existían los Cuerpos de Estadística del Estado, ha sido la creación de la Escuela de Estadística en la Universidad de Madrid la que ha dado reconocimiento oficial y categoría privada a unas teorías matemáti-

cas que lo mismo pueden ser aplicadas en lo económico que en lo psicológico, en la técnica del gobierno de un Estado o en la física y en la química, en la biología o en la ingeniería, en la cibernética o en las artes. La modernísima teoría estadística análoga ayuda presta a la mecánica estadística cuántica que a la astronomía, que a las finanzas, que al proyectaje de cerebros electrónicos, que a la delimitación de las grandes corrientes culturales del pensamiento. Porque igual sirve el profesional de la estadística para establecer una cuestión de genética que para determinar si un libro en duda fué o no escrito por autor prefigurado.

Hoy un hombre puede perfectamente vivir en España con su privada profesión de estadístico. Porque las empresas—bien sea para sus equipos especiales de control de calidad, bien para estudiar las características de los mercados y canalizar en un determinado sentido las ventas de sus productos—escogen y buscan estadísticos profesionales.

Grandes fábricas nacionales—Marconi, Pegaso y Philips, por ejemplo—han buscado para sus departamentos nuevos estadísticos españoles. García Siso, Romani Miquel y Alcaide Inchausti dan fe probada de la noticia.

Por la mañana, delegado del Instituto Nacional de Estadística en el Ministerio de Educación Nacional, por la tarde, jefe del Departamento de Estadística de Philips Ibérica, S. A., por la noche, profesor de estadística matemática. Esta es la actividad diaria y sintetizada de Angel Alcaide Inchausti, treinta y cinco años, licenciado en Ciencias Exactas y en Ciencias Económicas, nuevo estadístico de España. Hace catorce años había terminado su carrera matemática. Otros, como él, hicieron lo propio. Y la estadística—rama vieja con profesión nueva—les atrajo. Y de ella, particularmente, pueden vivir. El Instituto Nacional de Estadística se sirve de parte de ellos; las empresas privadas, de la otra parte. Ambas conjuntan la figura. Estadístico:

una nueva actividad de calidad en España.

EL CINE Y EL IDIOMA, DOS INTERNACIONALIDADES

«El galán llevaba una cazadora marrón, la corbata azul con lunares blancos, el pico derecho del cuello de la camisa levantado, los pantalones, grises, con dos manchas de grasa en la rodilla derecha. El reloj de su muñeca señalaba las once y doce minutos. Encima de la mesa, un libro encuadernado en rojo. En un vaso, un clavel blanco»

Estas anteriores anotaciones pueden muy bien ser las de una «scrip-girl» o secretaria de dirección más precisamente. Porque si bien en esta transformación, en este cambio de fisonomía personal y total que se está llevando a cabo en España, el cine ya existía, han sido precisamente las mujeres las que han ocupado, casi en total exclusiva, aquel cargo. Ellas han de cuidarse de que en el próximo plano que se va a rodar el galán, la dama, el actor de carácter o el simple extra que pasa dos veces delante de una puerta lleven exactísimamente la misma indumentaria que el plano anterior, del que el presente es continuación encadenada.

Las nuevas ocupaciones de la mujer se notan casi más que las de los hombres. Quizá porque al fin y al cabo los hombres sean los que se fijan en ellas; en las mujeres, se entiende. Esta es, ahora, Amalia García Gómez, una jovencita de veintidós años que ya no es solamente mecanógrafa. Sus ojos claros—para ella nada mejor que la comparación eterna de la luna—han estudiado idiomas y han aprendido el manejo de otras máquinas: las clasificadoras electrónicas, por ejemplo. Y Amalia lee «Le Figaro Littéraire» o la última novela del Premio Goncourt y se permite el lujo de comprar «Selecciones» del «Reader Digest» en la propia edición del idioma de Shakespeare. Amalia viene a ser así como la representación viva—graciosa y morena—de esta nueva faceta profesional de la mujer de ahora: la mecanógrafa, que es más todavía, que es traductora, que es calculadora y que sabe manejar complicados aparatos de creación novísima.

Así, cuando estas mujeres vayan a París, o a Londres, o a Berlín, o a Roma, podrán hacer, por ejemplo, dos cosas: una, cantar un tanguillo de Quintero, León y Quiroga al lado de la Torre Eiffel, a la entrada del Palacio Real, bajo la puerta de Brandeburgo o frente a las ruinas ancestrales del Coliseo y la otra, discutir en el propio idioma con el guía que quiere cobrarles más de la tarifa.

A NESTESIA, SOLDADURA Y METALURGIA, OBJETIVOS CUMPLIDOS

Difícil sería no encontrar rama alguna de la ciencia que no tuviera una especialidad, por pequeña, nueva. Ahí está, entre la Medicina, la profesión recentísima de anestesista. En cierta ma-

nera puede decirse que el anestesista dirige el ritmo, el «tempo», de la operación. Porque en algunos casos el pulso del enfermo, la debilitación de la resistencia u otra causa hacen que el cirujano vaya más de prisa, corra más, sin detrimento por ello de la seguridad última. Hoy el anestesista es un médico—también hay practicantes, desde luego—que manipula exclusivamente los aparatos anestesiadores.

Un mono de amianto, una pantalla azul de plástico protector para los ojos, un soplete en la mano, aceros especiales como propósito. Esta podría ser la definición sintética del nuevo especialista en soldadura. Porque hace no más de diez años, la Escuela Especial de Ingenieros Industriales creo la especialidad. Y ya hay promociones magníficas en casi todas las empresas. Los aceros de los aviones, por ejemplo, conocen el oficio.

Dentro, también, de este capítulo de hombres con profesión nueva, con profesión recientemente creada, están los ingenieros de Armamento y Construcción. Doce años, tal vez, no lleve, como tal, de funcionamiento. Y nombres auténticos de internacional talla dió la Escuela. Ahí están, por citar, entre muchos, Gómez Baeza, Díaz Pedregal y Del Riego, en Metalurgia: creadores e investigadores, con realizaciones definidas y concretas, que ensalzan el centro donde estudiaron.

Anestesia, soldadura y metalurgia son, así, tres profesiones recién llegadas. Tres especialidades que han reunido, en estos tiempos últimos, hombres de capacidad, de estudio, de esfuerzo y de inteligencia excepcionales. Y, frente a la competencia externa, han triunfado. Ellos sí que pueden decir —junto con todos sus compañeros que poseen la misma categoría profesional— que han sido alcanzados los objetivos.

MAQUINAS ELECTRONICAS PARA LOS PLASTICOS

Sentada frente a una máquina electrónica de soldar plásticos, una muchacha trabaja. Impermeables blancos, azules, negros o grises, van pasando por sus manos. Unas manos agilísimas que cortan, si ser pudiera, el aire. Y diez o doce impermeables por día como resultado del esfuerzo aplicado.

Otra de las recientes creaciones de la técnica ha sido la confección de vestidos y de objetos de plásticos o de nylon. Carteras, billeteros, bolsos, camisas, blusas, impermeables, prendas de todas clases en definitiva, son de aceptadísimo uso por parte de todas

las personas. Una blusa puede ser lavada por la noche y al rato estar seca y totalmente planchada. Un impermeable que cubra a un hombre de dos metros de estatura puede ser llevado tranquilamente en el bolsillo. La actividad profesional en el terreno de los plásticos es, pues, totalmente nueva.

Quince metros, poco más o menos, tiene la gran sala de soldado cortado y cosido de una fábrica de impermeables de plástico; la fábrica «Dogy», pues en ella estamos. Metros y metros de plástico blanco, semilúcido u opaco, se extienden sobre la mesa. Son invitación figurada para envolver en delicada operación la sonrisa de las muchachas que trabajan esta nueva técnica. Dos meses cuesta enseñar la profesión y el manejo de las máquinas a una mujer recién llegada.

Y ahí están, para contarlo, María Teresa Balandin, Anita Gómez y Mercedes Lucas, que, entre impermeable terminado e impermeable comenzado, piensan, porque son jóvenes, porque están contentas y porque son felices, en disfrutar de la vida.

—Me gustan los toros, y Gary Cooper, y también bailar—dice Mercedes.

—Y a mí—contesta Anita.

—Y a mí—remacha María Teresa.

Vigilando a todas —más de treinta muchachas— está la encargada, se llama Sarita. Sarita Lucas, concretando. Es joven y también es morena. Ella es profesora de corte. Pero la nueva especialidad le atrae. Y vive bien, porque el trabajo está bien pagado y porque el oficio o la profesión necesita un aprendizaje y un estudio que no tiene todo el mundo. Tres hermanas adoptaron la profesión. Las tres están contentas. Y por ello esta hermana mayor y primera tiene ganas de cantar y de bailar, porque el trabajo y la ganancia lo permiten.

Un hombre, Ramón Gutiérrez, es en este momento el cortador. Hubo igualmente que especializarse con el material nuevo. Pero gana más que de sastre simple. Porque las nuevas técnicas, los nuevos oficios o las nuevas profesiones, cuando hay sobre todo interés en perfeccionarse y en mejorar la labor diaria, producen más. Para el que lo hace y para el que compra el producto. Ganancia y economía es el resultado. Así, Ramón Gutiérrez —cortador de plásticos—, casado, con tres hijos, puede ir siempre que quiere a ver torear a Pedrés. A verle torear al tendido del 9, que es sombra en la plaza de Madrid. Sin que por ello nadie en su casa tenga que dejar de comer o de vestir, como sucedía —en otras familias— en los tiempos antiguos.

Esta fábrica de confección de plásticos «Dogy»—la primera que se instaló en España—puede producir diariamente trescientos impermeables soldados electrónicamente

y mil doscientos cosidos a máquina. Su propietario y fundador—el apellido es lo mismo que el nombre de la fábrica—se preocupa de que los modelos saquen cada día una innovación—ahora es la patente para conservar los bolsillos sin rasgadura alguna—y estimula y premia a aquellos productores que pusieron más celo, más empeño, más perfección en el trabajo.

Con lo cual, cuando las mujeres y los hombres que acaban su turno bajan a la calle y marchan hacia sus casas, parece como si una gran y unida familia saliera de paseo en día de festividad. Porque la buena satisfacción está con todos.

SEMANA A MEDIAS

Y si empezamos con el hombre, terminemos con la mujer. Aun quedarán, cierto es, otras muchas profesiones y otros muchos oficios que mejoran día a día y que surgen casi hora a hora. Porque hoy ni el obrero ni el estudiante español son estáticos. Antes al contrario, perfeccionan, momento a momento, su técnica y crean, cuando la necesidad es cierta, métodos nuevos.

La mujer, igualmente, ha elevado su nivel de vida. Y la mujer modesta, en lo que puede, personalmente se industrializa. Porque una industrialización—pequeña, eso sí—es adquirir una máquina de coger puntos a las medias, instalarse en el rinconcito de cualquier tienda del barrio o trabajar en casa las reparaciones que recogen para ella —el tanto por ciento convenido— en la mercería de la esquina. Las muchachas que cogen puntos a las medias han dado un nuevo aspecto a la fisonomía de los comercios menores de las ciudades. Y también una nueva clientela.

Josefina Martínez, veinte años sin cumplir, con un espíritu del canto introducido en el alma es una de las campeonas de esta recién instaurada profesión.

—Cinco años llevo junto a la máquina. Ocho horas todos los días. Soltera. Sin ncvio. Victor Mature, en la pantalla.

En la casa Vitos es operaria de primera. Y el ruido veloz y sincronizado de su máquina afirma la tesis.

Mujeres hay de esta categoría que obtienen casi cien pesetas de beneficio diario. Depende, desde luego, del sitio, de la máquina y de el interés personal. Hasta ahora la ocupación no tiene quiebra. Porque, ¿qué mujer no se compra dos pares de medias a la semana?

Estos son unos ejemplos de las nuevas técnicas, de las nuevas profesiones y de las nuevas ocupaciones en la vida de España. Los hombres y las mujeres de hoy trabajan mejor en cosas mejores. Beneficio de todos y para todos es, sin duda, el resultado.

JOSE MARIA DELEYTO
(Fotografías de Aumente)



María Pulido, a la derecha, muchacha de una cafetería

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON JOSE RUIZ DE LA HERMOSA

Las palabras artificiales, las que no representan objetos como silla, mesa, clavel o coliflor, padecen o se tornan enigmáticas. Asistí al montaje de la palabra JONS, ensambladas meticulosamente, yuxtapuestas letra tras letra, que nos evocaban conceptos, deseos, impulsos y promesas. Las JONS aparecieron en el equinoccio de 1931, entre un viaje de Ledesma Ramos sobre su moto por las tierras altas de Palencia hasta el monasterio burgalés de Silos y otro viaje de don Alejandro Lerroux a Ginebra, delegado del Gobierno provisional de la República española en un Comité de la Sociedad de las Naciones que iba a arreglar el litigio de la Manchuria. En el orbe infinito de las siglas, las JONS han sobrevivido a la manera de un apéndice un tanto misterioso, como el propio apéndice de nuestro cuerpo humano. Supervivientes sólo las JONS, los demás protagonistas (incluso los jóvenes, como tú, como Ramiro) perecieron; mientras España, obedeciendo al Génesis, crecía y se multiplicaba. La Mancha que te asesinó ya no es la Mancha melodramática del pleito de la Solana, en el que don Joaquín Costa ponía una cuenta de honorarios irrisoria para destacar como un gigantón de la pobreza encima de la España misérrima. Tampoco es la Mancha del libro de la decadencia nacional que es el «Quijote», el libro de las ilusiones perdidas de Cervantes, cual se pierde el río Guadiana a través de la Mancha. La Mancha yerma y enorme, con juncos y carrizales, con molinos de viento que no dan vueltas y con queso manchego tan espeso como el poso que había en el gacznate anímico de Ciudad Real. Pero ya esta provincia latifundaria y vitivinícola es un complejo industrial, acaso es la provincia con más posibles de España, la provincia que más pueda parecerse a la ancha, llana y fabril Europa, aunque conservando la chispa divina del quijotismo para que tanta futura felicidad no se corrompa. A la Mancha acuden los poetas y los geólogos, porque es un tema lírico permanente, que de vez en cuando se transforma en épico, y porque la Mancha, amasada con el agua freática, con las lagunas y los pantanos del subsuelo, será una tierra feraz. Como no debemos prescindir de los españoles, hay que recordar a aquel taumaturgo de la política hidráulica que fué don Rafael Gasset, inspirándose en la Mancha para coger la varita de Moisés (antecedente del zahorí o rabadmante) que abre entre las arenas manantiales y tal vez recordar al hijo del carretero de la Mancha que fué don Baldomero Espartero, yéndose a vivir junto a un río descubierta, como es el Ebro en Logroño; porque eso no fué durante siglos nuestra Patria, sino un río subterráneo, sumergido, sobre cuya linfa oculta triunfaba el invasor y el desierto. La Corte se había asentado a la vera de un aprendizaje de río que comunicaba su pequeñez a los cortesanos, entretanto que los liberales de la oposición añoraban ríos exóticos, los ríos de las naciones que nos habían impuesto sus cadenas y hasta el prestigio de sus cadenas fluviales: el Sena y el Támesis. El anglosajón, aunque procedente de la manchega Granátula, Espartero suponía habitar en Londres, cuando su casa de adopción estaba en la Rioja, en medio de las interjecciones dialectales más picantes que las ristas de los pimientos rojos.

La metáfora del río nos vale porque es una metáfora muy antigua, empleada por Heráclito para explicarnos la existencia. En 1931 afloró una parte

del río, la menos subyacente, la que pudieron desatapar con sus manos los muchachos de las JONS. Visto con una perspectiva de cerca de veinticinco años, aquello que terminó para sus actores con la muerte, no me atrevo a definirlo como muchachada o como hombrada, o quizá será menester inventar otra palabra como inventamos la palabra JONS. Ramiro había cumplido el cuarto de siglo y quería, pidiéndolo con denuedo y audacia, cuanto habían querido los Reyes de España, los caudillos españoles. Y, sin embargo, para muchos, para casi todos, éramos unos insolventes. Lo oficial era don Alejandro Lerroux, la Sociedad de las Naciones, el Gobierno provisional de la República, los manchúes defendidos por los ginebrinos... Ledesma recorrió con su moto Castilla la Vieja, que es la réplica primigenia de la Mancha castellana, esperando convencer a los curas y a los monjes de los templos románicos. Las juveniles JONS eran, en el fondo, un entronque directo con el pasado, con la vena soterrada de nuestro país, con los veneros más profundos y cristianos de la tradición. El párroco de Valdecañas del Cerrato, el sacerdote de Valencia de Don Juan, Fray Justo Pérez de Urbel se alistaron en las JONS en 1931, como Julio Ruiz de Alda, como Matías Montero, como tú, José Ruiz de la Hermosa, que fuiste asesinado en Daimiel antes que ninguno.

Entonces la Falange ya existía, pues el río se iba descubriendo y ya tenía el caudal de nuestros ríos ante las ciudades históricas. El genio político de José Antonio se puso delante de esta resurrección de nuestra sangre y de nuestras aguas, como Francisco Franco está al frente de esta España que es casi un mar aflorado, con sus obras hidráulicas gigantescas, con sus crecientes cultivos de regadío, con su Mancha industrializada, donde ha surgido hasta un nuevo molino, el molino de la fantasía y del realismo de Gregorio Prieto. No hay más milagros que los milagros de la fe con obras, los milagros de la vida sobrenatural, de la trascendencia religiosa. Esos milagros empiezan con el martirio, como así fué el principio y el fin de tu biografía, idéntica en el desenlace a las biografías de Ledesma y de José Antonio Primo de Rivera. Hubo un adolescente en Daimiel que creyó en las JONS, porque creyó en el credo inalterable de España, y por eso te mataron, de igual manera que luego a Ramiro, un 29 de octubre, y a José Antonio, un 20 de noviembre. Los asesinos supusieron que la vida seguiría igual y, no obstante, la vida no es la misma, porque han desaparecido, sin rastros benéficos, don Alejandro Lerroux, la Sociedad de las Naciones, el Gobierno provisional de la República, y en cuanto a los manchúes, ahora son protegidos por los rusos. Tú moriste, Ramiro murió, José Antonio murió, para que a nosotros no nos protegieran los rusos. En la sazón de tu asesinato compuse un poema que entonces gustó algo y que se recitaba en las reuniones clandestinas de los conmilltones como también se ha cantado el viejo himno de las JONS, en donde profetizaba la muerte para la juventud, cuando los de más edad habíamos cumplido el cuarto de siglo; pero tal vez el que invoca a la muerte la atrae. En las vísperas del 20 de noviembre el primer dístico del verso podéis compartirlo José Antonio y tú, ya que José Antonio se sentiría feliz al lado del camarada jonsista. El verso decía y dice: «Eras lo mejor de la Patria, eras la juventud del mundo, — las muchachas morenas te querían con un cariño duro...»

TODO LOS MESES SE PUBLICA "POESIA ESPAÑOLA"
UNA GRAN REVISTA LITERARIA POR DIEZ PESETAS

ME confío a la benevolencia de ustedes y a la del administrador de EL ESPAÑOL, para escribir algo que parece un pequeño reportaje publicitario. Sí, señores: se trata de hablar de un garaje; de un garaje de Madrid. Está junto a la Gran Vía y es muy grande; pero ni más ni menos que otros muchos garajes del mismo Madrid, de Barcelona y de otras ciudades españolas. Es el garaje que utilicé hace unas semanas, en mi último viaje a la capital, porque era el que estaba más cerca de mi hotel, que por esta importante razón se eligen los garajes.

Hay aún en nuestro país una fuerte corriente que podríamos denominar larrriana, en la crónica de las ciudades. Todas las notas pesimistas sobre nuestra realidad, quieren inspirarse en Larra. Todos los artículos de sentido común, sobre política, quieren encontrar su precedente en Balmes. Balmes y Larra son, sin duda alguna, dos visiones distintas de la vida española, dos constantes temperamentales en todas las generaciones españolas. Pero nosotros no hemos visto a nuestro garaje con ojos balmesianos, ni mucho menos con ojos larrrianos. Apenas lo hemos visto. Hemos sido unos simples usuarios. Nuestros ojos son ojos objetivos de cliente y aun diríamos de cliente catalán. Este garaje—como otros—tiene cinco o seis pisos a los que ascienden los coches confiados a su pupilaje, mediante una combinación de ascensores.

Pero en el garaje de Madrid notamos una particularidad, chocante, sin duda alguna, porque contrasta con la visión pesimista de nuestra capital, con la leyenda negra que tiene Madrid, tan habitualmente extendida en las ciudades de la periferia española.

Si ustedes van a Madrid harán muy bien en frecuentar las grandes salas de espectáculos de la capital: los cines de la Gran Vía, los teatros nacionales, etc. Pero en mi último viaje, únicamente tuve tiempo de asistir a una representación de la obra de Alfonso Sastre, «La mordaza». Iba a encerrar mi coche todas las noches, a eso de las once. Las once de la noche para la España que trabaja, para los españoles activos que no se deben profesionalmente a horarios extraños como son los del periodismo, es una hora de descanso, o por decirlo de una manera más americanista, más en vistas a la productividad, de renovación de fuerzas. Pero la leyenda negra de Madrid, afirma que Madrid no trabaja. El funcionario, para Larra y sus epigones, no trabaja. El técnico y el profesional de Madrid, para aquellos mismos escritores, no trabaja. La Corte era concebida por esa leyenda negra, como un milagro de la ociosidad.

Pues bien, a las once, nuestro garaje, ese garaje Dipeza, estaba abarrotado de coches. Todos los vehículos, varios centenares, estaban ya en las plazas respectivas. No podíamos creer aquel extraño fenómeno. Madrid, el Madrid de hoy, se acuesta temprano. Creíamos, iba con mi mujer, que se trataba de los coches de personas que no viven habitualmente en la capital. Efectivamente: en nuestro piso, el quinto, la mayoría de los vehículos llevaban matrículas de capitales de provincia. Pero descendimos una y otra noche, en afán de pesquisa y averiguación, a visitar los pisos inferiores, destinados al pupilaje de los coches, por así decirlo, de plantilla, o de las familias que residen en la ciudad. Todos llevaban matrícula

de Madrid y también todos estaban allá, la mayoría, en sus respectivas plazas, a las once de la noche. Madrid, definitivamente, se acuesta temprano.

Lo extraordinario, empero, y lo que yo quiero contar a los hombres de la periferia española, es que al día siguiente, a las nueve, a las nueve y media, cuando iba a sacar mi coche para empezar las gestiones cotidianas que debía realizar en las oficinas públicas de la capital, veíamos un fenómeno aun más sorprendente. El garaje, principalmente en los pisos dedicados a los coches de la capital, estaba completamente vacío. Aquellos vehículos se habían lanzado a la calle, y con sus dueños y usuarios, habían ya emprendido la jornada de trabajo. Este nuevo horario madrileño, es algo que invita a una profunda reflexión y que se pone ante nuestros ojos como una esperanza y una silenciosa transformación de España.

Por la mañana, desde nuestro hotel, se veían largas colas de desocupados ante las taquillas de uno de los más famosos cines de la ciudad. Pero nosotros teníamos presente la realidad de nuestro garaje. De estos hombres con una situación económica suficiente para mantener su propio coche y al mismo tiempo con una ambición un anhelo, un sentido de la responsabilidad social y económica que nos incumbe, suficiente para convertir a esos coches en exponentes de actividad de trabajo, de laboriosidad. España, decididamente, cambia. EL ESPAÑOL así lo viene sosteniendo sobre la realidad de nuestro país. Sobre tantos y tantos hechos de más dimensión, pero no de mayor elocuencia que nuestro garaje.

Claudio COLOMER MARQUES

EQUILIBRIO Y FORTALEZA

EN una de sus alocuciones, ha dicho Su Santidad: «Para proteger la libertad del ciudadano, al mismo tiempo que para servir al bien común por la activa cooperación de todas las fuerzas vivas de la nación, deben los Poderes públicos ejercer su actividad con firmeza y con independencia.»

Sólo un Estado fuerte, una autoridad independiente en el ejercicio público de sus funciones pueden hoy obtener de la sociedad la confianza y el espíritu de adhesión que para su labor política y estatal le son indispensables. El Estado falsamente democrático, salido de las normas liberales del siglo XIX, deja un sello indeleble en los Gobiernos de la pasada centuria: debilidad y dependencia ante Poderes intermediarios. La sociedad, el pueblo se resienten, y las consecuencias no se dejan esperar. La falta de cooperación, la irresponsabilidad y una total ausencia de voluntad de hacer dejan de ser notas de un individuo para convertirse en comunidad de males comunes, incrustándose en una sociedad que no puede ampararse y defenderse en la cimentada y fuerte autoridad pública de los Estados decadentes.

Si la dignidad humana, en una concepción cristiana del hombre, es la dignidad de la imagen de Dios, la dignidad de toda autoridad política, legalmente constituida, es la dignidad de su participación en la autoridad divina.

En modo alguno se puede hoy negar al Estado un derecho propio que el viejo liberalismo le rehusaba, porque el acierto de los Gobiernos, si bien es verdad que no radica en la tentación de estatismo, tampoco se forja en una tentación de debilidad.

En su carta a los profesores de la Semana Social de Cannes, celebrada últimamente, Pío XII confirmaba, una vez más, la exigencia de que toda autoridad se cimiente sobre las bases de una firmeza incommovible, porque, en una larga medida, «una crisis de Poder es una crisis de civismo, es decir, en fin de cuentas, una crisis del hombre».

El concepto positivista del Estado y de la autoridad hace a los Poderes públicos perder el mantenimiento de su equilibrio. Al abandonar las raíces morales, las estructuras políticas se ven necesariamente obligadas a claudicar bajo la presión conjurada de hombres y acontecimientos, porque es fácil resbalar cuando el terreno es falso.

Por naturaleza, toda autoridad reclama consistencia si es la defensa del bien común, de los intereses de la comunidad, el único y primordial fin para el que se crean los Gobiernos y para el que la autoridad baja de Dios a los hombres.

EL ESPAÑOL

CONGRESO NACIONAL DE GANADERIA

[A primera consideración que se puede extraer del I Congreso Nacional de Ganadería correspondiente, sencillamente, al alto número de la representación: cerca de cuatro mil hombres se han reunido para tratar de la ganadería española.

A esta primera afirmación en orden al número habría de seguirse con otra no menos importante. Por vez primera es posible organizar en España un Congreso de tal categoría con la más vasta presencia de los técnicos, economistas y productores, sin que su asistencia este previamente sujeta a factores de banderías políticas.

Si los españoles quisiéramos entender cuanto de interés extremo se desprende de semejante actitud tendríamos que pensar que sólo una preocupación política verdadera, es decir, una preocupación que considera los problemas de la nación como un todo congruente y vivo, ha sido capaz de conciliar—y demos al Congreso su carácter de consejo y concilio—las naturales y lógicas discrepancias.

Por otra parte, el I Congreso Nacional de Ganadería ha planteado con todo rigor la formación de una serie de ponencias y proyectos que afectan, consecuentemente, a todo el proceso ganadero y de transformación. Porque hay que tener en cuenta que en la vida económica del país la ganadería tiene un lugar de importancia tan destacada que sólo unas cortas cifras pueden dar idea de su significación concreta: «La ganadería beneficia al país en setenta y un mil millones de pesetas, lo que representa un tercio de toda la renta nacional. Solamente la lana da más dinero que la suma de las producciones de cemento, hierro y montes. La carne vale el doble que las cosechas de aceite, vino, naranjas, tomates y plátanos juntas.»

El ordenamiento racional de esta enorme riqueza puede tener una importancia considerable en el nivel de la renta individual y nacional de los españoles y de España. Aparte, como es lógico, de estudiarse todos los factores de la producción y del consumo en sus aspectos más importantes para el consumidor: en los precios.

Todo ello se ha producido, por otra parte, bajo el marco de la Organización Sindical. «Bajo el signo sindical—ha dicho el Ministro Secretario General del Movimiento durante su discurso de inauguración—, porque no hay zona española a la que no alcance el poder senatorial del Sindicato. Y todos los problemas que valen a tratar han permanecido sin coordinación y metódica exposición, aunque hayan sido tratados como uno de los capítulos de los varios Congresos convocados por la Organización Sindical.»

A toda esa serie de consideraciones hay que ampliar las de carácter doctrinal. El Ministro Secretario, a la hora de formular sus esperanzas en el Congreso y en sus tareas, señaló también su dimensión estricta: «... Sé que vosotros, ganaderos de Andalucía la Baja y el Alto Pirineo, de Salamanca, de las dehesas dilatadas, de los verdes contornos de las Vascongadas, Santander y Galicia venis dispuestos a defender, si, vuestras aspiraciones, pero también a lograrlas dentro de unos principios de justicia e interés nacional.»

EL ESPAÑOL

EMPRESA

LA REVISTA DE LOS JEFES

*Una revista
única
y con éxito creciente*

EN TODOS LOS KIOSKOS
Y LIBRERIAS EL N.º 11

QUE LE OFRECE ENTRE OTRAS
INTERESANTES SECCIONES

- EL ARTE DE VENDER
- PUBLICIDAD
- PRODUCTIVIDAD
- CONTABILIDAD
- ORGANIZACION, ETC.

Además de:

**SUPLEMENTO GRAFICO
COLABORACION DE
NUESTROS LECTORES
HUMOR Y CURIOSIDADES
ARTICULOS PREMIADOS EN
EL 1.º CONCURSO, ETC.**

DESDE ENERO

**ELEVA A 64 EL NUMERO DE SUS
PAGINAS, AUMENTANDO TAM-
BIEN SUS SECCIONES.** (Ver información
en el número 11 de Noviembre de 1954.)

**SUSCRIBASE
HOY MISMO ENVIANDO ESTE RECORTE**

EMPRESA P.º M. de Zafra, 39 - MADRID

Don
Profesión
Domicilio Ciudad

se suscribe por UN AÑO 100 Pts. - 6 MESES 50 Pts.
que pagará contra reembolso por Giro Postal.

NUMERO
SUELTO
7,- Pts.

Distribuidor exclusivo:
**UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES
Desengaño, 6 - Madrid**

Acertar...



CANILLAS



Acertar es también vencer, llegar, es, como vulgarmente se dice, dar en el clavo. De ahí la alegría que sentimos cuando acertamos en cualquier cosa.

Elija **VETERANO** y tendrá la satisfacción de haber acertado plenamente.

BRANDY VIEJO
VETERANO
OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

REBELION EN ARGELIA

Setif (1945), antecedente de la actual insurrección



En el círculo, Batna, Arris, Jenchela y Biskra, donde la agitación terrorista está en mayor desarrollo

BEMBELLA,
EL HOMBRE
"QUE ESTA
DETRAS DE
TODO ESTO"



Messali Hadj, jefe del partido nacionalista argelino, que tiene por nombre «M. L. T. D.»

De una manera absolutamente inesperada, en la noche del 31 de octubre al 1.º de noviembre estalló la insurrección en Argelia.

—Lo que faltaba—exclamó el ministro del Interior, Mitterand, en París. Primero, Marruecos, después Túnez. Ahora, Argelia. El completo.

La situación creada en Argelia es muy confusa, por dos razones. La primera, porque no se sabe muy bien quiénes son esos 1.250 «terroristas» que operan en una forma extraña en la región montañosa de Aurés. Al principio, se trataba de «rebeldes»; después, la Prensa francesa encontró una palabra más enérgica: Terroristas. La segunda razón, es que la geografía donde se está operando es bastante remota para nosotros. Y para los mismos franceses metropolitanos. Trataremos de ver con claridad en ambas cosas.

Preguntémosnos primeramente cuáles son las causas de la insurrección.

En el periódico «Paris-Presse» del pasado día 4, leímos lo siguiente: «El extraordinario movimiento demográfico crea (en Argelia) un desequilibrio que crece constantemente entre el nivel de la población y el de los recursos económicos. El aumento de los créditos de inversiones ha sido insuficiente para incrementar la producción agrícola y para dar trabajo a la mano de obra exce-

dente. El nivel de vida medio es muy bajo y las diferencias son extremadamente acusadas entre las diversas clases, tanto dentro de la sociedad europea como de la sociedad musulmana.»

No cabe duda que se trata de problemas esencialmente de orden económico y social, como apunta «Paris-Presse». Pero extrañarse de que la gravedad de estos problemas haya trascendido a la política, nos parece inconsecuente.

El mismo día 4 del corriente, el diputado Fehrat Abbas publicó el siguiente comunicado en nombre de la Unión del Manifiesto Argelino (UDMA): «La intervención del Ejército, la represión... no aportarán ninguna solución al problema argelino. El «buró» político de la UDMA recuerda que desde hace años no ha dejado de llamar la atención de los Poderes públicos sobre la necesidad de poner fin al régimen colonial y de satisfacer las aspiraciones legítimas de nuestras poblaciones. También ha denunciado la miseria, el paro, las violaciones sistemáticas de la ley, el desprecio manifestado hacia el pueblo. Nuestros llamamientos a la razón y a la prudencia desgraciadamente no han encontrado eco en las esferas gubernamentales.»

ENTRE DOS HOGUERAS NACIONALISTAS

El lector, puede preguntarse si los males señalados en un períodi-

co de París y en un comunicado cursado por un partido político argelino de tendencia más bien moderada, que aspira a una evolución pacífica de la situación argelina y al mantenimiento de unas relaciones cordiales entre «una Argelia libre unida a una Francia libre», pueden considerarse como causas determinantes de la rebeldía.

La respuesta tiene que ser forzosamente afirmativa. Una situación económica y social como la de Argelia, se deriva de un régimen colonial; y del régimen colonial se deriva el fermento nacionalista cuando en el seno de esa sociedad colonial se constituye una minoría con suficiente madurez y preparación política. Planificado en estos términos de universal validez, el caso de Argelia es bastante convencional en este mundo de la posguerra. Estamos, pues, ante una revuelta nacionalista típica, con su inevitable secuela de violencias y de pasiones desencadenadas.

Añadamos que un día u otro tenía que ocurrir esto en Argelia, flanqueada por Marruecos y Túnez, dos focos permanentes de insurrección nacionalista antifrancesa.

EL PRECEDENTE DE SETIF

El hecho de que en estos últimos tiempos reinase cierta tranquilidad relativa en Argelia, en

contraste con Marruecos y Túnez. no debe impedirnos recordar que en épocas anteriores también aquí se ha batido el cobre, sangrientamente. La rebeldía actual tiene múltiples antecedentes. Ya en 1871, se produjo una importante insurrección cabileña, y en los años 1917-1918, se registraron varias revueltas, precisamente en la región montañosa de Aurés, teatro de las actuales escaramuzas.

No obstante, la rebeldía no tuvo un carácter verdaderamente nacionalista hasta esta posguerra. La serie comenzó en mayo de 1945, cuando los aliados, y entre ellos Francia, festejaban la victoria sobre Alemania. Ya es sabido que todos los pueblos sometidos a una tutela colonialista por parte de las potencias vencedoras, al producirse la victoria, creyeron llegado el día de su liberación. Muchos se equivocaron y, entre ellos, los argelinos.

Así, pues, el Día de la Victoria registró la revuelta de Setif y Guelma. Cien europeos perdieron la vida, en tres días de «troubles» (entre ellos, 88 franceses). La represión fué extremadamente dura y se saldó con 2.400 detenciones y 28 condenas a muerte. Pero el clima de agitación persistió y continuaron las detenciones.

Después de votarse el Estatuto Orgánico de Argelia, el 20 de septiembre de 1947, se siguió un período de calma, bruscamente interrumpido en 1950. La calma no era más que aparente, pues se estaba preparando algo muy serio: La Policía francesa descubrió que en el seno del MTLD, el partido de Messali Hadj (después nos ocuparemos de él), ya había crea-

do una vasta organización para militar, dotada de buen armamento, aleccionada en tácticas guerrilleras modernas inspiradas en la «Resistance» francesa y en la «Abwehr» alemana, y provista de un cuadro de mandos bien adiestrados, bajo la dirección suprema de un tal Bembella Mohamed Embarek. Dicha organización fué desmantelada y detenidas sus cabezas principales. Bembella, que debe ser un extraordinario hombre de acción, fué condenado a cadena perpetua con trabajos forzados, pero logró evadirse y se instaló en El Cairo, donde montó su cuartel general.

BEMBELLA

Todo parece indicar que los 1.250 rebeldes del Aurés han sido movilizados desde el exilio por Bembella, que había dejado muchos partidarios en Argelia, unos en libertad y otros amnistiados recientemente. Parece ser que las armas de que disponen formaban parte de los stocks americanos de la pasada guerra, a excepción de los explosivos, que son de fabricación casera.

En cuanto a la composición de las tropas rebeldes, no se sabe gran cosa. Se cree que con los argelinos de Bembella operan «fellaghas» tunecinos; o por lo menos algunos grupos fronterizos que solían cruzar la línea de demarcación entre Argelia y Túnez para aprovisionarse o para huir de las tropas regulares francesas que se enviaban para capturarlos.

Sobre los «fellaghas» circulan muchas leyendas. Al parecer, también tienen su cuartel general en

El Cairo, y sus campos de adiestramiento en el desierto de Libia, en las localidades de Naleut y Zuera. Su armamento, son restos que quedaron por allí del «Africa Korps», de Rommel, y entre sus instructores—según los franceses— figuran ex oficiales de las S. S. alemanas. Por lo visto encima de un «fella-gha» muerto en una escaramuza se encontró un manual de táctica militar idéntico a los que se estudian en las academias del Ejército rojo. Pero lo que hay de verdad en todo esto, nadie lo sabe.

De todas maneras, repetimos, es creencia general que los rebeldes argelinos han sido organizados y lanzados a la lucha por Bembella. Lo último que sabemos de este misterioso personaje es que

este verano se le vió en Ginebra, donde se celebró un congreso panislámico.

El hecho de que tanto los rebeldes argelinos como los tunecinos tengan su centro de operaciones en El Cairo, ha provocado grandes indignaciones en Francia, hasta el extremo de que en estos momentos las relaciones entre ambos países son muy tirantes.

EL SOPORTE NACIONALISTA

Es evidente que detrás de esta organización militar argelina, que ha movilizado a importantes contingentes franceses, llegándose al empleo de la Aviación, unidades acorazadas y comandos de paracaidistas, hay un soporte político. ¿Cuál es?

Pasemos revista a los principales partidos políticos argelinos.

En un principio, nos encontramos ante un frente único constituido por las dos principales tendencias nacionalistas: La del partido «Los Amigos del Manifiesto», capitaneado por Fehrat Abbas, y la del partido Popular Argelino, dirigido por Messali Hadj.

Fehrat Abbas, es un farmacéutico de Constantina, de cincuenta y cinco años de edad, hijo de un caid, con formación universitaria, que redactó en 1943 un famoso «Manifiesto al pueblo argelino», que podría resumirse así: «Una Argelia libre unida a una Francia Libre» (entonces la Francia del general De Gaulle, que tenía su capital en Argel).

Messali Hadj, tiene un año más que Fehrat Abbas: cincuenta y seis. Luchó en el Ejército francés durante la primera guerra mundial, hizo algunos estudios y se afilió al partido comunista. Más adelante, lo abandonó, pero ya toda su vida fué un revolucionario, haciendo proselitismo entre el proletariado argelino. Se ha pasado años enteros en la cárcel y en la actualidad vive residiendo en Francia. Sus patriarcales barbas le dan un aspecto verdaderamente imponente.

Estos dos hombres son las dos grandes figuras del nacionalismo argelino; pero sus orígenes, su formación, su mentalidad y sus procedimientos, varían considerablemente. Sólo un ideal común: Una Argelia autónoma, podía unirlos en una lucha común, bajo un lema bastante intranquilizador para los franceses: «La maleta o el ataúd»; una disyuntiva dirigida a aquellos que quería decir en roman paladino: «O se marchan ustedes o les enviamos al otro mundo.»

La revuelta de Setif en mayo de 1945, a la que ya nos hemos referido, y las detenciones y represiones que siguieron, pusieron fin a la unión de Fehrat Abbas y Messali Hadj, en la que por cierto participaban también los Ulemas, que «dan un fondo islámico religioso a las reivindicaciones nacionalistas».

LA DISIDENCIA MESSALISTA

Actualmente, el partido político dirigido por Fehrat Abbas lleva el nombre de Unión del Manifiesto Argelino (UDMA). Se propone, como hemos dicho más arriba, la autonomía de Argelia y espera conseguir esto mediante una evolución pacífica, reformista

*Suave, rápida
limpia, duradera ...*
PUNTA "BIC"

¡ Así se escribe a gusto !

Hay muchos lápices a todos los precios pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes, ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

CRISTAL.....6 ptas.

M4 BOLSILLO (Tinta Inmac) ..12 ptas.

RECAMBIO PTAS 6

BIC-CLIC (Tinta Inmac)25 ptas.

RECAMBIO PTAS 8

*

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC.

BIC

FABRICA: LAFOREST, S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

y a ser posible siempre de acuerdo con Francia. El título de su órgano central, el semanario «La République Algérienne», es bastante elocuente. La UDMA no parece haber contraído responsabilidades en la revuelta de Aurés.

El Partido Popular Argelino fundado por Messali Hadj en 1937, fué desuelto en 1939. De sus cenizas nació el actual MTLD o Movimiento del Triunfo de las Libertades Democráticas.

Una escisión importante se produjo en su seno en el mes pasado, cuando se debía estar preparando la revuelta del Aurés. Messali Hadj, rompió con el que había sido durante años su lugarteniente: Hacín Lahuel. Mientras el primero ya hemos dicho que es un revolucionario a ultranza, partidario de una acción radical apoyada en el proletariado argelino, Hacín Lahuel, coincidiendo aquí con la moderada UDMA, cree en la evolución pacífica, en la ineficacia de la violencia y en la «liberación progresiva» de Argelia.

El cisma tuvo sus prolegómenos en una convención clandestina celebrada por el MTLD en el mes de julio, en Hornu (Bélgica), convocada por Messali, residenciado en Sables-d'Olonne (Francia), desde 1952. Como él no podía asistir, nombró representante suyo a un tal Muley Berbah, quien como secretario general del MTLD fué nombrado presidente del Comité central del partido en Argel. Esto, equivalía a una «caída en desgracia» de Hacín Lahuel y el mes pasado sus partidarios se reunieron en el mismo Argel, acordando la escisión, de forma que ahora hay dos MTLD, el de Messali Hadj y el de Hacín Lahuel, cada uno con su semanario: El primero publica «Algérie Libre» y el segundo «La Nation Algérienne». El grupo de Hacín, es el de los intelectuales del partido, que se quedó, por cierto, con los archivos y los fondos de éste (unos 30 millones de francos).

LOS 1.250

Llegados a este punto, podemos referirnos ya al apoyo político de la rebeldía armada, lo que nos permite identificar a ésta en sus objetivos.

Digamos en primer lugar que ese apoyo político parte del «messalismo»; o para ser más exactos, de diversas tendencias extremistas y disidentes del «messalismo». Remitimos a nuestros lectores a una crónica escrita por René Janon en «Le Figaro», desde el mismo Argel:

«Desde 1948 se constituyó en el seno del MTLD un Comité de oposición. Fué arrinconado. Pero puede creerse que la retirada de sus animadores no fué definitiva. Se vió aparecer seguidamente el grupo de los «berberistas», constituido por los cabileños resentidos por ser mantenidos aparte del Comité Central... Este fué el origen de otra corriente de «retiradas aparentes» de hombres a los que se podía ver reaparecer en nuevos papeles.

Hubo también separaciones individuales. Fué así como Messali se distanció de intelectuales como el doctor Lamin Debaghin, que había sido desde 1943 a 1945, jefe del P. P. A. (Partido Popular Argelino), clandestino en ausencia de Messali, internado, y que



Obremos reparando las líneas telegráficas destruidas en actos de sabotaje en Argelia

organizó el primer Congreso del Partido con ocasión del regreso del jefe oficial.

Hubo finalmente, y sobre todo, las consecuencias del descubrimiento y represión de la OS (Organización Especial). Esta organización paramilitar, creada en 1948, fué descubierta el año siguiente en el departamento de Constantina y se pudieron seguir sus ramificaciones en los otros dos departamentos.»

Aquí, René Janon, alude a los hechos que culminaron en la insurrección de Setif, cuyas circunstancias ya conocen nuestros lectores.

«Los culpables están todos libres, al presente, y disponibles para nuevas empresas... Se han convertido en dirigentes del MTLD, tanto de la facción messalista como de la facción Lahuel...»

En la pasada primavera, un organismo misterioso lanzó un periódico con el título «Le Patriote». Diciéndose órgano de un «Comité revolucionario para la unidad y la acción», criticó las actitudes de Messali y de Lahuel, recomendando la unidad de acción revolucionaria.

Es lógico pensar que todos estos elementos disponibles —antiguos miembros del Comité de Oposición, berberistas, excluidos individuales, antiguos miembros de la OS, animadores del Comité Revolucionario para la Unidad y la Acción—, hayan podido centrarse y atraer a los extremistas de otros clanes para constituir una formación terrorista, con la esperanza de servir de mancha de aceite. Esta hipótesis es tanto más probable por cuanto que los jefes de la OS se han refugiado en El Cairo, como Bembella y Mchamed Vider, actualmente delegado del MTLD de la facción Lahuel, cerca del Comité Norteafricano en Egipto.»

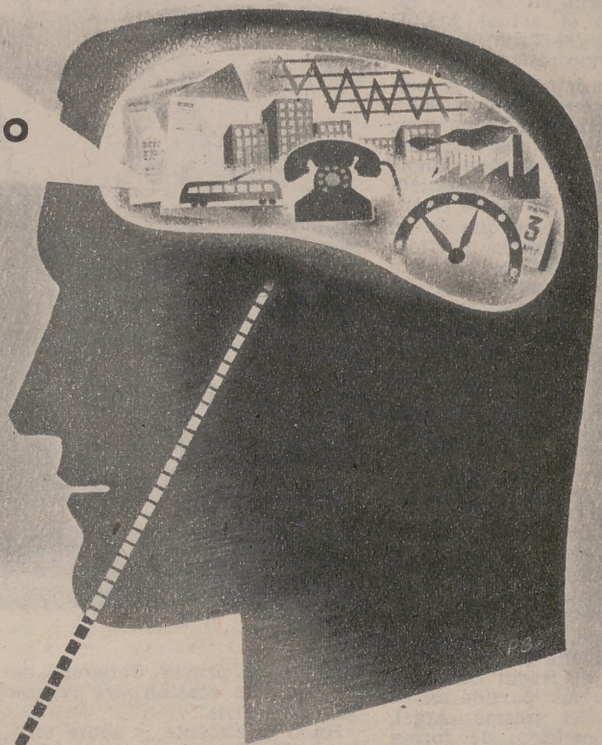
LA MALETA Y EL ATAUD

Cualquiera que sea el trasfondo político de la rebeldía armada, no hay duda de que el nacionalismo argelino ha estallado violentamente, al lado del tunecino y del marroquí. Este hecho, hará reflexionar gravemente a los franceses en cuanto a las posibilidades de resolver ese problema por vía de reformas más o menos avanzadas. El Estatuto de 1947, en este camino de las reformas, va mucho más allá de lo que el Gobierno francés tiene previsto, por ahora, para Túnez y Marruecos. Sin embargo, no basta para que los argelinos se sientan más franceses que los tunecinos o los marroquíes. Si añadimos a esto, el hecho de que Argelia es una «provincia» francesa dividida en tres departamentos, donde los nativos gozan de los mismos derechos —al menos teóricamente— que los ciudadanos metropolitanos, habremos llegado a la conclusión de que el camino elegido por Francia no ha dado los frutos esperados. Hoy, hombres como Fehrat Abbas y como Hacín Lahuel se muestran partidarios de la «liberación progresiva». Pero esto tiene un límite, y dentro de los partidos que ambos representan comienzan a notarse las primeras impaciencias. Si la rebeldía armada del Aurés prosperase —cosa improbable—, esos partidos no moverían un dedo por Francia.

Por otro lado, los franceses harían bien no viendo en esa insurrección otra cosa que la simple aventura de un grupo de acción, y aplicando las medidas de 1945. Este, tampoco es el camino. Ya lo dijo Fehrat Abbas en su comunicado «La intervención del Ejército y la represión... no aportará ninguna solución al problema argelino».

Entre la maleta y el ataúd. Otra vez Francia ante esta disyuntiva.

**UN ALIMENTO
ESPECIFICO
DEL CEREBRO**



El desgaste de la vida moderna
halla un remedio compensador: el
ACIDO GLUTAMICO

Hasta ahora no existía un remedio cerebral específico. Todos los conocidos actúan sobre el cerebro de modo indirecto; el ACIDO GLUTAMICO es el único metabolizado directamente por éste

De ahí un preparado cuya base es este producto, y que además lleva dos componentes, como el FOSFORO y la VITAMINA B, que complementan la acción del primero.



FOSGLUTÉN

RECONSTITUYENTE CEREBRAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

C. S. 13.668

HISTERIA, SUPERSTICION Y HEREJIA



George Roux, el cartero de Montfavet que se dice el «Cristo redivivo»

LOCOS Y PICAROS AL FRENTE DE NUEVAS SECTAS

De los beguinos a los adoradores de las estrellas

EN EL CORAZON DE PARIS

A cien metros escasos de la estación de Montparnasse, en la calle de Rennes, existe la capilla de una secta fantástica que responde, como dicen y gustan decir no pocos, por el nombre de «Católica liberal». No está, como se ve, escondida en las zonas oscuras. A unos pasos desfila el rumbo del hermoso boulevard de Montparnasse, que por un extremo nos puede llevar hasta el verde corazón de los jardines de Luxemburgo, mientras que, subiendo hacia el río, pasado el monumento a Pasteur y la mole grisácea de la Escuela Militar, penetramos de lleno en la perspectiva de la Torre Eiffel.

EL «EXORCISTA»

Tres son los hombres que dirigen la secta. Tres «padres» que se reparten el oficio y la predicación. Uno de ellos es un obrero impresor. El segundo, un profesor de escultura, y el tercero, un farmacéutico. Las tintas de las rotativas, la creación de formas y la ciencia.

A quien va de paso, a quien puede sorprenderle la curiosidad por estos caminos del ocultismo y de la magia, la primera cosa inquietante que le sobrecoge es el saber que el farmacéutico, por amor de llevar la contraria a los malevolos que han propalado el cuento del boticario enfermo que no quería «nada de lo de abajo», es quien está encargado de exorcizar a los poseídos o posesos de enfermedades o males ocultos.

Georges Plant, que así se llama, fué iniciado en las ciencias ocultas por su madre cuando tenía apenas catorce años. Una cosa, ha dicho recientemente, le dejó como preocupación de mayor cuantía aquella época de aprendizaje con su madre: la reencarnación.

La madre, en un ambiente de muebles incrustados en lacas, de biombo verdosos que daban un aire contenido y estrecho a las



Estas madres están dispuestas a sacrificar a sus hijos; pertenecen a la secta del «Cristo de Montfavet», cuya «ley» les prohíbe acudir al médico en las enfermedades

habitaciones, iba depositando en su hijo, palabra a palabra, en el peso ligero del alma joven, las impresiones definitivas. «A los dieciocho años, dice Plant, entré en contacto con James Ingall, un teósofo doctor en ciencias, que transformó mi existencia...; las verdades ocultas pueden ser descubiertas por los visionarios».

EL PODER MAGNETICO DE LOS DEDOS

Mientras terminaban los ritos, dichos todos en francés, una mujer se acercó a Plant para que «el padre exorcista» expulsara de ella las potencias ocultas, las fuerzas demoníacas que creía jugaban con ella. El armonium acababa sus últimos acordes. En un silencio quieto y calmado desfilaban los fieles de la secta.

La mujer, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, los puños crispados, se preparaba para sentir sobre sí el nuevo poder de Georges Plant. Entre los espasmos histéricos y dolorosos de la mujer, las manos del mago, como si llevaran con ellas un gran peso, parecían ir arrancando de su cabeza, hilo tras hilo, el laberinto maligno que albergara.

Cuando el periodista, pluma y boca sonriente, le preguntó si creía él verdaderamente en su poder, le respondió:

—Tengo en los dedos una fuerza grande. Un fluido magnético que llama a sí todos los males demoníacos.

LOS MALEFICIOS

Esa broma de los maleficios y conjuros, de los hechiceros y em-

baucadores de la superstición y de la ignorancia no es nueva. Hechiceros y hechiceras intervenían hace siglos en muy diversas contingencias humanas: para el amor, para la venganza, la esterilidad, la enfermedad y la muerte, la adquisición y posesión de riquezas.

Apenas ha cambiado nada. Todo el ciclo de sectas que hemos examinado en EL ESPAÑOL al contender con la figura de George Roux, el pícaro de Montfavet van señaladas por estas triples y graves resonancias: por odio, por afán de riquezas, y, por último, pregonando la posibilidad de la curación de la enfermedad.

En el siglo XVII, en los procesos del tiempo y de la época, se conservan ejemplos de maleficios externos: Una mujer, María Ocaña, temerosa de que el galán que la cortejaba la abandonase por una mujer a quien ella conocía, arrojó a la puerta de ésta una pócima de brujería con la que intentaba, dice el auto del Santo Oficio, eliminar por la superstición y la ignorancia la posible huida del galán.

Pero de todos los recuerdos históricos sobre el exorcismo, ninguno que tenga la fuerza y la simple emoción, hace siglos, en una parroquia de Toledo. Siendo el maestro Pedro Sánchez cura de una iglesia en una ciudad de la imperial Toledo, de llamaron para que dijese los Evangelios a una moza que decían, los vecinos del pueblo, que estaba endemoniada. Tan pronto como el cura la vió, entendió juego, por ciertas

conjeturas, que todo era ficción y mofa, y dijo que la llevaran a la parroquia que allí le sacaría los espíritus. Metida en la sacristía, en presencia de sus padres y deudos, la hizo dar dos docenas de azotes y la curó prestamente. Tan «prestamente» que la moza confesó rápida que hacía todos esos gestos para esconder peores cosas y que no la castigasen por ellas.

No en balde, al saber y contar un sinnúmero de cosas de esta clase, el erudito Salvador Cirac decía: «España es la tierra del buen sentido, de la firmeza religiosa que impide supersticiones, puesto que, por esos males, se quemaron 900 personas en Lorena en el curso de sólo quince años del siglo XV. En Ginebra, durante el breve espacio de tres meses, más de 500. En Francia, 300.000 hechiceros y brujas dentro de siglo y medio, calculándose que fueran 100.000 los hechiceros alemanes de ambos sexos ajusticiados en el siglo XVII».

LOS «CEBOLLISTAS»

Si la historia nos da los datos curiosos, las anécdotas primordiales, la actualidad no se queda atrás. Algunas de las sectas contemporáneas serían la delicia y el entusiasmo de un Auto Sacramental. Los personajes de hábito amarillo y sambenito que cruzarían las calles entre el asombro multicolor de los paisanos y de los guerreros.

De todas ellas las de los «cebollistas» destaca por sus elementos fantásticos. La secta tiene su templo, su mansión en París, calle de Poteau, núm. 20. No se sabe bien el número de los fieles, pero parece claro que hay en todo ello, por la propia naturaleza de las cosas, lados poco agradables.

La casa, especie de vivac para los dos sexos, sirve de refugio a una serie de barbudos y de mujeres que hacen allí una vida en común. El hermano Thomas, el visionario central de esta manifestación extraordinaria, al compás de la cítara, canturrea:

«Preparado está el reino de los [cielos donde los humanos estarán, sin sexo, graciosos, alegres».

Cuando termina el cántico, cuando las palabras del hermano Thomas terminan, el silencio vuelve otra vez a la «colonia fraternal» que así se conoce oficialmente esta forma de existencia.

El símbolo principal de la secta es la cebolla.

—¿Por qué?

FILOSOFÍA DE LA SECTA Y DE LA CEBOLLA

En principio hay que advertir que el hermano Thomas, antes de ser el fundador de la «colonia fraternal» ha sido carretero, fotógrafo y contable y toda la filosofía de la secta reposa, simple y escuetamente, en una observación realizada sobre la cebolla.

«La revelación, dice el hermano Thomas, me llegó después de la muerte de mi esposa en el año 1929. Comprendí que era inútil traer al mundo seres que iban a morir más tarde. En lugar de renovar la humanidad,

pensé que era mejor estabilizar la humanidad y hacer imposible el nacimiento y la muerte.»

—Pero eso es imposible.

—¡No!

—¿No es imposible?

—No. Y esa es la enseñanza de la cebolla. Plantada en una tierra rica se la rompe el tallo para impedir que aparezca la semilla. Convertida en una planta sin posibilidad de reproducción, la cebolla sigue conservando sus elementos básicos... así la cebolla renace en sí cada año. Este ejemplo de la cebolla, sigue diciendo el hermano Thomas, demuestra que se puede continuar indefinidamente una renovación de uno mismo en lugar de continuar a través de los hijos y de la renovación constante del hombre...»

Cuando las cosas llegan a este trance de locura y de egoísmo apenas si es posible buscar otro punto de referencia que el de la ironía. Pero no sé por qué, alegremente, piensa uno en el Alto Oficio. Un desfile de gentes con antorchas, graves los semblantes, negros los ropajes, llamando en el pleno París de la luz, a las puertas de la calle Poteau.

Nosotros, termina Francois Thomas, somos como las cebollas.

DIGONNET FUNDA LOS BEGUINOS

«En una aldea de Forez, dice el ilustre periodista Jean Loup Dariel, viven 300 fieles de la religión más misteriosa de Francia.» Por los carricos de Saint-Etienne, en Saint-Jean-Bonnefonds, se levanta la ciudadela, el mundo, el cauce y la clave de una de las doctrinas menos conocidas de todos los millares de millares que andan por el mundo. Desde hace poco más de un siglo, mudos y silenciosos van dejando la herencia de la secta a unos centenares de personas. Y luego el absoluto silencio. Son los beguinos.

Este «reino» fué inaugurado por Jean-Baptista Digonnet, fundador de los beguinos.

Esta herejía apareció allá por el siglo XVIII como consecuencia de una herejía jansenista. Los sectarios esperaban la aparición de un profeta, de un enviado indudable que tendría que llegar. Como esto último no parecía claro, existe un largo periodo de oscuridad. Bajo la tierra quizá circula la doctrina, pero aparentemente esta no da señales de vida hasta 1846.

Por ese tiempo, rotas las ropas, vagabundo de oficio y de beneficio, el masón Digonnet, que por entonces tenía ya una edad muy respetable quiso echar su cuarto a espadas. Un día cualquiera, en uno de los numerosos casos en los que su presencia resultó interesante para la Policía, terminó con su corpachón en la cárcel.

Pasaron días antes que el juez se dispusiera a hacer frente al vagabundo. Apenas le miró, pero éste comenzó a declarar:

—Yo soy el hombre más sabio y tengo conmigo la gracia del Espíritu Santo.

El juez, cuyo nombre no nos ha dejado la historia, pero que se revela ágil y pícaro por los documentos que a él hacen referencia, lo mandó inmediatamente al médico. El doctor Thomas, encar-

gado del hospital de la prisión, el 24 de marzo de 1846, certificaba: «Digonnet, de sesenta y seis años de edad, padece enfermedad mental. Tiene gestos incoherentes y alucinaciones que tienden a considerarse como poder supremo».

La carpeta de sus culpas se cerró. El loco salió a la calle. Su alucinación podía prender en gente alucinada. Y así fué.

Cuando llega al pequeño pueblo que esperaba, aunque perdido el contacto con lo permanente e inmediato de la doctrina, al profeta. Digonnet comienza la terrible y herética predicación.

—Yo soy el profeta. Yo soy el Cristo.

Si el juez quiso volverle, como parece ser que lo hizo, al asilo de locos o de enfermos de Aurillac, lo realizó cuando su locura había prendido ya su estupefaciente siembra en un campo abonado. Los beguinos hicieron al vagabundo un verdadero altar. Le buscaron por todas las partes y bajo presión popular, la estaca y la matraca, obligaron al prefecto a devolverles al visionario. Pero, a su vez, la población masculina de Saint-Jean-Bonnefonds, herida porque todas las mozas se dedicaban a la ancha plegaria de sonreír, escuchar y lavar los pies al peregrinante de la locura, obligó de nuevo a las autoridades a su reclusión. En 1848, beneficiado por una amnistía salió otra vez a la claridad de las calles, pero, al año siguiente, volvía al asilo de Montredon donde iba a permanecer hasta su muerte, ocurrida en una fría mañana de febrero de 1857.

Una de sus últimas frases, recordada y nunca olvidada por sus sectarios fué la siguiente: «Un beguino no deberá nunca hablar con un «hereje» de cosas que correspondan a nuestra religión. De ahí el total misterio que se conserva actualmente en un pequeño pueblo sobre sus ritos internos.

Cada discípulo de Digonnet está seguro de reencarnar, pero sólo en otro hombre. Van a la Alcaidía nada más que en tres ocasiones: en el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Son laicos enteramente.

De ellos no se podrían decir mejores palabras que las que puso al pie de su certificado el doctor Thomas cuando hubo de prestar declaración escrita de la enfermedad del vagabundo Digonnet: alucinación.

Las mujeres se reconocen por llevar en las trenzas los colores rojo y blanco.

Y cosa curiosa esto de las trenzas. Las trenzas solían ser en los siglos XV y XVI señal o símbolo de maledicencias. Así se recoge que «Leonora de Barzana, toledana, conversa de judía, y en el año mil y quinientos veintisiete dijo a una mujer que el maledicido estaba en una trenza negra que a su marido le había dado una amiga.»

Una transmisión de los errores parece clara. La superstición de hace muchos siglos, arraigada en pueblos de fe escasmamente firme, vuelve a tener una vigencia asombrosa.

¿Existe alguna diferencia esencial entre estos personajes y el

licenciado Amador, preso el 17 de julio de 1876? Cuando se hizo pesquisa entre sus papeles, documentos y libros, se encontró un librito «escrito de su puño y letra», dice el auto del juicio, que contiene fórmulas y soluciones para «que uno se vaya secando hasta que muera; ganar al juego; para que se junten los lobos de un término donde quisieras; para cazar y pescar mucho; para entender lo que dicen las aves cuando trinan». ¿Es todo eso superior a la estampa fabulosa del adorador de conejos?

EL ADORADOR DE CONEJOS

En 1936, ha contado el profesor Edmond Locard, que fuera durante mucho tiempo director del laboratorio de la Policía, un guardia parisiense conducía al próximo puesto de Policía a un vagabundo que había encontrado dormido en un banco. En el trayecto, el detenido, atraído por no se sabe qué razones de simpatía por el guardia, le confesó: «Tú te mereces un avance en tu carrera... La mujer cortada en pedazos en Lyon soy yo quien la ha matado.»

El vagabundo, precisa el profesor Locard, debió someterse a las más serias comprobaciones para que le tomaran en serio. Cuando se registró su piso se encontraron fotografías de Greta Garbo y de Tino Rossi, pero, para la fantástica sorpresa de los policías, en las sillas, en los divanes, en los armarios y, en fin, por todos los sitios, había un sinfín de conejos. León Collini compareció ante el Juzgado en abril de 1938. Cinco expertos hablan reconocido minuciosamente su caso y le encontraron decididamente responsable de sus actos, y, sin embargo...

«Yo no había hecho nunca mal a nadie; pero una noche yo vi pasar una sombra por los ojos de mi coneja preferida. Comprendí que ella quería que matara. ¡Ah, monsieur! le presidente; si usted supiera lo que es una mirada de conejo!»

Collini pertenecía a la secta de los inghillis, adoradores de conejos.

ADORADORES DE LAS ESTRELLAS

A la multiplicación casi fabulosa de las sectas y extrañas doctrinas que se van extendiendo por el mundo hay que añadir aquellas que ya estaban inventadas. Las que formaban parte del acervo de los primeros hombres.

Ahí, en esa ruta, están los «isiacos», descendientes espirituales de los egipcios y que veneran a Isis como creadora de todas las formas. Esta secta, adoradora de la luna, suele reunirse en el bosque de Meudon, mientras que los «vitalistas», de parecidas características, suelen aprovechar para las reuniones un claro del bosque de Bolonia. ¿Puede imaginarse mayor contrasentido que ver desfilar por la avenida Foch, arteria de la Estrella, a los adoradores de la luna?

Mientras tanto, Robert France pretende haber llegado del planeta Cyclamén. Cuando reúne a sus adeptos en el bar no se cansa de narrar, de cara a todas las mesas, las maravillas de los circun-

los celestes, «en los que ha visto, en una ocasión, 14.000 ángeles, que pertenecen, o son, las parejas que sobre la Tierra habían conocido un amor perfecto».

Después de hablar, pasándose el pañuelo por la boca, termina: «Yo soy el profeta Cyclamén.»

Las gentes salen a las calles próximas, entran al cercano e inmediato edificio del Concert Mayol y se quedan tranquilas. Nadie se siente en la necesidad o en la obligación de coger la escoba. Pero las sectas van cogiendo en un gran haz todos los estilos de la histeria. Cuando una no sirve, para eso existen otras. Si la profecía se quiere que sea de mujer, ahí está Juana de Arco, a quien los esemianios consideran el verdadero Mesías, la depuración del concepto que va vertido en Eva.

LOS «TESTIGOS DE JEHOVA»

Si los «Testigos de Cristo» han sido uno de los brotes más amargamente virulentos que han tenido las sectas, los Testigos de Jehová, parecen dedicarse únicamente, o con mayor predilección al menos, a anunciar el fin del mundo. El fin de los tiempos.

La secta, que abarca un grupo humano de más de 230.000 personas, tiene su asiento principal en los Estados Unidos, en Brooklyn.

La Asociación de los Testigos de Jehová nació en 1852, en Pittsburg, y fue su fundador C. Th. Russel.

Russel, a los diecisiete años, aunque discípulo de Calvino, está obsesionado y atormentado por el problema de la predestinación y se afilia entonces en la secta de los adventistas. Comienza por ese tiempo una serie de publicaciones que empiezan con seis volúmenes que aparecen bajo el título de «Llave de la Biblia», y, a continuación, una serie larguísima de folletos y otras publicaciones. Russel muere en un accidente ferroviario el 31 de octubre de 1916.

Existe una discordia interior en la secta a la hora de su muerte; pero al fin le sucede el juez Rutherford, que introduce en la predicación y las formas exteriores el aire de una gran empresa. Publica dieciocho volúmenes y treinta y dos folletos menores.

DISCURSOS EN DISCOS

Pero Rutherford no se contenta con sólo eso. Se le ocurre e ntonces reproducir sus discursos en más de cien mil discos y los distribuye.

Prisionero durante la guerra, consigue la libertad en 1918, y al final de 1919 reemprende su actividad propagandística, llevando la predicación y los negocios en la misma mano. Un día, ya lo hemos visto, hizo una emisión de

sus discursos en discos. Ahora funda una estación de radio, la W. Bible Brook Radio, que termina por emitir seis horas diarias y tiene un radio de acción que recoge una población radioescucha de los veinte millones de personas.

Hoy en día es Nathan Knor quien dirige el Bureau central de Brooklyn. La secta, como una Empresa, dirige y controla sus 230.000 afiliados por todo el globo. En Francia, según datos oficiales, el número es de 25.000 a 30.000.

En 1914 los Testigos de Jehová comenzaron a anunciar el Fin de los Tiempos. Las cosas, la verdad, estaban mal; pero no pasó de ahí. Antes, Russel lo había anunciado para 1874; tampoco, claro está, sin gran éxito. Y su sucesor, Rutherford, animosamente, se lanzó también a la predicación, anunciándolo para el año 1925.

Su actual director, Nathan Knor, no ha fijado hasta el presente fecha concreta para el lamentable fin; pero ha anunciado vagamente unas batallas que librarán al hombre de todos los maleficios.

No pasa con los Testigos de Jehová, tan llenos de discos de gramofono y de predicciones, lo que pasó a un español en la declaración ante un juicio de hechicería: «Somos los españoles, decía el soldado, gente tan suspicaz, que ni después de ver el maleficio me quedé contento y no paréme hasta descubrir que el tal maleficio era una broma pesada y no agradable que habíamos hecho. Pero yo juro a vuestras excelencias que no es fácil entre nosotros llegar y besar el santo.» Es que tenemos prieta, socarrona y alegre la mirada. Por eso, el refrán de España, afilado y firme, teológico y limpio, no se recató nunca de decir: «A Dios rogando y con el mazo dando». Que sabemos, firmes en nuestra fe, que todas las cosas hay que ganarlas. Por eso, las sectas, como tantas otras cosas, no tienen aquí entre nosotros una sola vela. Que la limpieza de fe, tantas veces reprochada a los españoles, nos ha dado hoy la verdad.



Miembros de una secta norteamericana aparecen en público con el extraño atuendo que lucen en esta fotografía

EL NUEVO REINO DE ISRAEL Y LA INTERNACIONALIZACION DE JERUSALEN

Por Fray León, obispo de Teruel

¡S diez años pasados en Palestina, desde 1921 hasta 1939, como presidente del Instituto Bíblico Franciscano, guardián de Nazaret, superior del Santísimo Sepulcro y procurador general de Tierra Santa, sucesivamente, viviendo en contacto con árabes y judíos; mi actuación, mediante conferencias y artículos sobre los Santos Lugares y la cuestión de Tierra Santa, me autorizan a emitir mi opinión, totalmente privada e individual, no como prelado, de estos asuntos tan de actualidad.

No es del caso—nos haríamos interminables si lo intentáramos—el enumerar y exponer todas las tentativas de los judíos de volver a Palestina y reconstruir su nación, de la que nos habla la Historia, durante los veinte siglos de cristianismo.

Puestos los ojos en el reciente reino de Israel, establecido de hecho en Palestina, indicaremos sólo los esfuerzos realizados por el judaísmo sionista en el siglo XX, que estamos viviendo, cuyo resultado ha sido la creación de este reino.

EL REINO DE ISRAEL FUNDADO EN PALESTINA

El sionismo, en cuanto significa amor a Sión y deseo de vivir en ella (Palestina) es tan lógico y natural para los judíos como el españolismo para nosotros e italianismo para los nacidos en Italia. Todos, naturalmente, amamos nuestra Patria, y los judíos amaron siempre la suya extraordinariamente. La defendieron y exaltaron mientras vivieron en ella, y, desterrados, lamentaron su destierro y suspiraron por volver a ella.

El salmo 136 «Super flumina Babylonis illic sedimus et flevimus cum recordaremur Sión», con el que los judíos, ausentes de su querida patria y prisioneros en Babilonia en el siglo VI antes de Jesucristo, añoraban las solemnidades de su querida Sión y juraban jamás olvidarse de su amada Jerusalén, lo han ido repitiendo a través de los siglos, siempre que han sido expulsados de su patria, y han continuado cantándolo desde que en castigo de su tremendo castigo—el cristicidio—hasta nuestros días han ido vagando por el mundo, sin rey, sin sacerdocio, sin nacionalidad, pero siempre ansiosos de volver a su Palestina y reconstruir su nación.

En 1897 tuvo lugar en Basilea el primer Concilio sionista mundial, al que siguieron otros sucesivamente en otras ciudades, con el ideal del establecimiento de los judíos en Palestina.

En 1917, el ministro inglés Balfour, al terminar la guerra europea, agradecido a la ayuda económica judía, hizo la siguiente declaración en favor del «Hogar nacional» para los judíos en Palestina. Dice así la declaración del 2 de noviembre de 1917.

«El Gobierno británico mira con complacencia el establecimiento del pueblo judío en Palestina, y hará lo posible por facilitar, con la reserva de que no se haga nada que pueda lesionar los derechos civiles y religiosos de las colectividades no israelitas existentes en Palestina.»

El año 1920 Inglaterra obtuvo el mandato sobre Palestina, y durante el mismo favoreció los



planes judíos, aunque procurando, contentar también a los árabes, usando el sistema de «tira y afloja», del cual salieron gananciosos los sionistas.

En 1929 se creó la entidad llamada Agencia Judía, presidida por Weizmann, verdadera expresión de autonomía judía ante el Gobierno de la potencia mandataria; en definitiva, germen del futuro Estado de Israel.

Terminada la guerra mundial (1939-1945) Inglaterra, ante la crítica situación de calmar los ya exacerbados ánimos de judíos y árabes y satisfacer las opuestas exigencias de aquéllos y de éstos, que le hacían como pago de facturas, se declaró insolvente y renunció al mandato sobre Palestina.

En este crítico momento, judíos y árabes empujaron las armas para defender sus derechos sobre Palestina. ¿Cuáles eran los derechos con los que los judíos pretendían adueñarse de Palestina?

Primero. Porque veintiséis siglos antes del Califa Omar, Abraham, padre del pueblo hebreo, tomó posesión de la Palestina por donación de Dios.

Segundo. Porque ellos la poseyeron durante quince siglos.

Tercero. Porque jamás renunciaron a Palestina.

Cuarto. Porque toda ella está llena de recuerdos y nombres de sus antepasados.

¿Qué derechos alegaban los árabes para no ceder en la contienda?

Primero. Que ellos constituyen la gran mayoría del país, pues de 1.800.000 habitantes, 1.250.000 eran árabes.

Segundo. Que la poseen por derecho de conquista desde el año 638 después de Cristo, o sea desde hace trece siglos.

Tercero. Que ellos la trabajaron durante todo este tiempo.

Cuarto. Que tienen en Palestina sus tradiciones y santuarios: los árabes musulmanes, entre otros, la mezquita de Omar, y los árabes cristianos, los suyos referentes a Jesucristo.

Como en el principio de la guerra los judíos llevaban las de perder, después de varias alternativas, se recurrió a la O. N. U. para que fallara la cuestión.

¿Qué hizo la O. N. U.? Alardeando de salomónica, sin tener en cuenta los derechos seculares de los cristianos, decretó la partición de Palestina entre árabes y judíos. Y el nuevo Estado de Israel se creó el año 1947, con capital Tel-Aviv.

¿Qué comprende el nuevo Estado de Israel? Se sabe que esta pequeña región, comprendida entre el Mediterráneo y la Transjordania en su latitud, y entre el Líbano y el desierto sináítico en su longitud, que hasta hace poco se llamaba Palestina,

mide sólo 24.000 kilómetros de superficie; es decir, menos de la 25.ª parte de nuestra España, ya que la extensión territorial de la misma es de unos 505.000 kilómetros, algo así como la mitad de Aragón. El Estado de Israel abarca más de la mitad de Palestina; es decir, toda la Galilea desde el Mediterráneo al lago de Tiberiades; en el centro, la llanura de Sarón hasta los montes de Samaria y el terreno entre Jafa y Jerusalén con su parte nueva; al Sur, toda la costa (excluida Gaza) hasta la punta meridional del mar Muerto y el Negheb.

Creemos que interesará saber cuáles son los santuarios principales enclavados en el Estado de Israel. Son los siguientes: el Cenáculo, los de la Visitación y Natividad de San Juan Bautista, en Anikarema, y todos los de Nazaret, el Tabor, Caná, Nain, Cafarnaüm, el monte de las Bienaventuranzas, el lago de Tiberiades, el monte Carmelo, los de Jafa y otros de menor importancia.

Antes de terminar este mi primer punto, el reino de Israel recientemente fundado en Palestina, quizá los lectores me harán esta pregunta: ¿Cuál será la suerte de estos santuarios enclavados en el Estado judío? No lo sé, les respondo. Sólo les dire que por los años 1935 y 1936, siendo yo guardián de Nazaret, pasaba un grupo de judíos sionistas por delante de la basilica de la Anunciación sin saber que yo les oía. ¿Sabéis lo que dijeron? «Cuando mandemos en Palestina destruiremos este edificio y los otros que recuerdan la memoria de nuestro enemigo, el falso Profeta de Nazaret.»

LA CONVERSION DEL PUEBLO JUDIO

Sobre esta cuestión habréis leído mucho, porque se ha escrito mucho en los últimos tiempos. Se ha tratado, ocupando un lugar preferente en una de las Semanas Bíblicas, en la que tomaron parte sabios escrituristas y también el profesor Zolli, poco ha convertido del judaísmo al catolicismo.

El reverendo padre Maximiliano García, de la Orden de Predicadores, disertó sobre «La reprobación de Israel en los profetas». Sobre el mismo tema, el M. I. Señor Lectoral de Málaga dedujo hermosas consecuencias, entre las cuales ésta: que convertido Israel será bautizado y será el gran instrumento social de la Iglesia en una nueva etapa de su catolicidad. Dios le levantará el castigo colectivo del desprecio de las naciones y entrará en el consorcio de los pueblos.

Otros temas importantes, relativos a la reprobación y conversión de los judíos, se desarrollaron en la Semana Bíblica. El capuchino, R. P. Serafín de Ausejo: «Causa de la reprobación de los judíos según los cuatro evangelistas». El redentorista

ta R. P. Guillermo Gómez: «La mentalidad judía sobre la restauración de Israel en la época evangélica y próximamente anterior». El jesuita reverendo padre José María Bover: «El Israel de la carne y el Israel del espíritu. La reprobación de Israel en la «Carta a los Rom., 9-11». El franciscano R. P. Teófilo Antolíu: «La restauración de Israel según los Evangelios y San Pablo». Disertaron sobre parecidos temas, además, los señores Turrado y Muñoz Iglesias. La actuación del judío convertido Dr. Zalli fué: «La restauración de Israel a la luz del Talmal y en la literatura gaónica».

Si, como supongo, estáis al corriente de estos estudios, estoy convencido que nada de nuevo aprenderéis de mí.

Con peligro de aburrirlos (de lo cual os pido perdón anticipadamente), voy a repetir mi artículo, titulado: «La conversión del pueblo judío, según San Pablo», que publicó «Cultura Bíblica» en su número de enero del año 1949.

San Pablo, en su «Carta a los Romanos», 11,25-26, se expresa en estos términos:

«No quiero que ignoreis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado; y así, todo Israel será salvo, según que está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, apartará de Jacob las impiedades. Y ésta será con ellos la alianza de parte mía, cuando hubiere quitado sus pecados.»

El Apóstol San Pablo, hondamente amargado por la apostasía de su pueblo judío, hasta desear ser «objeto de maldición por ellos», explica a los romanos convertidos el pavoroso y difícil problema de la incredulidad de Israel. Prueba, en primer lugar, que Dios no es responsable de esa incredulidad: su fidelidad y justicia quedan justificadas por el Apóstol en el cap. 9, 6-29. Después (9,30-10,21) afirma que los únicos responsables son los judíos, que no han creído porque, orgullosos, han rechazado la fe. Finalmente, en el cap. 11, da la solución del problema, haciendo ver que la reprobación de Israel no es ni universal, ni absoluta, ni perpetua.

En efecto; que Dios no ha reprobado a todo el pueblo judío lo demuestra el Apóstol en el cap. 11, versos 1-12; que su reprobación no es absoluta aparece claro de los versos 13-24; dice en el verso 23: «Y ellos (los judíos), si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados; que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos.» En el resto del capítulo 11, y precisamente en los versos 25-26, que hemos leído, San Pablo anuncia con toda claridad la conversión futura de Israel. Esta conversión será universal y tendrá lugar después que la universalidad de los pueblos gentiles haya aceptado el Evangelio.

El neonato Estado de Israel, establecido en Palestina el año 1947, del que hemos hablado en el primer punto, nos obliga a reflexionar sobre el singular pueblo judío, que fué el predilecto de Dios; que apostató de su divina misión, dando muerte al Mesías, pero que, arrepentido, volverá a Dios, como enseña y profetiza el Apóstol.

Sin dogmatizar, ni mucho menos, me permito una reflexión sobre la conversión del pueblo judío. Sin olvidar la historia y teniendo presentes las enseñanzas de San Pablo en los capítulos 9-12 de su «Carta a los Romanos», bien puede dividirse la historia del singular pueblo de Israel en tres grandes períodos: período de elección, período de reprobación y período de reconciliación.

El período de elección, que se inicia con la vocación de Abraham en el siglo XX antes de la Era Cristiana, queda cerrado con la muerte de Cristo. Durante este período de veinte siglos de la historia del pueblo elegido, los judíos fueron los mimados de Dios. El mismo Apóstol San Pablo enumera sus privilegios y prerrogativas en el capítulo 9 de su mencionada «Carta a los Romanos»: «Israel es adoptado por Dios, vive con él, pacta con él por medio de Abraham y los Patriarcas, le da una legislación teocrática y un culto sagrado, le hace promesas, y entre ellas, la principal, la del Mesías, que nacerá de su stirpe. Toda la literatura del Antiguo Testamento es un monumento perenne de la predilección de Dios para Israel, su pueblo amado.»

El período de reprobación, que se abrió con la muerte del Mesías, querida y exigida por el pue-

bio judío, «reos es de muerte..., crucifícale..., caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos...», y que permanece abierto pasados ya casi veinte siglos, es la historia de maldiciones, de destierros, de infortunios, de persecuciones de Israel por haber apostatado de su misión. Su imprecación: «Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos» se ha cumplido.

Durante este largo período de casi veinte siglos, como el de elección, este pueblo deicida, triturado frecuentemente bajo el peso de la dominación extranjera, errante por todas las latitudes y odiado, leía y releía los oráculos de sus profetas, recordaba su historia y tradiciones y soñaba en futuras grandezas temporales... No ha pensado, ni piensa todavía, que el pacto de Dios con sus progenitores tenía por objeto la constitución de un reino universal de carácter religioso, y en su megalomanía, basada en la interpretación material y grosera de muchas profecías del Antiguo Testamento, especialmente la de Isaías, cap. 41, soñaba en un Mesías glorioso y guerrero que aniquilara las naciones de los *goim* para levantar sobre sus escombros el trono de Israel. No se ha fijado en el Mesías, humilde, «siervo de Jahvé», cuyas humillaciones y triunfos del cap. 53 de Isaías debían conquistar para todos los hombres el perdón de todos los pecados y la magnífica realidad de la gloria futura, todo como precio de su sangre divina, derramada en cruz ignominiosa. El pueblo de Israel, durante su período de reprobación, no ha comprendido, ni comprende todavía, el reino mesiánico en esta forma. Y por eso, todas sus revoluciones, todos sus conatos de reconstrucción nacional desde la del siglo II por el «hijo de la estrella», llevan la marca de restauración mesiánica gloriosa nacional. Este mismo es el ideal del neonato Estado de Israel implantado en Palestina.

Período de reconciliación.—Veinte siglos duró el período de bendición del pueblo de Israel; ya lleva casi otros veinte siglos de historia el período de reprobación. ¿Qué diremos del período de reconciliación? ¿Que vendrá antes del fin de los tiempos y cuando la plenitud de los gentiles haya aceptado el Evangelio. El testimonio de San Pablo no puede ser más claro: «No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado (en la Iglesia); y así todo Israel será salvo.»

Pero, ¿cuándo se iniciará este período de reconciliación? ¿Cuánto durará? La conversión del pueblo judío, ¿será gradual o repentina? Lo ignoramos. ¿Será el nuevo Estado de Israel, ya fundado y establecido, el fin del período de reprobación y el inicio del tercer período de la historia del pueblo judío, llamado por San Pablo «misterio de reconciliación»? Tampoco lo sabemos.

El hecho, sin embargo, de que el nuevo Estado de Israel sea un resultado de injusticias y violencias, no sería obstáculo para iniciar el misterio o período de reconciliación, porque Dios se sirve con frecuencia del inicuo proceder de los hombres para sus fines. Así lo atestigua la historia, maestra de la vida. Es verdad que el judaísmo mundial, conglomerado de los más o menos judíos tradicionalistas, sefaradíes, askenacis, etc., y de los sionistas, que en su mayoría son casi racionalistas, ha logrado la constitución de un Estado Judío independiente en Palestina, cuyas etapas progresivas, como hemos apuntado en el primer punto, han sido: el Concilio judío de Basilea, en 1897; la declaración de Balfour, ministro inglés, en el año 1917; la creación de la Agencia Judía, en el año 1929, y, finalmente, la resolución de la O. N. U. de partición de Palestina, en virtud de la cual se fundó el Estado de Israel en 1947.

Es verdad también que el nuevo Estado, representante de una raza que un día, apostatando de la misión que Dios le confiara durante su período de elección, persiguió y asesinó al Mesías, al Hijo de Dios, y que durante su período de reprobación ha permanecido obstinado en su tremendo crimen, no parezca el llamado a iniciar el período de reconciliación, tanto más que su corta vida de siete años ha dado pruebas de odio a cuanto se refiere a Jesucristo y al Cristianismo...; pero repetimos con San Pablo a los Romanos, cap. 11, 33, que los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios son profundos y que sus juicios son incomprensibles e insondables sus caminos. Si no por el

nuevo Estado de Israel, por otro camino, El encontrará el medio para que el pueblo judío se convierta y sea salvo, según está escrito:

«Venrá de Sión el Libertador, apartará de Jacob las impiedades. Y ésta será con ellos la alianza de parte mía, cuando hubiere quitado sus pecados.»

Aquí termina este mi sencillo artículo. Al terminar, después de pedirnos mil perdones por el aburrimiento y cansancio que su lectura os hayan proporcionado, os diré lo que el autor del segundo libro de los Macabeos dice a sus lectores en el epílogo:

«Si él ha salido bien, y cual conviene, es, ciertamente, lo que yo deseaba; pero si, por el contrario, es menos digno del asunto de lo que debería, sem e debe disimular la falta. Pues así como es cosa dañosa el beber siempre vino, o siempre agua, al paso que es grato el usar ora de uno, ora de otro; así también un discurso gustaría poco a los oyentes si el estilo fuese siempre muy peinado y uniforme. Y con esto doy fin.»

LA INTERNACIONALIZACION DE JERUSALEN

Ante el hecho consumado de la partición de Palestina entre árabes y judíos—Jordania e Israel—, Su Santidad Pío XII, en su Encíclica «*Reptoris nostri*», del 15 de abril de 1949, propone cuatro puntos principales:

1.º Régimen internacional para Jerusalén y su contorno.

2.º Garantías de respeto a los Santos Lugares, evitando toda profanación, y acceso libre a los peregrinos.

3.º Libertad para todas las instituciones católicas de Palestina.

4.º Reconocimiento de los derechos adquiridos por los católicos en Palestina.

¿Podrá el Santo Padre exigir menos que estos cuatro puntos, supuesto el hecho consumado de la partición de Palestina? ¿Será oído? Mucho lo dudamos. Por lo que se refiere a la internacionalización de Jerusalén, vamos a tratar brevemente en este artículo.

La internacionalización de Jerusalén la pide el Romano Pontífice, la suplica el mundo cristiano, la ha decretado la O. N. U. y ha asignado un presupuesto de ocho millones de dólares para su administración. Mucho dudamos, por no decir estamos ciertos, que dicha internacionalización no será un hecho. ¿Por qué? Veámoslo:

El judaísmo mundial ha soñado siempre con un Estado en Palestina, con capital Jerusalén.

Desde que el año 1897 celebraron los judíos, con miras a la conquista de Palestina, su Congreso de Basilea, no han cejado en su empeño, y en lo que va de siglo han ido de victoria en victoria, consiguiendo que la O. N. U. decretase la constitución de su Reino en Palestina, capital Tel-Aviv. Los judíos sionistas, para quienes el Reino de Israel sin Jerusalén capital sería acéfalo, no pararán hasta que ésta sea la capital del mismo, como centro político y religioso de todos los judíos del mundo, los cuales, como sus lejanos antecesores de hace veinticinco siglos, cautivos en Babilonia, continúan suspirando por su amada Sión, por su Jerusalén. Ellos repiten lo que todos los viernes del año vienen murmurando junto al muro del llanto los judíos de Jerusalén.

¡Señor, tened piedad de Sión!

Reúne los hijos de Jerusalén.

Ven, ven, Redentor de Sión.

Habla al corazón de Jerusalén.

que Sión vuelva a ser bella y majestuosa.

Vuélvete misericordioso hacia Jerusalén.

Que el reino se establezca de nuevo en Sión.

Consuela a los que lloran sobre Jerusalén.

Que la paz y felicidad vuelvan a Sión.

Que la vara de Jesé florezca en Jerusalén.

La violenta y fulminante reacción por parte del Estado judío a la decisión de la O. N. U. sobre la internacionalización de Jerusalén es un eco de las mencionadas plegarias junto al muro del llanto y, a la vez, una reafirmación de su decidido propósito de llegar a la meta de su soñado ideal: Jerusalén capital del Reino de Israel. En efecto, el sionismo, en su marcha triunfante, que ha conseguido la constitución de su Estado de Israel en Palestina, ¿renunciará a que Jerusalén sea su capital? No lo creemos. La afirmación de sus diri-

gentes de que antes de que Jerusalén sea internacionalizada han de pasar por sus cadáveres, confirma nuestro modo de pensar.

Por otra parte, la O. N. U., que con el apoyo de las grandes potencias decretó la agrupación de los judíos en Palestina en forma de Estado, ¿habrá decretado con sinceridad la internacionalización de Jerusalén? Mucho lo dudamos; especialmente si se tiene en cuenta la actitud pasiva de ciertas naciones en esta última resolución. ¿No se ocultará en esta resolución de la O. N. U. alguna intriga política? Es lo más probable. Hechos últimos, entre los cuales la traslación de algunos ministerios y oficinas gubernamentales de Tel-Aviv a Jerusalén con la tácita aquiescencia y silencio de muchas naciones, no son señales de la internacionalización de la Santa Ciudad.

No olvidemos que los judíos, unos por sentimientos religiosos equivocados, y los, sionistas por mero instinto racial, con los ojos puestos en el vaticinio mesiánico de Isaías, cap. 2.º:

«En los últimos días, el monte en que se erigirá la Casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán a él. Y vendrán muchos pueblos y dirán: «¡Ea! Subamos al monte del Señor y a la Casa del Dios de Jacob y El nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor...»

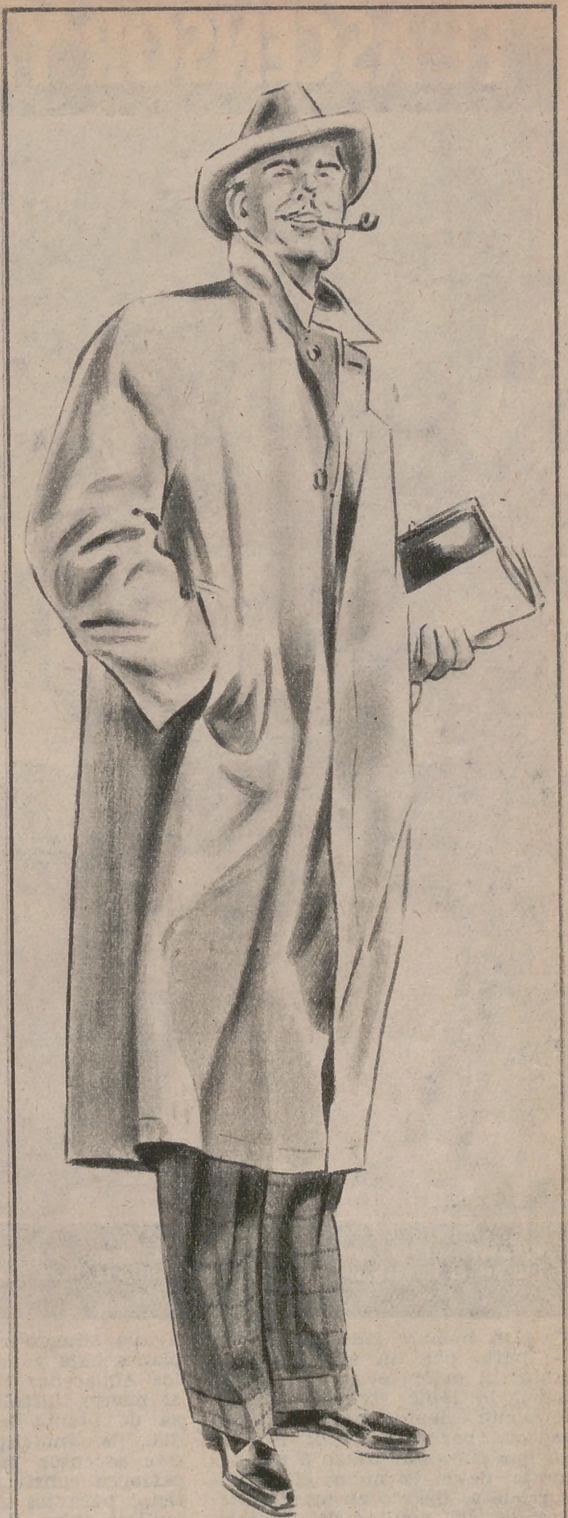
quieren a toda costa, a Jerusalén como capital de su nuevo Reino de Israel, y lo conseguirán, a pesar de la decisión de la O. N. U. y con el beneplácito de muchos de la O. N. U.

¡Ojalá que en esta ocasión sea falso profeta!

Entre los católicos, conforme a las consignas del Papa, se han multiplicado las manifestaciones en favor de la internacionalización de Jerusalén; los obispos de las naciones católicas han publicado pastorales sobre la misma materia y muchas entidades han dirigido peticiones colectivas a los organismos responsables. La O. N., después de diversos titubeos, en su Asamblea general del 10 de diciembre de 1949, triunfó con una mayoría abrumadora de 38 votos contra 14 y siete abstenciones, aprobándose de nuevo la internacionalización de Jerusalén y sus contornos, bajo la autoridad administrativa de la O. N. U., que se ejercería a través del Consejo de Protectorado. He aquí el texto oficial:

«La Asamblea general de las Naciones Unidas, teniendo en cuenta sus resoluciones números 181, de 29 de noviembre de 1947, y 194, de 11 de diciembre de 1948, habiendo estudiado el informe de la Comisión de Conciliación de Palestina, establecida en la última resolución citada, y convencida de que los principios que inspiran sus resoluciones anteriores en este asunto, y especialmente la resolución del 29 de noviembre de 1947, representan una solución justa y equitativa del problema, decide: 1.º Reafirmar su intención de que Jerusalén sea colocada bajo un régimen internacional permanente, que comprenda garantía apropiada para la protección de los Santos Lugares, lo mismo dentro que fuera de Jerusalén, y confirmar explícitamente las siguientes medidas establecidas en la resolución 181 de la Asamblea General: *primera*, la ciudad de Jerusalén formará un *corpus separatum*, bajo un régimen internacional especial, y será administrada por las Naciones Unidas; *segunda*, el Consejo de Protectorados se encargará de las responsabilidades de la autoridad comisionada para la administración de la ciudad, y *tercera*, la ciudad de Jerusalén comprenderá el Municipio actual de Jerusalén, más las ciudades y aldeas que la rodean, siendo su extremo límite oriental Abu Dir; el extremo límite meridional, Belén; el extremo límite occidental, Ain Karem, y el extremo límite septentrional, Shu'fat. 2.º Exigir, a este propósito, que el Consejo de Protectorado, en su próxima sesión, ya sea especial, ya sea ordinaria, complete la preparación del Estatuto de Jerusalén, omitiendo las prescripciones que sean ahora inaplicables...»

A pesar de esta resolución de la O. N. U., insistimos en nuestros temores de que no llegue a efecto la internacionalización de Jerusalén, por cuanto votaron en contra, entre otros, Estados Unidos y Gran Bretaña, y se oponen Jordania y el Estado de Israel, que son las partes interesadas. ¡Ojalá nos equivoquemos!



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

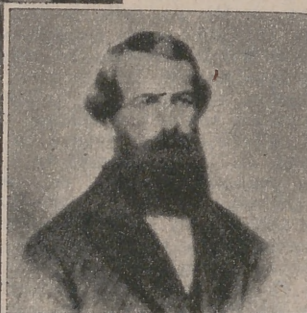
Galerías Preciados

EL ASCENSOR YA ES CENTENARIO



En mayo de 1854 Elisha Graves Otis, en la Exposición del Crystal Palace de Nueva York, hizo la primera demostración práctica para el uso de ascensores

La primera prueba tuvo todo el empaque de una ascensión en globo



Elisha Graves Otis

Agulla o Casa Ferrera, debió colocarse un auténtico y raro artefacto en un edificio de planta baja y un piso, sito en la glorieta de San Pedro, de Almería. Lo vi mucho tiempo después y me llamé poderosamente la atención. Se trataba de un cajón de

madera suspendido de una sogá o maroma que se iba enrollando en un cilindro sujeto en el techo del patio de luces de la casa. No tenía puerta, y la fuerza motriz radicaba en los brazos de un subalterno o vigilante de la Tabacalera. Un hombre serio y alto. Este artefacto, a manera de ascensos, no estaba instalado para subir mercancías, sino que se colocó para que bajase y subiese a diario la esposa del administrador de la Compañía Arrendataria de Tabacos en Almería. Una dama oronda de 120 kilos de peso. Me parece estar viéndola descender en tan raro aparato, una mañana en que me encontraba allí circunstancialmente. El cajero de la Tabacalera, hermano de un cuñado mío, me había dicho:

—¡Espérate y verás un cuadro pintoresco! La señora del jefe está para bajar. Es la hora en que suele ir a misa.

Vi el movimiento—o mejor, funcionamiento—del artefacto y quedé asombrado. Era una novedad después de conocer desde muy niño el ascensor. Cuando he vuelto al mucho tiempo a Almería, me pasé por la citada casa. Pero ya este simpático y extravagante cacharro no existía. Actualmente se han instalado en ella unos elegantes almacenes de tejidos.

Ahora, en el año 1954, a train-

El ascensor de una estación del Metropolitano madrileño. Subir en él cuesta cinco céntimos, el billete más barato de estos tiempos

CADA hombre muestra su simpatía por un artefacto distinto: el avión, el tren, el automóvil, la radio, etc. Yo, particularmente, siento una inclinación especial por el ascensor. Supongo que por estar unido a mi memoria, desde la niñez, el ascensor que se instaló en los Almacenes de El Agulla, de Almería, donde solía llevarme mi madre todos los jueves para hacer sus compras semanales. Con ello satisficé mi curiosidad de subirme en ascensor y de que me regalaran un globito al efectuar el pago de lo adquirido. Una doble forma de anunciar cuando la propaganda publicitaria estaba todavía en pañales. Recuerdo con nostalgia la alegría de mis amigos y la mía en aquellos jueves, esperados durante siete días, para que nuestras mamás nos llevaran «a la tienda que tenía un ascensor».

Existían en Almería por esa época sólo dos ascensores: el citado de los Almacenes de El

Agulla, situado en un edificio con planta baja y dos pisos, y el de los Almacenes Ferrera, próximos al puerto, instalados en una casa de planta baja y alta. Los días de antevísperas de Reyes, este ascensor para ocho o diez personas constituía como un anticipo para los sueños de la chiquillería almeriense. No exagero si digo que al subirnos en este ascensor ya habíamos colmado parte de nuestras ilusiones, esperando lo que después nos trajera Melchor, Gaspar y Baltasar. Y confesemos que no sólo nos entretenía a nosotros, sino también a los mayores. Ahora comprendo, cuando habito en una casa de siete pisos y ocupo el último, que sólo por razón de atraer compradores estaban instalados estos dos ascensores que hoy no creo que funcionen. Ya se pasó la fiebre de subirse en ascensor por capricho, ante la exigencia de hacerlo por necesidad.

Casi al mismo tiempo de la instalación del ascensor de El

ta y tantos años vista de estos tres ascensores, escribo una crónica a los cien de su invención y llevar setenta y seis de existencia en España la industria de ascensores. ¿Es que no hay en mi caso un motivo justificando ciertamente mi afición? Cada vez que subo en ascensor recuerdo mi infancia y me río pensando en el ascensor de la señora oronda y gorda. Y hasta veo la cara del hombre que hacía con sus brazos de fuerza motriz.

LA JAULA DE MISTER OTIS

Hacia fines de mayo de 1854, Elisha Graves Otis, emprendedor hombre de negocios de los Estados Unidos, en la Exposición del Crystal Palace, de Nueva York, hace la primera demostración práctica de un aparato que él mismo había inventado un año antes. Su propio inventor ensayaba un dispositivo de seguridad para el uso de los ascensores o montacargas, ya que se resistían a su utilización, precisamente por no ofrecer condiciones de seguridad, por cuanto su uso no estaba garantizado contra accidentes.

La demostración de mister Otis, ante un público curioso y escamón, embarcándose en una especie de jaula, con dos cajones y un barril de aguadiente para elevarse hasta una altura próxima a los diez metros, se siguió con el mayor interés. Ciertamente Elisha Graves Otis, quizá sin quererlo, daba a su demostración todo el empaque de una ascensión en globo. El aguadiente parecía que iba a ser utilizado para combatir el frío; lo contenido en los cajones eran alimentos, etc. El hecho fué que se elevó los diez metros y mandó cortar la sogá que, por medio de poleas, servía para su funcionamiento. Sin embargo, el ascensor se quedó fijo y no se estrelló contra el suelo. Por el contrario, descendió lentamente, sin que mister Otis y lo embarcado en la jaula sufriese el más mínimo deterioro. Había utilizado como dispositivo de seguridad un ingenioso sistema de paracaídas, que hacía las veces de freno. La demostración constituyó un éxito.

No consiguió Otis de momento que el ascensor, o su aparato montacargas, venciera a los remisos en su utilización. Vendió sólo seis montacargas entre este año y el siguiente. Pero en 1856, o sea dos años después de su demostración, la cifra aumentó a veintisiete aparatos, a razón de 496 dólares cada uno. El negocio se iniciaba lentamente.

LA EXPANSION VERTICAL DE NUEVA YORK

Podemos anticipar que la famosa «sky-line» neoyorquina, buscando hacia arriba el espacio que le limitaba su emplazamiento para extenderse en superficie, fué el mejor propulsor del nuevo invento. Elisha Graves Otis había venido a auxiliar el crecimiento de esta ciudad de leyenda que iba a erguirse hacia el cielo. Es entonces, sin ningún género de duda, cuando Nueva York levanta sus moles de diez, doce, quince, veinte pisos y más. Ya era posible la ciudad de los rascacielos.



Grabado de la época mostrando el interior de un ascensor antiguo regulado por un cable que pasaba por la cabina

Elisha Graves Otis, al inaugurar personalmente el primer ascensor para uso de pasajeros, en el establecimiento de Haughwout & Co., uno de los comercios más lujosos del ya populoso Nueva York, con utilización del público sin el menor temor —especialmente el mundano y elegante— había establecido sus posibilidades para un futuro que fué inmediato. Las razones eran éstas:

a) Nueva York necesitaba de una expansión vertical, porque sobre su suelo no podía continuar extendiéndose.

b) El ascensor para pasajeros, al utilizarlo importantes establecimientos, había servido de propaganda comercial. La chiquillería de Nueva York también tenía sus mamás que disfrutaban en salir de compras con sus hijos «a las tiendas que tenían ascensores». El alborozo infantil y de los mayores que, ante la novedad, no tiene límites fronterizos.

Afirmado el ascensor en Norteamérica, como todo signo del progreso que no se afina a un país determinado, cruzó el Atlántico y vino también a establecerse en la vieja Europa. Francia, Inglaterra, Alemania y luego España se decidieron por su utilización. En el Nuevo Continente había demostrado sus posibilidades para mejorar la manera de vivir. Hoy, en el Radio City, el edificio más alto del Rockefeller Center, en pleno distrito comercial de Nueva York, se cuenta con 215 ascensores ultrarrápidos, divididos en grupos de a diez, asegurando el servicio por pisos, de los sesenta que tiene el colosal rascacielos. De modernísimo sistema son los as-

censores que cubren las necesidades del Empire State Building, que con sus 102 pisos constituye el edificio más alto del mundo. Para este edificio sólo, funcionan 58 ascensores de movimiento automático.

ASCENSORES MOVIDOS A BRAZO

Alcanza sólo a un siglo la historia del ascensor, y podemos afirmar que los primitivos ascensores movidos a brazo parece que datan de época casi prehistórica. Hasta tal punto ha evolucionado en sólo cien años la industria ascensorista. Si Elisha Graves Otis, su inventor, como ya hemos visto, no hubiera persistido en industrializar su invento como la Compañía Otis, es



Ascensor en el escenario de un teatro, muy útil para los servicios de tramoya



Moderno ascensor individual, de movimiento continuo, instalado en el edificio del Parque Móvil de los Ministerios, de Madrid

posible que nadie le recordara. En trabajos muy recientes publicados en algunas revistas españolas, se omite su nombre y hasta se limita a época más moderna la invención del ascensor. Por lo menos en dos de estos trabajos se añade la fecha de 1867 y se hace mención a la Exposición de París de ese año, donde se presentó el primer modelo de ascensor.

Al precario mecanismo del ascensor que por medio de un cable pasando por la cabina permitía a la persona que se encontraba en ella hacer funcionar la instalación, le siguió el ascensor de vapor y luego el hidráulico con manejo indirecto. Estos todavía se utilizan en los lugares en que no se dispone de fuerza eléctrica. Entre los más conocidos ejemplos de ascensores de esta clase debe mencionarse el de la torre Eiffel, en París. En éste se nota al llegar al último piso, por la compresión de la columna de agua que lo mueve, una leve sacudida que se experimenta por los pasajeros. Otro ascensor de este tipo se encuentra en la ciudad de Lyon. Perteneció al Observatorio local, que está situado sobre una colina que domina la ciudad lamada por el río Ródano.

CALLE DE ALCALA, NUMERO 57

El pasado año celebró la industria ascensorista de España sus bodas de diamante. La primera firma comercial de la industria de ascensores fué la de don Félix Sevilla Prats, activo industrial, que dedicó sus esfuerzos al estudio de la construcción e instalación de ascensores, o aparatos montadores, como entonces se llamaban.

El primer ascensor instalado por el señor Sevilla Prats era de tipo hidráulico y se colocó en una casa propiedad de don Valentín Morales, sita en la calle de Alcalá, núm. 57. Este ascensor estaba calculado para una carga de cinco personas y una ascensión de catorce metros y medio. El coste del mismo ascendió a 12.700 pesetas, cifra irrisoria si se compara con el valor de un ascensor en la actualidad.

Todo Madrid acudió a verlo funcionar, constituyendo una atracción durante días y semanas. Y no faltaron personas que no se atrevieron a penetrar en la cabina por miedo a un posible accidente. Ocho meses después se colocaba un

segundo ascensor en una casa propiedad del marqués de Salamanca.

La industria ascensorista española, a los setenta y seis años de instalarse el primer ascensor en Madrid, tiene una vida próspera y su técnica es depurada. Hoy pueden contemplarse instalaciones modernísimas y dotadas de toda clase de adelantos. Como ejemplo tenemos los ascensores instalados en la estación de Príncipe Pio, de Madrid; el de la estación del «Metro» de José Antonio. Más moderno es el del Parque Móvil de los Ministerios Civiles.

El primer ascensor en que se aplicó la corriente eléctrica fué a uno instalado en la calle de Alcalá, 49. Se proyectó para una carga de cuatro personas y un recorrido de diecisiete metros. El inmueble era propiedad de don José Fontagus.

UN ASCENSOR PARA LAS PIRAMIDES

Si el ascensor ha sido utilizado en el cine para conseguir determinadas escenas, tal sucede específicamente en la película «Los crímenes del Museo de Cera», como en otras, donde le sirve al guionista bien para aterrorizar o buscar un lugar de evasión, no por esto el ascensor eléctrico —o el superascensor, diríamos nosotros— ha llegado a imponerse, existe todavía el apego de las gentes por lo que tiene un sabor antiguo. Siempre hubo personas y comunidades apegadas a capítulos románticos. En París, por ejemplo, hay quien se resiste a que les modernicen sus ascensores de sogas.

Recientemente en Egipto se han escuchado voces airadas de protesta, porque alguien tuvo la

peregrina idea de dotar al interior de la Gran Pirámide de un moderno sistema de ascensor.

También en Canarias se ha sido fiel a la tradición, al no querer cambiar el ascensor antiquísimo de sogas que existe para subir a la torre de la catedral de Las Palmas. El que ahora funciona es de los primitivos, y lo mueven, si es que los visitantes quieren utilizarlo, la buena voluntad del sacristán o los mozaguillos del templo, que hacen con sus brazos de fuerza motriz.

LOS 32 ASCENSORES ELECTRONICOS DE LA O. N. U.

Que el ascensor tuviera sus detractores en los comienzos de su aprovechamiento, por un justificado temor en la seguridad del mismo, nos parece hasta lógico. Nadie se fia de un precario mecanismo donde con facilidad puede exponer su vida. De ahí que Otis, su inventor, quisiera dar ejemplo de arriesgar su propia vida para vencer cualquier recelo en su utilización. Sin embargo, tras de evolucionar la industria ascensorista con rapidez, nos encontramos con la paradoja de que se defiendan por espíritu de tradición ascensores de poca seguridad al lado de los electrónicos de hoy en día. Cabe pensar, a veces, que el hombre, por principio, es retrógrado sin atenerse para ello a la mayor o menor seguridad que ofrezca una máquina cualquiera, sino basado en el estúpido concepto de defender lo viejo frente a lo nuevo, aunque lo nuevo esté en tal grado de perfección que ya no existe en su utilización riesgo de ninguna clase. (Puede compararse la seguridad de los treinta y dos ascensores electrónicos instalados en el edificio de las Naciones Unidas, con sede en Nueva York, al ascensor hidráulico que funciona en la torre Eiffel? Para nosotros, este último es como un grito retrógrado en el corazón de ese «París que ya no es París». Y, sin embargo, si estamos de acuerdo con la protesta de todo el valle del Nilo, ante la pretensión de instalar un ascensor electrónico en el interior de la Gran Pirámide de Cheops. Ahí están presentes 6.000 años de antigüedad —de historia del mundo, mejor dicho—, que son incommovibles e inmaculados. Que deben permanecer aislados a nuestra civilización actual.

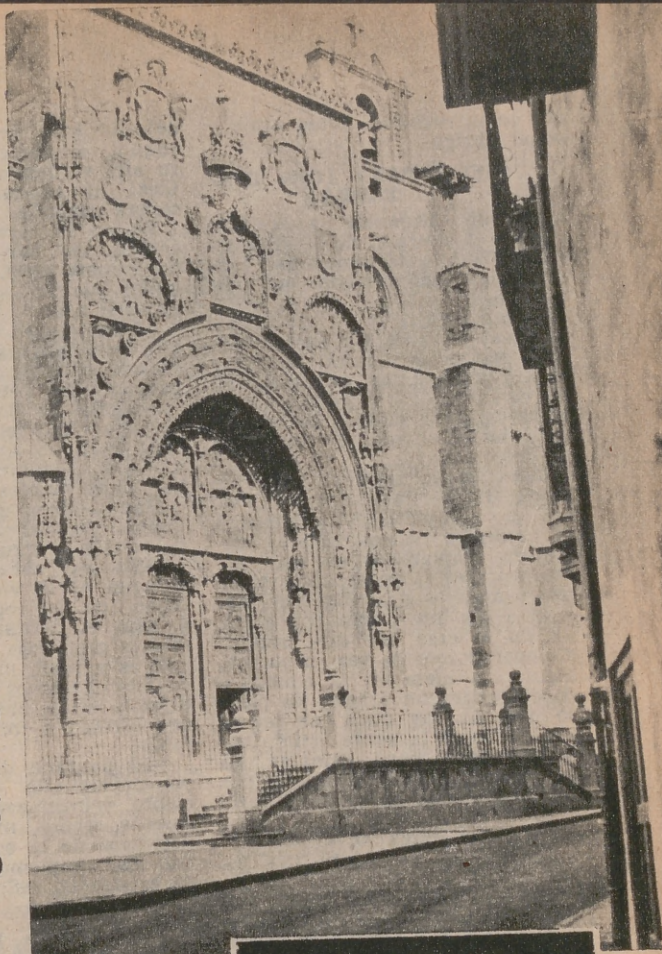
Leímos en la Prensa, a principios de este año —coincidiendo, por azar, con el centenario del ascensor—, un hecho que ahora nos va a servir de colofón para esta crónica. En un ascensor del hospital Hastings, de Londres, viajaba una señora que acudía a la policlínica para dar a luz. El caso fué que el ascensor se averió, y en el interior de la cabina, durante los cuarenta minutos que tardó en repararse, sobrevino la crisis de la parturienta. Los médicos, desde los pisos entre los cuales estaba parado el ascensor gritando dirigieron el parto. Este fué feliz. La enfermera y el marido, secundando las órdenes de los doctores, habían ayudado al nacimiento de un niño, sin peligro para éste ni para la madre.

J. Miguel NAVEROS
(Fotografías de Mora.)

LOS "BURGOS PODRIDOS" SON YA BURGOS PLETORICOS

UNA PROVINCIA LLENA DE
MARAVILLOSOS CONTRASTES

TODA CASTILLA ES EN ESTOS
MOMENTOS UN INMENSO
CRISOL DE COLORES



Aranda de Duero conserva para sorpresa del visitante joyas como ésta recogida en la fotografía



Patio del palacio de Lerma

de resplandor inmenso, seco, abrasador, la llanura. En esos momentos, toda Castilla, es un inmenso crisol de colores. Parece que se dan cita cada una de las calidades y presencias posibles del color y la forma. Entonces, sólo entonces, aparecen el violeta y el rosa, el verde pálido y el verde oro, penetrando como un arado la distancia. Ese instante justo, en el que la riqueza luminosa no ha sido aplastada ni destruida por el «sol de justicia» o el «frio toledano». Pero que existe permanentemente esa Castilla luminosa lo saben todas sus gentes. Las madrugadoras gentes de Castilla que llevan la manta por sus cam-

DE regreso de Aranda, de la fértil y bella Aranda que fuera morada para la nobleza, atravesamos la planicie ondulada de los viñedos y los trigos. Aranda, la ahijada del Duero, se nos queda ya atrás. Bien hicieron los Reyes Católicos, formidables andarines del mundo español, en bordar aquí, como señal y prenda de su paso, la maravilla de la iglesia de Santa María. Hace unas horas, cuando seguíamos el rumbo de cada una de sus piedras, una mujeruca, la cabeza bajo ese noble y casi aristocrático manto negro de Castilla, me preguntaba:

—¿No es de aquí?

—Pues, no.

—Ya verá, ya verá cuando dé una vuelta por dentro.

Y había algo tan sencillo y devoto en su homenaje, algo tan tierno y pulcro en su decir, que me dieron ganas de tomarla como guía. De suplicarla que me

llevara de su mano. Todavía, antes de irse cuesta abajo, añadió:

—¡Esos son los escudos de los Reyes Católicos!

Y es cierto, en la fachada destacan las armas de los monarcas fundadores. Que Castilla, cuando uno la visita y recorre, parece siempre ofrecerse y presentarse así: recién visitada por los Católicos. Que tanto Don Fernando como Doña Isabel.

Ya en ruta, abierta la mirada al gozo maravilloso de contemplar este paisaje ascético que produce, como para la santa misa de un pueblo misionero, el pan y el vino, me pregunto el porqué de haberse repetido tanto, estética y literariamente, el tópico de la Castilla parda. Castilla es algo más que parda. Hay que andarla temprano, en sus primeras horas, en sus primeros minutos de existencia diaria, cuando el sol no ha llenado



Una bella y antigua fuente en Aranda de Duero

pos como roqueles. Como arma y como abrigo.

RIEGO PARA 17.000 HEC. TAREAS

Cuando llegamos a Lerma, cuando la muralla de la villa señorial está ante nuestros ojos, no queda más remedio que detenerse.

Lerma, castillo y fortaleza, almena y muralla, parece enquistada en sí misma. Y no lo digo para señalar que esté ahí abandonada a la inercia, sino, al revés, para señalar su temple, para hacer constar su gracia y su defecto.

Como el coche hay que arreglarle, no sé qué, buscamos por allí un garaje. Hay, próximos a la carretera, varios talleres mecánicos emplazados en esa limpia estrategia de esperar, siempre tranquilos y en buzo de mahón, a los que pasan con prisa, «Y no se crea, me dice uno de los operadores: de vez en cuando alguno se mete en la cuneta o choca contra un árbol». Yo pienso que no hay nada en este mundo como la gente estimulante. Por eso, para cambiar los malos augurios, le pregunto por el camino más corto para verlo todo.

—No está cerca lo mejor.

—¡Hombre, no estará tan lejoso!

—Si se mira bien, pues no. Suba por ahí y llegará primero.

Y yo subí por (ahí) para alcanzar por mis propios pasos la Lerma de torres y emplazamientos señoriales. En la subida, a trote corto, perezoso, el rebaño de las ovejas. Bajo el sol, quietas, petrificadas, algunas de ellas tienen escondidas las cabezas en las sombras de las cercas o, formando bloque, cuerpo con cuerpo sin un sólo movimiento, con las otras. El pastor, al parecer de buen diente, come y habla con las mujeres de las casitas de la cuesta. A una de ellas, burgalesa de cincuenta y ocho años, como ella dice, la invito a retratarse. Pero lo que importa decir es la dignidad exacta, sin rodeos, sin excesiva alegría, pero contenta con que se dejó retratar. Había en ella un recato tan grave, que, la buena mujer, mientras las vecinas la miraban entre sonrientes y maliciosillas, se plantó, ante la máquina, quieta y estoica.

Desde arriba, «junto al palacio» que decía un niño chutador

Una estampa moderna en Aranda de Duero. Un labrador vuelve de la labor sobre su «nueva mula»



de una bola de trapo, papel y cuerda, se podía ver pasar con su aire tranquilo a la ciudadana ideal, al ave-campanario: a la señora cigüeña.

Ya en la carretera, ante la cerveza del bar, hablamos con un hombre serio, moreno y tranquilo, que no se asusta de la conversación.

—Mire usted—me dice—todo esto está «llamado» a cambiar cuando se realicen las obras del pantano de Retuerta.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Yo? Manuel Rey, para servirle, pero no soy de aquí. Hoy vine por el ganado. Me interesaban unas «cabezas».

Manuel mira un momento sus manos grandes inverosímilmente fuertes y arrugadas y añade:

—Yo soy labrador viejo, pero el agua es la vida, sino que lo digan los del regadío de Rianza, y aquí el pantano de Retuerta será la gran cosa.

Y es verdad, luego, más tarde, cuando llegamos a Burgos me dijeron estas alentadoras frases que ofrezco a mi amigo del camino:

—El pantano de Retuerta, cuyo presupuesto parece ser de ciento veintinueve millones de pesetas regará, me dicen, 17.000 hectáreas de la comarca de Lerma. Es, simplemente, el cambio de existencia, señor Manuel Rey, hombre avisado.

EL AGUA, LA LUZ Y EL PUENTE LEVADIZO

Por una serie de incidencias que no pertenecen al desarrollo de esta crónica de viaje, desde Lerma hemos tenido que regresar nuevamente a Aranda. Y una vez allí, cumplido el involuntario olvido, hemos tomado por aquello de que «ancha es Castilla», el camino de Salas de los Infantes.

La carretera de Aranda a Salas es una cinta amarilla, polvorienta que, supongo, debe asustar a los ciclistas porque no se ve nunca su fin. A un lado, como jugando y queriendo jugar están los trigos y al otro, corriendo casi en la proximidad de la carretera, las acequias del agua. La remolacha y el riego. Que el agua no tiene en ninguna parte del mundo, en ninguna tierra, naturaleza tan agradecida como la de Castilla. No sólo por sus frutos, sino por la transformación del suelo, por la penetrante y aromática presencia del verde-verde norteño.

Toda esta comarca siembra la vid, una vid en cierto modo cojitranca y pequeña, pero segura. No la armónica y bella de la Rioja, pero vid que da un vino, según me dice un entendido, que se sube rápidamente a la cabeza.

Cuando llegamos a Peñaranda de Duero, por lo menos corren que se las pelan a un lado y al otro del coche, deben de estar los niños «en el recreo». Peñaranda, que se ve no le, tiene el

impacto de nuevas construcciones por muchas de sus calles. Es curioso ver cómo lo nuevo se incrusta entre lo viejo y, por su propia fuerza, parece que ha de hacer estallar el viejo caserío.

Una de las grandes y bellas novedades de Aranda es que su castillo, el famoso, está siendo reconstruido por la Sección Femenina para instalar en él una nueva Residencia-Escuela. Hace bien, muy bien, la Sección Femenina en reconstruir y en utilizar todas las paredes históricas de España. No sólo porque levantan e impiden que perezcan monumentos importantes, sino porque vuelven a enlazarse cordialmente las relaciones del espíritu y de la política, con estos pueblos que parecían condenados a ser poco más que eso: restos de un castillo famoso.

Por eso es importante que al tiempo de llevar el agua y la luz a estos pueblos se vuelva a poner en marcha, a levantarse el puente levadizo, a la torre protectora. Cuando los de Aranda se levanten dentro de unos meses dirán: «Ya las chicas han izado la bandera».

Desde Huerta del Rey, la inmensa mancha de pinares que pasa por Salas llega hasta Soria. Cada pino, como un hombre herido, tiene el hondo corte de la resina. En cierto modo es un dato que impresiona. El conductor, mientras tanto, que ha sido para mí un magnífico guía, va señalándome constantemente los nombres de los pueblos. De vez en vez, se recuerda a sí mismo: —¡Bien me divertí yo por aquí!

EL UNICO ANALFABETO, EL «TONGO»

A Salas de los Infantes, corazón puro y perfecto de una de las mejores leyendas españolas, bueno, leyenda, e historia, posía y verdad, se acerca uno con esa anticipada corazonada de saber que visitamos lo que hemos leído muchas veces.

Salas es un pueblo en medio de una mancha verde. Hay agua y hay pinos. Hoy sombra y hay pradera. El aire del pueblo, lo que dice él de sí mismo, es que las cosas van bien. Hay muchas casas solariegas y muchas casas nuevas. Un pueblo pujante, pequeño, sí, pero enhiesto, alegre.

Ya sabemos que estamos en la gran mancha de pinares de la comarca, pero Salas, aprovechando la sombra, tiene pequeñas industrias de la madera, resinas y derivados químicos, y fábrica de harinas.

Algunas veces, la subasta de la madera ha subido a cifras superiores a los cuatro millones de pesetas. Y no hay más que darse una vuelta por el pueblo para saber que el regadío funciona. Yo mismo, que soy bastante torpe, me doy cuenta ya, perfectamente, anticipadamente, sin oír una sola palabra, de las zonas que tienen en regadío unos cientos de hectáreas. Aquí, en Salas, actualmente tienen 150 hectáreas, pero la desviación del río y las obras que en él planean pondrán en marcha, alegremente, 400 hectáreas más.

Otra vez, también, me he interesado por el promedio de analfabetismo de la población.

Hay que decir que Burgos tiene un índice bajísimo de analfabetos.

Plense, me han dicho en Burgos, que se han construido estos últimos años más de 300 escuelas. Y que de centros rurales de higiene, existirán el año próximo en Burgos más de un centenar. Y es verdad, todo esto se me ha dicho, pero a mí me gusta verlo funcionando en el mundo, haciéndolo «bueno», como gustan decir en el campo, en la misma geografía.

Por eso volví a preguntar en Salas.

—¿Y aquí?

—Aquí no tenemos analfabetos, ni uno sólo.

La conversación era en sitio público por lo que, como es natural, hubo siempre el voto en contra.

—¡Hombre, haber, haber, h a y uno que no sabe leer en el pueblo!

—¡Pero ése es el «tonto»—le interrumpieron.

Así me enteré yo, con todos mis respetos humildes para el «tonto», de que Salas tenía también su hombre para la gresca infantil. Para los infantes.

Y, así, antes de que diga otra cosa, todos me dicen:

—¡Veremos las cabezas de los Infantes?

—Pues claro.

SIETE CABEZAS DE LOS INFANTES Y LA DEL AYO

Salas está bien orgullosa, como ciudad, de haber encontrado en el siglo XVI, en la iglesia de Santa María, y enterradas bajo un arco, ocho cabezas que se cree pertenecieron a los infantes y a su ayo Nuño Salido.

La historia es bien sencilla: La hermana de Gonzalo Bustos, padre de los siete Infantes, ofendió al menor de los Infantes, Gonzalo González, que mató al enviado para ofenderle en las faldas de su tía Doña Lambra. La hermana de Gonzalo Bustos, hembra aguerrida y oyente de los malos espíritus, suplicó venganza a su marido Ruy Velázquez, quien, sobre la marcha, haciendo suyo el odio, ideó la forma de terminar con la recia estirpe.

Escribió una carta al moro Almanzor de Córdoba, que había de llevar su cuñado Gonzalo Bustos, en la que le pedía le diera muerte y le enviara gente suficiente para terminar con los Infantes, enemigos harto temibles para Almanzor.

Puestas así las cosas, limpio el camino de polvo y paja, abierto el frente por el engaño, Galve y Viara, con miles de moros se apoderaron de los Infantes y los mataron, enviando las cortadas cabezas de los siete caballeros, más la de su ayo, de presente a Almanzor. Este, que no debía tener motivo para sentirse disgustado, creyó que era mejor llamar al padre, a don Gonzalo Bustos, prisionero, para presentarle a los descabezados. Compadecido, al fin, el moro, de sus sufrimientos, le devolvió la libertad. Pero el caso es que el cristiano tuvo descendencia en Zavda, hermana de Almanzor, que, andando el tiempo, se llamó Gonzalo Mudarra, y conoecedor de todo lo que había pasado, regresó a tierra de cristianos para comenzar su campaña. Por lo pronto, mató a Ruiz Velázquez y quemó

viva a su tía Doña Lambra en venganza del asesinato con traición de sus hermanos los siete Infantes. Quizá por eso, los versos de la leyenda hacen decir así a Mudarra al hablar de Doña Lambra:

«¿Qué intentas, di? Que no podrás [malvada.

por esa vida del morir librarte;
si saltas, has de dar sobre mi espada;
si te quedas allá, has de abrazarte.»

Cuando abandonamos Salas de los Infantes, casi anochecido, todo el hermoso paisaje que rodea la ciudad, este bello lugar de 2.000 habitantes, parecía haber recobrado todo su prestigio de retiro fértil y alegre para una nobleza combatiente. Los niños jugaban a la eterna hurría de la piedra. El ganado, esas terneras de carne espléndida que se exportan a Zaragoza para la matanza y la buena mesa volvían a buen paso. ¡Ah, y no se olvide que se han repoblado por el Patrimonio Forestal 2.000 hectáreas!

Supongo que lloverá por Salas.

BURGOS, CUARTEL GENERAL

Antes de partir para las rutas del Norte, porque esta provincia es inmensa, llena también de maravillosos y casi dramáticos contrastes, Burgos es algo así como el techo y el sueño.

Llegamos tarde, pero no tan tarde para que en el hotel no nos quisieran dar de cenar. El comedor, servido por camareras, sorprende un poco. Mal o bien la mujer siempre da un aire familiar y hogareño a las cosas. Mientras cenó, miro por la ventana al Espolón, a la calle encadenada (ya he dicho que tiene echadas las cadenas en su principio y fin para que no circulen los coches) para ver, con esta leve perspectiva de la distancia, el pasear curioso y alegre de la gente. Porque, Burgos, al revés de lo que puede imaginarse y creer mucha gente, tiene una entrañable humanidad alegre. Claro está que el castellano no la lleva ostentosamente consigo. Es una alegría en cierto modo humilde, complacida de su alegría, pero sin dar voces. Como si a este Burgos, tendido en la llanura y al frío viento, un poco labrador y de pocas palabras, le gustara recrearse en su propia personalidad de ciudad hecha para la hazafia y para el peligro.



El castillo de Peñaranda

Y de pronto todo se va apagando, y desaparecen raudos los ruidos de los últimos tacones errabundos, y en la ciudad no queda ya otra cosa que ese golpear solemne de los bronces. Y no es, tampoco, ¿por qué no decirlo?, ese silencio puro y densamente provinciano que puede establecerse en otros sitios. No es así, porque, Burgos, que tiene ahora el ambicioso proyecto de hacer una gigantesca repoblación forestal que rodee enteramente la ciudad, no suena ni resuena nunca a provinciana. Es, al revés, una ciudad que se ve sabe mucho de mundo. Una ciudad segura que sabe, quizá como nadie, que las catedrales son fortalezas. Y que las fortalezas tienen horas de queda. Horas de silencio que aquí se respetan. Horas que se van a dormir entre las patas de ese caballo nuevo, melenudo y rizoso, que Juan Cristóbal ha esculpido para el Cid, señor de la ciudad.

Quizá por eso no extraña en absoluto la vitalidad contenida de tantas y tantas obras. Quizá por eso no asombra oír al Gobernador, escueto y centrado, fuerte y amable, que se puede calcular «que cada dos días se comienza en la provincia una obra local». Que en esta ciudad, estirada hasta lo increíble en estos últimos años, se han construido en los años pasados, por uno u otro conducto oficial y sindical, unas 3.000 viviendas que los nuevos proyectos son también, unidos a la aportación valiosísima de la Delegación Nacional de Sindicatos, muy importantes.

Que en Burgos, en su vivo paisaje claro, se han levantado el Sanatorio Antituberculoso con capacidad para 400 camas y la Residencia del Seguro de Enfermedad con capacidad idéntica. Y uno no puede, le es completamente imposible, recoger todas las cifras, llevar consigo, apretadamente, todos los fenómenos. Habría que escribir un libro, empezar así: «Un día, al Cid, no se le dió posada en la ciudad. Una niña se le acercó para decirle: «Sigue, pues, tu camino, y válgate el Criador con todos sus santos».

Y terminar las páginas diciendo: «En estos momentos, la ciudad está poniendo en los puen-



Como símbolo del progreso de la vieja provincia burgalesa, modernas máquinas al servicio de la agricultura tradicional pasan bajo los arcos de la milenaria capital

tes al Cid y a los suyos. La su-
basta de la Estación Unica ha im-
portado 40 millones. La amplia-
ción de los servicios de abasteci-
mientos de aguas se han subas-
tado en 50 millones. Las gentes se
han sorprendido de que el Cid,
en la estatua ecuestre, tenga tan
grandes barbas, pero sabido es
que en los momentos de peligro
tenían que atárselas a la cintura
para que el enemigo no tirase de
ellas. Y que es frase probada de

aquel tiempo el decir: «La barba
sobre el hombro». Fuera de eso,
todo marcha bien. Un periodista
que ha venido de Madrid ha di-
cho que Burgos está transfor-
mándose completamente sin per-
der su estilo». Así terminaría el
libro.

POR LAS MONTAÑAS Y LOS VALLES. EN VALDI- VIELSO, EL VERGEL

Hemos salido temprano para el



El palacio de Avellaneda, en Peñaranda, en reparación

norte de la provincia para poder
ver crecer el sol sobre nosotros.
Una de las cosas más sorprenden-
tes y hermosas del día de hoy
ha sido el descubrimiento de los
grandes contrastes burgaleses en
cuanto a geografía. Alcanzamos
en Villalta el pueblo más alto
de la provincia. Bajando la cues-
ta de La Mazorra, famosa y bue-
na subida para el ciclismo, entra-
mos de lleno en la perspectiva de
un paisaje impresionante: «El
valle de Valdivielso», me dicen. Y
yo siento; y lo siento bien, que
me lo dicen con orgullo. Desde lo
alto, la verdad, la dilatada vega
se ofrece como un paraíso de la
fruta y las siembras mejores. Más
abajo, por el hilo mágico de este
salir de la llanura al vergel, está
Valdenoceda. Por estos rumbos,
junto al río, me enseñan lo que
fue la primitiva fábrica de la
Sesa. Estas tierras fueron las pri-
meras que vieron cómo el hilo era
fuente de riqueza. El chófer, que
es amigo de las buenas referen-
cias, y que está encantado de ser-
me útil, me dice:

—¡No va diferencia del fabri-
cación que tienen ahora en Burgos!

Pero como no todo ha de salir
bien, no hubo manera de que pu-
diéramos desayunar. Preguntamos
en un bar de un pueblecito del
camino:

—¿Tienen café con leche?

—¿Café con leche?

—Sí.

—Mamá, aquí hay un hombre
que quiere café con leche.

—¡Dile que no hay!—sonó des-
de arriba.

—Que no hay—dijo la chiquilla
respondona.

EN VILLARCAYO, LOS EMBUTIDOS

Villarcayo le «suenan» a uno a
Norte, a Santander, quizá. A San-
tander con buenas y gordas vacas
de cencerro cantarín y vibrante.
Pero tiene algo, también, de en-
clave bilbaíno. Pero el caso claro
es que Villarcayo es un pueblo
alegre, cuidado y cultivado. La
verdad es que antes de meterme
en hoduras me fui a tomar mi
café con leche a un bar esplén-
dido. Dos mujeres iban poniendo
las sillas y arreglando las mesas.
Cuando pedí un poco más de
azúcar, además de la doble ración
de azúcar que me habían
puesto, la mujer me miró, como
diciendo: «¡Estos forasteros!»

Villarcayo tiene 1.700 habitan-
tes y unas hermosas casas y cha-
lets.

—Es que aquí —me dice el se-
cretario del Ayuntamiento, un
hombre afable— tenemos muchas
villas propiedad de los veranean-
tes y muchas otras dedicadas al
alquiler.

Y es curioso, se nota la ciudad
veranlega. Hay unos refinamien-
tos inesperados en los bares, en
las peluquerías, en las tiendas.

Pero como a mí me interesa vi-
sitar las fábricas de embutidos
me he decidido por solicitar que
alguien del Ayuntamiento me
acompañe hasta ellas. Y que me
presente.

—Un señor de Madrid que vie-
ne a ver la fábrica.

Pienso que la cosa es demasiado directa y que es mejor decir que se trata de un periodista que tiene ganas de ver, con sus propios ojos, el misterioso contenido de un chorizo.

Así, con estas palabras, me presentan.

Cuando uno de los Uriarte me va enseñando la fábrica hubiera dado algo bueno por tocar retirada. En el taller donde se amasan las distintas carnes, el olor es tan penetrante, tan acremente doloroso para la nariz, que hay un momento en que las cosas dan vueltas. Centenares de kilogramos de carne fresca, recién cortada y muerta, giran entre las manos y las máquinas. Los empleados, las muchachas con los brazos saugrientos, asisten impasibles a mi paso. Nadie encuentra que exista un ambiente poco propicio para la alegría. Cada uno a su trabajo.

—Piense—me dice el guía—que ya en 1900, cuando se amasaba a mano, exportábamos embutidos a Cuba. Villarcayo siempre tuvo fama.

—¿Cuántos industriales son?

—Somos seis, pero es casi un coto familiar. Este oficio se ha transmitido de generación en generación. En estas montañas se trabajó siempre muy bien la carne. Yo recuerdo haberlo visto en casa de los abuelos.

Seguimos andando por las naves y recorriendo, por el hilo de sangre, el rumbo de los mataderos. Ya en la parte alta, sin embargo, la cosa varía. Las grandes habitaciones tienen colgados de los techos, abiertas las ventanas, centenares de jamones y de ristras y ristras de chorizo «de Villarcayo». Es un gran banquete.

Los Uriarte, dueños y herederos de la tradición, se han dividido el trabajo. Unos, en la oficina, sumando. Otros, en la fábrica, preparan y dirigen la tarea de cada día. Y así, como ellos, en las otras Empresas.

El ganado que se consume en este prodigioso rincón castellano es casi siempre de la región. Para los entendidos, para los que por el aroma pueden llegar a penetrar el origen del embutido, la mayor parte del secreto reside en la elección del ganado porcino. Todo el mundo por estas montañas cría su cerdo. Pero el cerdo blanco, fino, ágil, vivaz y alegre es el característico de la región. Un animal, por cierto, que por sus cualidades especiales se utiliza mucho en los experimentos de laboratorio. Algo así como una cobaya de la raza. Villarcayo, con sus poco más de cien obreros dedicados a estas tareas, termina por arrojar al mercado español, anualmente no menos de 300.000 kilogramos de embutidos. Estas fábricas consumen más de 6.000 cerdos y unos 1.250 bueyes. Cuando esto se escucha en lo alto de las Empresas, en las naves dedicadas a la «curación», la cosa apenas impresiona. Pero cuando se escucha de cara al olor y casi el sabor de la carne despedazada y por camiones, la cosa tiene menos gracia.

Pero así son las cosas. Tuve que pasar por ese trance para saber, contra las habladerías de las



Plaza Mayor de Villarcayo

amas de casa, que los chorizos se hacen de verdad y de frente: después de la matanza. No todo es pimentón, señora mía.

Cuando salimos de nuevo al campo, al aire libre, el sol estaba en su plenitud, y como la carretera es larga, nos despedimos del Alcalde con gratitud. La jornada comienza bien.

DE MEDINA DE POMAR, EL CASTILLO

Al pasar por Medina, casi cantando la fresca mañana, nos hemos olvidado ya de los chorizos y de los jamones. Estamos ahora en Medina de Pomar, frente a un paisaje espléndido. El castillo, de bella fábrica, parece proteger aún al pueblo de incursiones moriscas. Parece ser el centinela más despierto de toda la comarca.

Las casas, las del mediodía, situadas al sol, casi dormidas en su arco de oro, dan a las huertas y a las manzanas. Unas huertas hermosas que, al revés de las levantinas, que están más al «aire libre», parecen haber surgido allí protegiéndose unas a otras de los malos vientos. Pero el pueblo, erguido sobre ellas, sobre el valle férax, tienen su bello sobrenombre. Son el «Mirador de Medina». Y es cierto, tras las amplias y repetidas solanas de las cristalerías, todos los gatitos de la noble villa deben encontrarse a su gusto. El paisaje de árboles frutales parece invitarnos al poste.

Los comercios son extremadamente alegres y, se podría decir, finos y correctos. Pero Medina de Pomar, no sé por qué, y no he podido evitar la analogía, la comparación me recuerda a muchas poblaciones de San Sebastián. Y es que estas rutas, fueron los caminos que la Historia fuera trazando para la resistencia de vascones y castellanos. Por eso, cuando llegamos al desfiladero de Pan corvo, cuando nos hundimos bajo la sombra afilada de su recordar que por estas latitudes, con frío en el rostro, nació un día «Castellana»; es decir, la marca fronteriza de los castillos.

«MIRANDA DE EBRO, ESTE LADO DEL RÍO»

Nada más llegar a Miranda de

Ebro, con el río grande entre sus tierras, se da uno cuenta que estamos ante una ciudad creciente y poderosa. Está en el aire. El ser nudo ferroviario y que, en estos últimos años se haya convertido en centro industrial, han dado la vuelta a las cosas. El ser red ferroviaria daba a Miranda un aire especial, un aire de gran puente de mando, pero escasamente mas que eso. Sin embargo, la industria ha fijado a las gentes, y ha complementado, naturalmente los primitivos factores. Todo ello da a la ciudad un aire de pequeña metrópoli, de trasiego de gentes y de hombres que pasan sin cesar.

—Miranda—me dice Luis de la Torre Lozoya— era este lado del río.

Y señala con su mano lo que era hace quince años Miranda.

—Entonces, como dice mi padre—añade mi primer guía de la ciudad— lo que más se recogía e industrializaba era el «chacolí». Un clarete agrillo que ha terminado casi por desaparecer entre nosotros.

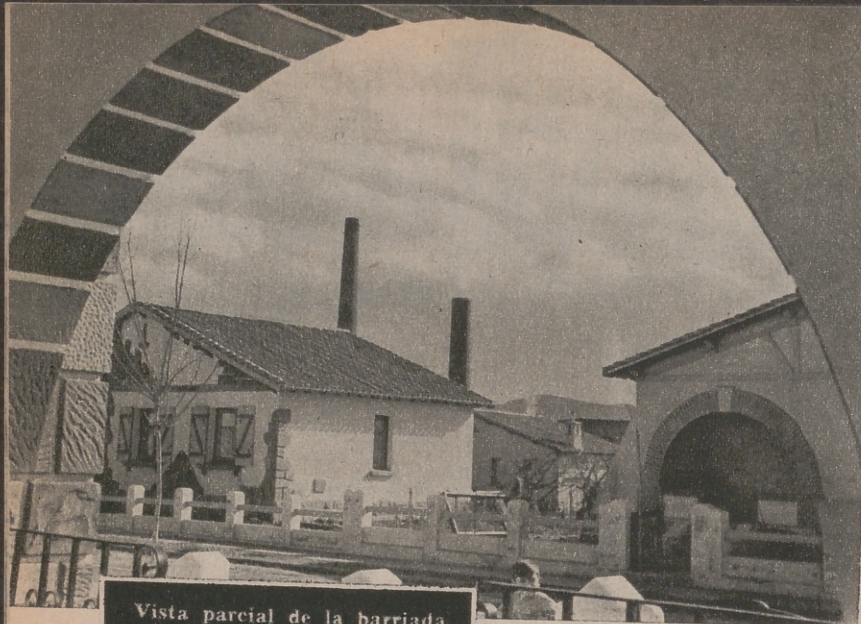
Y mira ahora Luis de la Torre, levantando la cabeza, las áreas nuevas de Miranda con un cierto aire de ser todo suyo. De haberlo visto crecer. A mí me gusta encontrarme con gentes que digan: «Aquí, antes, no había nada. Ahora, crecemos». Y crecer es ir hacia arriba.

Miranda, en el año 1936 tenía 12.985 habitantes y hoy pasa ya de los 20.000. Sin embargo, Miranda ha sabido conservar su bello aire. La ciudad está rodeada de una urdimbre vegetal de huertos familiares que crecen.

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”



Vista parcial de la barriada de pequeñas casas para los obreros de la factoría de Fefasa en Miranda de Ebro

se detienen y concretan en torno a los grupos de viviendas del poblado «General Yagüe». En otros sitios, alegremente, la ciudad, sus balconillos, dan al río para festejar diariamente el paso del agua. Por el puente Real de Allen-de, la gente desborda el paso. Es entonces cuando me doy cuenta animadamente, porque Castilla es así, cambio y contraste, que por Miranda de Ebro circulan muchas de las tradiciones de la alegría riojana. Es algo que se viene de pronto a la cabeza.

—¿Sabe cuántos cines tenemos aquí?—me dice el guiso.

—No, desde luego.

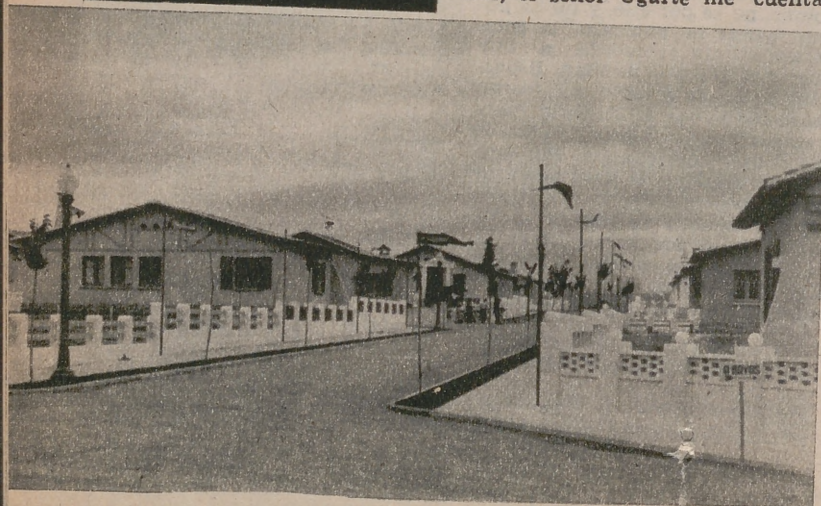
—Pues cinco.

Y es verdad, todos son datos. Todos pueden ser síntomas.

CUARENTA Y CUATRO TONELADAS DIARIAS DE FIBRA TEXTIL EN LA FEFASA

Aparte de la FEFASA, que ha transformado por sí misma la vida de Miranda, han aparecido la Agro Metal, de maquinaria agrícola; la Compañía General de Jamones y Conservas, que comenzará a funcionar rápidamente; la Quibasa, una fábrica de sulfuro que complementa las necesidades

Perspectiva de la calle central del poblado de Fefasa



permanentes y amplias de la Fefasa y que con la «jabonera», como dicen por aquí, de Pérez Gaitán, y la Azucarera de la carretera de Vitoria, ofrecen ya el testimonio de una potencia física e industrial importante. Unase a todo ello, el sentimiento del crecimiento, lo marea ascendente y viva de nuevas instalaciones, los talleres mecánicos y de telares que ya existen en la actualidad y se tendrá una idea aproximada de lo que todo esto significa. No es extraño que uno de los problemas del Ayuntamiento sea el dar solución a los que le plantea el crecimiento. Llevar al agua dar luz, hacer nuevos alcantarillados. Todo eso que trae aparejada la multiplicación de las fórmulas de la vida.

Por lo pronto la FEFASA, dedicada como todo el mundo sabe a la obtención de fibras textiles, es una gigantesca industria. La chimenea, inmensa como un coso, asusta y asombra un poco. La envergadura de las instalaciones de esta industria nacional causa asombro.

«Cuarenta y cuatro toneladas diarias de fibra textil producimos en la hora actual», me dice el señor Ugarte, uno de los altos cargos de la Empresa. «Estamos —añade— transformando la vida de Miranda. Con decirle que la fábrica tiene, actualmente, un ingeniero de Miranda y dos licenciados en Ciencias Químicas también en aquí.»

Al recorrer las gigantescas naves, al dejarme llevar por el rumbo gigantesco de todos los servicios, el señor Ugarte me cuenta

cosas espléndidas. «Imagínese que un día, al salir de compras con mi esposa, en un comercio muy importante de Madrid, quisieron venderle unas telas de seda natural de «origen» suizo, que no era más que viscosilla.» Cuando yo dije que no, que nos íbamos, la empleada me miró con los peores ojos del mundo.» Y se rie bondadosamente, encantado, pensando, de haber salvado a su esposa de la inocentada.

Ahora se están complementando las instalaciones para el montaje de la fábrica de celulosa de paja. «Cuando esté terminada y en funcionamiento, añade, será una revolución en la economía de la industria y, naturalmente, de los precios.»

La FEFASA tiene, además, toda clase de elementos técnicos de experimentación y de ensayo. En un «maravilloso» laboratorio se plantean, diariamente, todos los problemas de la fibra. Ahora se ha conseguido obtenerla ya teñida, lo que, como está claro, es un adelanto de extrema importancia.

Por otra parte, la industria, tiene una central térmica que produce 80.000 kilovatios-hora día y unas mil toneladas de vapor. «Aproximadamente, me dice el ingeniero Enrique Requero, un muchacho joven y despejado, que mira todo aquel galimatías como una cosa clarísima, lo que consumiría San Sebastián.»

LOS PUEBLOS NUEVOS

Frente a la Empresa, en la ruta de la carretera, de cara a la atmósfera despejada, la FEFASA ha levantado un poblado para sus obreros que es, verdaderamente, resultado de un esfuerzo social extraordinario. Huyendo su director gerente, don Antonio Aldecoa (padre precisamente del aviador que tuviera el desgraciado accidente durante las pruebas de acrobacia en Cuatro Vientos) de la monotonía, el poblado tiene una singularidad importante: la de diferenciar los chalets unos de otros. De no existir un sólo de ellos, exteriormente igual. Ello produce, como es obvio decirlo, una fresca y hermosa impresión. Delante de las casas, los huertos familiares, despensa y ayuda para el año, complementan con flores el paisaje urbano. Los obreros pagan 100 pesetas, concediéndoseles, según me dice uno de ellos, Rufino Velasco, la luz y el agua gratis. «Luego, además, me añade, tenemos el Economato para los 1.500 obreros y empleados que debemos ser. Lo compramos todo muy «arreglado», añade la esposa».

Y ya estamos, ahora, otra vez en carretera. Miranda de Ebro, maravillosa y múltiple, riojana y castellana, alegre y vivaz, no es más ya que una ruta en nuestro camino. Pero esta Castilla que hemos vivido y andado tiene, sobre el ancho pecho, un latido nuevo. Los «burgos podrídos», son ya burgos plétóricos. Que andar es descubrir.

Enrique RUIZ GARCIA
(Enviado especial.)

Impermeables de **PLASTICO.**

Acabamos de recibir una cuantiosa remesa de magníficos impermeables de plástico, con costuras galvanizadas y cosidas, para señoras, señoritas, caballeros, niñas y niños. ¡Impermeables para todos!

PARA SEÑORA:

59, 88 y 113 pesetas.

PARA CABALLERO:

145, 220 y 260 pesetas.

PARA NIÑAS:

40 pesetas talla 3. (tres años)
aumentando 5 pesetas por talla.

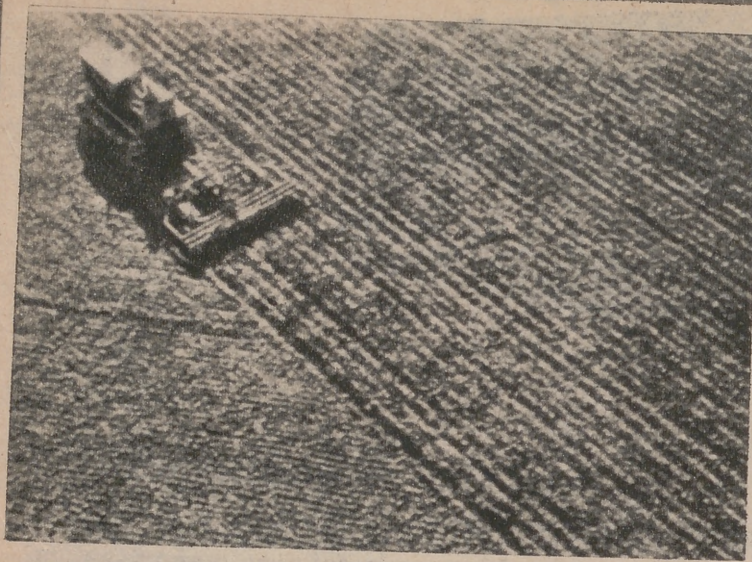
PARA NIÑOS:

60 pesetas talla 3. (tres años)
aumentando 5 pesetas por talla.

ENVIOS POR CORREO

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"



NI LATIFUNDIOS NI MINIFUNDIOS

LA VOZ DE LA TIERRA CLAMA POR
UN REAJUSTE MASACIONAL DE
LOS CAMPOS DIVIDIDOS
EN PARCELAS

LA POLITICA DE CONCENTRACION PARCELARIA HA ENCONTRADO UNA BUENA ACOGIDA ENTRE LOS PEQUEÑOS LABRADORES

EN muchas regiones españolas salta a la vista inmediatamente una red tupida de senderos y veredas. Recuerda el panorama esas representaciones del sistema nervioso que ilustran los libros de Medicina. Da la idea también de un cristal contra el que se ha arrojado una piedra y que está resquebrajado. Lo importante es que cada sendero, cada vereda y cada mojon constituyen la señal que delimita una finca. Y cada finca pertenece, en la mayoría de los casos, a un propietario distinto. El Ayuntamiento de Ortigueira, en un informe sobre esta verdadera pulverización de las tierras, dijo en frase muy gráfica que «la excesiva división de la propiedad

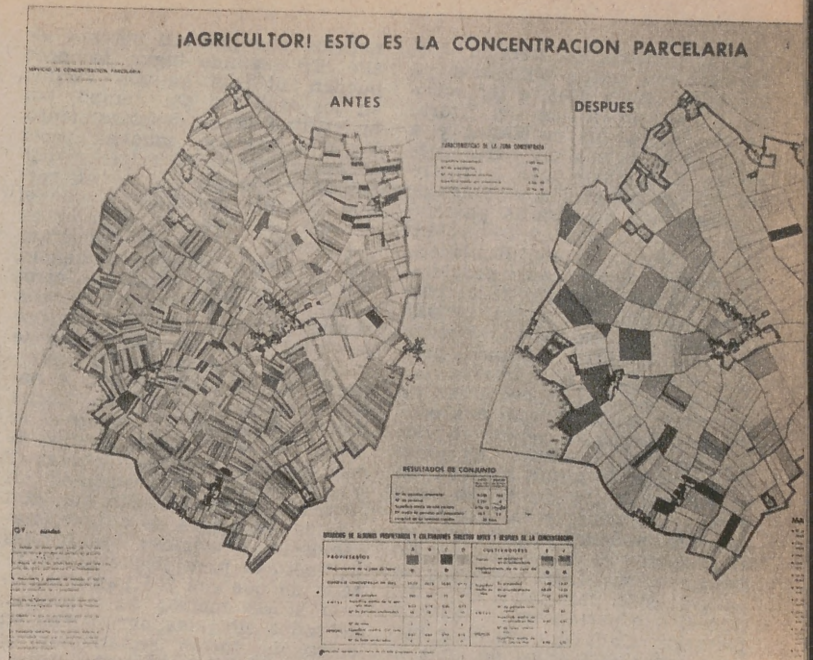
llega hasta el limite que apenas puede una yunta dar la vuelta en cada parcela, y en muchas ni cabe siquiera». Sobre el mismo tema, otro Ayuntamiento santanderino dice que una gota de agua no puede entrar en la finca de un solo dueño.

Esta distribución de la propiedad es la causa de que se pierdan al año en nuestra Patria más de 4.312 millones de pesetas. Una cifra que equivale, aproximadamente, a la quinta parte del presupuesto general de gastos del Estado. Este capital, que podría remediar importantes necesidades de los españoles, se pierde en las idas y venidas de los labradores en busca del puñadito de tierra que han de cul-

tivar, distanciados entre sí por muchas horas de camino. La estampa frecuente en los medios rurales de los agricultores montados en borriquitos, dando vueltas y revueltas por los senderos, para trasladarse a las pequeñas parcelas que cultivan, es la representación de uno de los más graves daños de nuestra economía. De cada cien explotaciones agrícolas, más de setenta están subdivididas en multitud de pequeñas fincas, que a veces no llegan ni a la extensión de un área. Es decir, que una yunta apenas puede desenvolverse dentro de la parcela, y que las gotas de agua que el cielo manda a ese terreno no pueden, generalmente, producir riqueza para compensar las horas perdidas en ir y venir.

UN TERMINO MEDIO ENTRE LA MICROPROPIEDAD Y EL LATIFUNDIO

Si del norte de la Península, donde la atomización de la pro-



Cartel editado por el Ministerio de Agricultura para exponer gráficamente el alcance de la Concentración Parcelaria



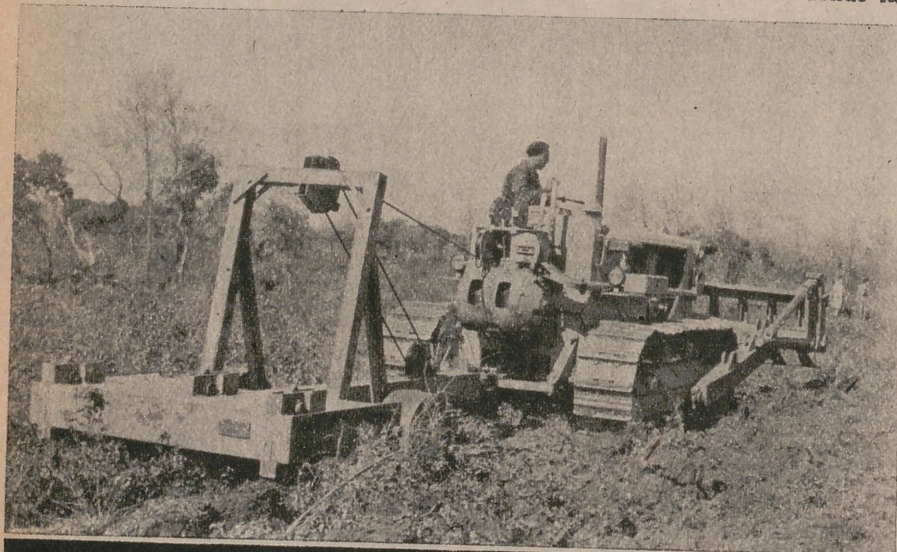
Ing. peritos agrónomos al servicio de la Concentración Parcelaria ayudan a los labradores a organizar sus nuevas explotaciones

riedad es más acusada, se va un observador a cualquier colina del sur de España, podrá contemplar la perspectiva opuesta del problema. Concretamente, en la provincia de Cádiz, de cada cien parcelas solamente encontraremos poco más de una con menos de una hectárea. La conclusión es clara: en España se salta de la micropiedad a la gran propiedad. Los dos extremos plantean problemas de distinta índole. En el Norte, con el

excesivo parcelamiento, el mal es de índole económico; en el Sur, con sus latifundios, es de carácter preferentemente social. Y en esto, como en tantas cosas de la vida, la virtud se halla en el justo término medio. Para recuperar aquella cifra fabulosa de millones perdidos sería preciso derribar muchos mojones e hincar muchos arados en los senderos y lindes, que entonces serían inútiles. También en algunos latifundios convendría alzar una línea de hitos para conseguir una explotación más intensiva. Derribando y edificando, pues, puede llegarse a reconstruir nuestra economía agrícola. La necesidad de esta obra ha sido reconocida desde hace ya muchos años. Desgraciadamente, durante los períodos demagógicos sólo se emplearon energías para lanzar a los cuatro vientos discursos insolventes y palabras acusatorias contra el latifundio, con olvido de las graves consecuencias de la atomización del suelo. Pero de afrontar el problema con efica-

UN MODESTO LABRADOR TIENE SUS TIERRAS DIVIDIDAS EN 256 PARCELAS

cia, nada de nada. Así, años tras años y siglo tras siglo, la cruda realidad del campo no ha recibido el remedio de una política eficaz y consciente. Ahora nos toca a todos las consecuencias y el adoptar las medidas para que cada linde se alcance donde convenga. Con tanto hablar y con tan poco hacer, el suelo español se encontraba en la precisión de que se pudiesen en práctica radicales medidas de concentración parcelaria y, por otro lado, de colonización. Ya el mismo Jovellanos, a principios del siglo pasado, diagnosticó el mal. «Yo quiero—decía—una ley para detener la funesta subdivisión de las suertes en Asturias, como quisiera otra para dividir los grandes cortijos de Andalucía.» Pero aun tendrían que transcurrir más de cien años para que se intentara atacar a un problema que iría en aumento. En la Memoria que en 1930 publicó el Servicio de Catastro aparece que un 75 por 100 del total de las parcelas tienen menos de una hectárea de extensión. En algunas provincias ese porcentaje se eleva hasta el 90 por 100. No obstante, estos datos no revelaban la realidad de la situación, pues en el trabajo quedaban excluidas las provincias gallegas y cantábricas, lugares donde las condiciones geográficas y climatológicas daban un índice mayor de atomización. En aquel estudio se barajaban solamente cifras relativas a 2.621 términos municipales, en los que había nada menos que millón y medio de propietarios. Pues bien: de todos estos terratenientes, el 40 por 100 eran de extensiones inferiores a una hectárea. Únicamente un 10 por 100 poseía más de diez hectáreas.



La concentración parcelaria permite el empleo de modernas máquinas que hacen más productiva la tierra beneficiosa su explotación



Otra Memoria del Servicio Catastral, con datos obtenidos en los años 1944 y 1945, e incluyendo a las provincias del litoral cantábrico, a las catalanas y a las insulares, nos da cifras más reales. Y también más alarmantes. El tiempo, con la sucesión de generaciones, agudiza la parcelación. Hay pueblos en la provincia de Burgos, como Rublacedo de Abajo, donde cada propietario posee un promedio de 55 parcelas, que suman un total de 0,65 hectáreas de extensión. Pueden contarse asimismo quince pueblos con unas 30 parcelas por propietario, con 0,25 hectáreas de superficie media. Y esto que ocurre en Burgos se repite en Scoria, Zamora, Palencia... Es general en toda la mitad superior de la Península. Si de Burgos nos vamos con papel y lápiz a Guadalajara, podemos anotar que en el término de San Andrés del Congosto, sus 1.488 hectáreas de cultivo están parceladas en 11.217 fincas, que pertenecen a 183 propietarios. Cada uno de ellos viene a tener 61 predios de unas 13 áreas. Sin irnos de este simpático pueblecito, podemos presentarles a los labradores Lázaro Valdehita Esteban, Robustiano Atienza Clemente y a Cleto Gil García, que son propietarios de 256, 202 y 191 fincas, respectivamente. Casos sorprendentes, pero no raros ni en Guadalajara ni en otras muchas provincias. Y ya, para decir adiós a San Andrés del Congosto: el 21 por 100 de las propiedades se hallan divididas en más de 100 parcelas, e incluso una llega hasta las 273 fincas. ¿Qué cifra de horas perdidas al año nos darían las idas y venidas de unas tierras a otras distanciadas entre sí?

Nos parece adivinar a aquellos labradores, a don Lázaro, a don Robustiano y a don Cleto, cabalgando sendos borriquitos de un lado para otro, de parcela en parcela, por un laberinto de senderos que sólo ellos serán capaces de conocer adónde llevan. Además del tiempo desperdiciado, se encontrarán con otras muchas desventajas. En primer lugar, no pueden mecanizar ninguna labor, a pesar de los be-

neficios que podrían obtener de ello. En segundo lugar, tampoco pueden utilizar ganado vacuno en los trabajos del campo, por la lentitud de su desplazamiento. Económicamente, muchas veces es más conveniente emplear yuntas de vacas que de mulas, porque durante los días en que el ganado no tiene que trabajar en las tierras, las mulas consumen sin producir ningún beneficio, mientras que las vacas dan otros productos. Un agricultor con tantas parcelas diseminadas por los cuatro puntos cardinales se convierte en un eterno caminante, en un labrador que se halla siempre en ruta. La hucha donde deposita sus ahorros se tiene que resentir, por fuerza, de esa pérdida de horas laborables y del terreno desperdiciado en lindes y vericuetos. Sin que don Lázaro Valdehita se enfade, haremos unas sencillas operaciones aritméticas para llegar al resultado de que sus 256 parcelas tienen 45.900 metros de contorno. Si todas ellas las agrupamos en cinco de forma rectangular, el perímetro total sumaría únicamente 5.408 metros; como por arte de magia habríamos reducido los lindes en más de un 88 por 100. Para no seguir con las matemáticas dejemos al propietario el cálculo del terreno que ganaría en el cultivo, teniendo en cuenta que a todo lo largo de una linde se suele desaprovechar una faja de terrenos de unos 0,30 metros.

PROPIEDADES RUSTICAS QUE SE PUEDEN GUARDAR EN UN CAPACHO

No puede negarse que la tierra influye en el carácter del hombre. La generosidad o la productividad del suelo se refleja en el modo de ser de las personas que viven en contacto con él. No ha de extrañar, pues, que un complicado tablero de propiedades entremezcladas, casi disueltas unas en otras, necesariamente imprime huellas en la idiosincrasia de las comunidades rurales. Tanto separación y confusión al mismo tiempo, tanta demarcación, han ejercido una po-

derosa acción disgregadora e individualista. La misma experiencia dice que el número de pleitos entre colindantes es directamente proporcional a la longitud de los linderos.

Pero dejando a un lado los innumerables litigios nacidos de la delimitación de las propiedades, que envenenan las relaciones entre vecinos, recogemos ahora unos datos reveladores del grado de subdivisión que ha alcanzado la propiedad rural: Término municipal de Coomonte (Zamora). Hay en él 11.043 parcelas, explotadas por 377 dueños. Esto representa un promedio de 29 parcelas, con una extensión de unas ocho áreas por agricultor. Sin embargo, como los números relativos son verdad solamente a medias, tenemos que en Coomonte hay 29 terratenientes con más de cien fincas. Aniano Rebordinos Martínez, Adelino Becares Rodríguez y don Mateo Moral Peral tienen, respectivamente, 394, 358 y 170 parcelas. Y quedan algunos con extensiones de terreno de 80 y aun de 25 metros cuadrados, donde ya no es ni posible el trabajo con tracción animal. En esos terrones de suelo se hace realidad el informe del Ayuntamiento de Ortigueira, cuando decía que en muchas fincas no puede ni moverse una yunta.

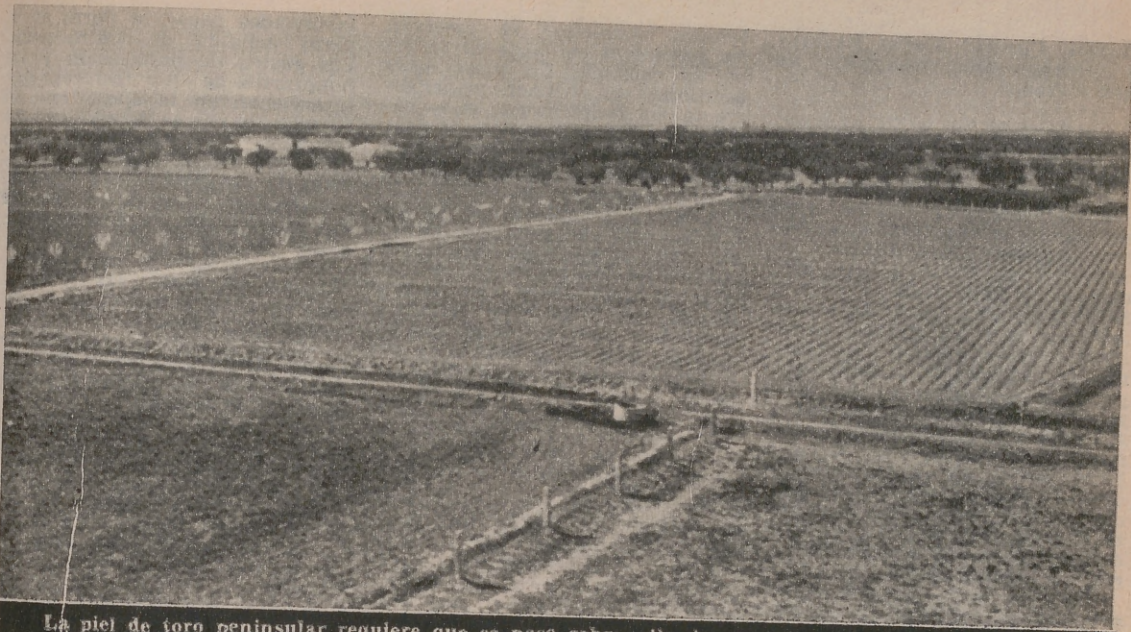
A fin de no seguir midiendo el territorio nacional en milímetros, nos limitaremos a decir, por último, que en la provincia de La Coruña, según datos tomados en diversos puntos, existen muchos términos en los que la parcela media oscila entre 0,04 y 0,05 hectáreas. Por esta región es ya verdad aquella anécdota que refiere el caso de un Monarca que, enterado del disgusto de un súbdito por determinada medida de gobierno, hubo de ordenar a su secretario: «Vaya vuesa merced a dar satisfacción en nombre de mi real persona a mi fiel súbdito, no sea que meta sus tierras en un capacho y traspase las fronteras de mi reino.»

Ante el difícil y grave problema de la atomización de la propiedad, el Gobierno español no ha permanecido de brazos cruzados, como era postura tradicional de nuestros anteriores políticos. Consciente, realista, sin demagogia, ha atacado la cuestión. También con prudencia, porque se trata de uno de los hechos políticos actuales de más lenta gestación. Pero, en todo caso, decidido a resolver este problema de siglos, del que «nada queda por decir y, por el contrario, todo queda por hacer». Son muchas las palabras pronunciadas desde tiempos pasados en torno del campo y muy pocas las realizaciones.

Desde Jovellanos, pasando por Manuel Colmeiro, Fermín Cabañero, Eduardo Chao y Pazos Garreta, son innumerables los políticos y los economistas que han reconocido la incongruencia y los perjuicios de la subdivisión de la propiedad. Mas la verbera política estaba atenta sólo a la captación de votos, al aire de falsos problemas para lograr el beneplácito de las masas sin complicaciones ulteriores. El campo mientras tanto sufría una verdadera erupción de lindes, cercas y setos. Después del Movimiento



En un pueblo de la provincia de Valladolid los labradores se han reunido para escuchar explicaciones sobre lo que significa la Concentración Parcelaria



La piel de toro peninsular requiere que se pase sobre ella la esponja para borrar los trazos que la transforman en una superficie semejante a las celdillas de las colmenas

miento se ha pasado a la acción, tras un período de estudio de la realidad. El mismo propósito del Gobierno se vió apremiado por conclusiones que pedían remedios de urgencia. Así, en el Congreso Regional del Duero, en el I Congreso Nacional de la Tierra y en el I Congreso de Ingeniería Agronómica. Mientras tanto, la Secretaría para la Ordenación Económico-social y el Instituto de Estudios Agronómicos se ponían en contacto directo con los medios afectados por la micropiedad. El camino para solucionar la cuestión ofrece serias dificultades. En las legislaciones anteriores no había agricultores, sino individuos. Se ha tenido que partir del concepto de Empresa, que tiene una misión económica y social que cumplir, para el mejoramiento del nivel de vida en el campo.

SIETE EQUIPOS DE CONCENTRACION PARCELARIA EN ACCION

La concentración parcelaria ha encontrado esencialmente dos obstáculos. Uno de ellos de tipo legal, nacido de viejas doctrinas y textos jurídicos. Para sortearlo se ha promulgado la ley de Concentración Parcelaria de diciembre de 1952. El otro obstáculo descansa en la forma de ser de nuestros hombres del campo. La identificación del labrador con las tierras que cultiva es absoluta. La tierra es la base de la familia campesina. Para darnos una idea del apego del agricultor por su propiedad no hay sino recordar a aquel canario que, ante la lengua de lava que avanzaba lentamente hacia su casita y sus tierras, se abrazó desesperadamente y llorando a los árboles, dispuesto a perecer con ellos, cosa que hubiera ocurrido de no haberle arrancado del lugar la fuerza pública.

Ante esa realidad parece difícil decir a un labriego que abandone su besana, o aquel recodo del camino por donde tantas veces pasó, o aquel árbol que él mismo plantó y vió crecer. Es difícil que renuncie a la pequeña

parcela que fué limpiando piedra a piedra, aunque se le ofrezca una extensión equivalente junto a otras fincas de su propiedad. Para convencerle tendrá que imponerse el gran realismo que posee el hombre de campo. Cuando la permuta se presente ante el labrador con hechos claros y convincentes, él mismo la solicitará. Así viene ocurriendo cada día a lo ancho y a lo largo de toda España.

La ley de Concentración Parcelaria propugna la resignación a cada propietario, en coto redondo o, si esto no es posible, en un reducido número de parcelas, una superficie de tierra de cultivo equivalente a la que anteriormente poseía. Las nuevas parcelas cuentan con una vía de acceso, para lo que se modifican o se crean los caminos precisos. Para su emplazamiento se atiende también a que puedan ser cultivadas sin molestias desde el lugar en que radique la casa de labor de la explotación.

Para llevar adelante esa minuciosa labor se ha constituido, en febrero de 1953, el Servicio de Concentración Parcelaria. Dos meses después ya estaban operando los cuatro primeros equipos de trabajo, con la misión de asesorar a los agricultores. El agrupamiento de fincas no puede imponerse en contra de la voluntad de los propietarios. Es necesaria una mayoría del 70 por 100, dentro del término municipal, para que la concentración se lleve a cabo. La valoración y la clasificación de las tierras, base fundamental de una justa y equitativa concentración, está a cargo de los mismos propietarios. La iniciativa se deja en las únicas manos autorizadas: las de los agricultores. Los equipos técnicos actúan como simples asesores y ejecutores de los acuerdos. Hoy en día son siete los equipos de trabajo, que vienen desarrollando su labor en las provincias de Valladolid, Salamanca, Guadalajara, Soria,



El Ministro de Agricultura, señor Cavestany, visita un pueblo donde actúa un equipo de Concentración Parcelaria. Se pretende nada menos que mejorar el nivel de vida en el campo

Burgos, Cuenca, Alava, Navarra y Orense. ¿Qué resultados se han logrado?

SE OPERA ACTUALMENTE SOBRE 170.000 HECTÁREAS DE 64 TÉRMINOS MUNICIPALES

El campesino, la misma vida del campo, exigen hechos concretos, tangibles o, por lo menos, visibles. Y el hecho actual, bien concreto y bien visible, es que el Servicio de Concentración Parcelaria opera sobre 170.000 hectáreas, pertenecientes a 64 términos municipales. En todos ellos partió la iniciativa de los propietarios. En otras localidades, sin embargo, el afecto a la tierra propia obstaculiza, o más bien demora, la decisión de pedir el agrupamiento de los predios. Generalmente, el realismo se impone, porque atiene, indudablemente, a la voz de la tierra que clama por el reajuste.

Una vez que la mayoría de los propietarios conviene la concentración, el equipo de trabajo redacta un informe acerca de las circunstancias y condiciones de la zona, con las posibilidades que existan de llevar a término mejoras territoriales. Hecho esto, se constituye una Comisión local, presidida por el juez de Instrucción e integrada por un representante del Ministerio de Agricultura, un notario, un registrador de la Propiedad y dos representantes de los propietarios de la zona. Y para dar celeridad a la tarea se constituye, además, una Subcomisión de Trabajo en la que participan cuatro representantes de los propietarios.

Así dispuesta la organización, comienzan las tareas de delimitar la superficie afectada cuyos límites se procura siempre que coincidan con los del término municipal. De los trabajos se excluyen, claro es, caminos, carreteras y fincas que, por su extensión o disposición, no necesitan parcelación. También se prescinde de fincas que, por contar en ellas caseríos, arboleda u otras circunstancias parecidas, no pueden tener compensación.

Lenta y penosa es la clasificación y valoración de las tierras. Aunque está encomendada a los propietarios, cuesta trabajo llegar a un acuerdo. Técnicos y campesinos recorren el campo, registran sus medidas, deslindan y comprueban calidad de tierras... Si no es suficiente con una vez, se repiten las operaciones nuevamente hasta llegar a la clasificación de grandes zonas. Luego, la continuación: valorar, para lo que se tiene en cuenta la calidad del suelo y del subsuelo, junto con las mejoras que tenga la finca. El Ministerio de Agricultura aprovecha la ocasión de estos trabajos para crear una Comisión técnica, compuesta por representantes del Instituto Nacional de Colonización y del Servicio de Concentración Parcelaria, a fin de elaborar los proyectos oportunos para introducir mejoras en la zona.

Y, por fin, llegamos a la última fase: determinación y emplazamiento de los lotes. Es lo más delicado del proceso. Cerca del pueblo se emplazan las propiedades de los que tengan menos extensión de terreno. Para quienes tienen parcelas en algún otro

término municipal, se reservan los lotes más cercanos al término en cuestión. En todas estas decisiones intervienen principalmente los propietarios, pues nadie mejor que ellos mismos para decidir lo más apropiado en cada caso, fieles al principio de justicia y equidad.

A pesar del recelo de la población rural, en poco más de un año, sin propaganda alguna, la política de concentración parcelaria ha encontrado una buena acogida en todos los términos donde han operado los equipos de trabajo, gracias al contenido de justicia y a los beneficios que reporta.

LA UNIDAD MINIMA, GARANTIA CONTRA PARTICIONES FUTURAS

Pero los frutos logrados con la parcelación se malograrán muy pronto si se autoriza a subdividir y a transmitir la propiedad de nuevos lotes de la finca agrupada. Para evitar este peligro se ha promulgado la ley de Unidades Mínimas, en el mes de julio de este año. Se considera unidad mínima a una extensión de terreno suficiente para que las labores fundamentales, utilizando los medios normales de producción, puedan llevarse a cabo con un rendimiento satisfactorio. Así, por ejemplo, en regadío se considera límite mínimo el equivalente a la extensión de un huerto familiar. En Peñafiel de Hornija y Torrelobatón, de la provincia de Valladolid, se ha fijado para secano la extensión de 2,50 hectáreas, y para regadío, la de 0,25. La extensión mínima varía, como es lógico, según las zonas y la calidad de las tierras.

Toda extensión igual o inferior a la unidad mínima se considera indivisible y debe constar como tal en los libros del Registro de la Propiedad. Ni aun en el caso de fallecimiento del propietario puede repartirse la finca entre sus legítimos herederos. Son éstos quienes han de llegar a un acuerdo para que se adjudique a uno solo. La voluntad del testador es nula si pretende la parcelación para legar la propiedad de una unidad mínima a varios herederos. Y poniéndonos en el peor de los casos, si no se consigue un acuerdo entre los sucesores del propietario fallecido, la finca se vende en pública subasta. Aunque la ley parezca dura, es preciso reconocer que evita un mal que no beneficia ni a los herederos ni a la nación. Además, esa disposición concede el derecho a los interesados para que puedan incorporar a su propiedad tierras colindantes, a fin de completar la unidad mínima. El Crédito Agrícola y la ley de Colonización acuden en ayuda del campesino que solicita agrupar a sus predios las superficies necesarias para reunir una unidad mínima. Es el propio Jefe del Servicio de Concentración Parcelaria, el ingeniero agrónomo don Ramón Beneyto Sanchiz, quien nos dice:

—Hasta la fecha se han expropiado dos grandes fincas en la provincia de Valladolid, con el fin de facilitar a los agricultores extensiones de terreno suficientes para que la explotación se realice ventajosamente. Los

favorecidos pagan la tierra en el plazo máximo de cuatro años. Los gastos de parcelación y los honorarios de los técnicos que intervienen en la operación son sufragados por el Estado, que los recupera, en parte, recargando un 5 por 100 la contribución territorial durante veinte años.

—¿Cuánto tiempo se invierte en los trabajos de una parcelación?

—Año y medio, aproximadamente; así, pues, las primeras concentraciones están próximas a quedar ultimadas.

—¿Existe alguna conexión de la ley de Concentración Parcelaria con la de Arrendamientos Rústicos Protegidos?

—En el artículo 11 de esta última disposición se dice que cuando la prórroga legal afecta a fincas enclavadas en zonas cuya concentración se declare de utilidad pública, el Instituto de Colonización puede expropiar las fincas para adjudicarlas a los colonos.

Nuestro ordenamiento jurídico lo tiene todo previsto para redimir el campo de la tara de la micropropiedad. El resto depende ya de la buena disposición de los agricultores afectados por ella.

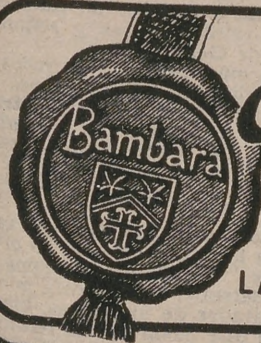
4.312 MILLONES SE PIERDEN ANUALMENTE POR LA MALA DISTRIBUCION DE LA PROPIEDAD

Consuela pensar en las ventajas que puede deparar un futuro en el que la propiedad rústica, liberada de las trabas que la cifien y la asfixian, pueda delimitarse en unidades económicas, propicias para permitir unos ingresos que el labrador ve ahora malogrados por la mala distribución. La tierra, que es como un ser vivo, reclama también para que se la despoje de tantas divisiones que rompen su continuidad natural. Sería sorprendente presentarse en cualquier término municipal de los que padecen el mal del minifundio después de haberse implantado en él las oportunas concentraciones parcelarias. Por ejemplo, en la zona de Caldas de Reyes, de la provincia de Pontevedra, donde una extensión de 210 hectáreas está rota en 2.994 parcelas. El tapiz verde de su suelo muestra las heridas de los tajos, que han abierto en él un enmarañado sistema de «corredoiras», veredas, sendas y caminillos. Sobre cada parcela pesan, además, unas discutibles cargas de servidumbres de paso que ni los mismos propietarios son capaces ya de guardar en sus memorias.

La piel de toro peninsular requiere que se pase sobre ella la esponja para borrar los trazos que la transforman en una superficie semejante a las celdillas de las colmenas. Pero en celdillas en las que el agricultor no puede laborar. La administración pública ha creado con el Servicio de Concentración Parcelaria el órgano para rescatar esos 4.312 millones de pesetas que anualmente perdemos por la mala distribución de la propiedad. Sin embargo, el corazón y el alma son la voluntad y el sentido práctico de cada uno de los agricultores. La empresa, pues, queda en buenas manos.

JIMENEZ SUTIL

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

DEP. DE PUBL. FONTCUBERTA 133

SIEMPRE que Requena enfilaba con la vista la Gran Vía desde la plaza de España—lo que irremediablemente hacía casi todos los atardeceres—no podía evitar que en su interior se repitiera la misma frase admirativa que pronunció en esta voz la primera vez que la vio: «¡Es maravillosa!». Sin embargo, los tres años que llevaba viviendo en Madrid le habían enseñado a precisar mejor la intensidad de su eterna admiración, con tres acentos bien definidos: el normal y más usado; el de las épocas de restricción eléctrica, que naturalmente restaba belleza a la majestuosa arteria, y el que ponía todos los últimos de mes cuando el sobre de la paga llegaba a sus manos.

La vida de Requena tenía tantas variantes como las que se reflejaban en las intensidades de belleza que él concediese a la Gran Vía. Esta avenida recogía todas sus horas de asueto. Las más, paseando; las menos, que bien contadas nunca llegarían a medio centenar por año, sentado en el rincón de un café o en un cine.

Aquel día, a pocos pasos de él, casi hubieran podido sentirse las dos palabras que marcaban uno de los tres tonos de la metódica y gris vida de Requena. Porque correspondía el máximo, el que le hacía cosquillas en el corazón y salía a flor de labios en una especie de éxtasis jocoso: «¡Es maravillosa!». Instintivamente se llevó la mano al lado derecho del pecho y comprobó que su monedero conservaba la robustez que le habían dado por la

mañana los diez flamantes billetes de cien pesetas. Y allí se estarían hasta el día siguiente, que pasarían a poder de la señora Clotilde, su patrona. Excepto dos, que, según la medida de sus caprichos pícaros y de las circunstancias que le salieran al paso, se gastarían o no.

La costumbre de retener las mil pesetas en la cartera la adoptó hacía un año, al escurrirsele como un pez entre las manos la única ocasión de correr una aventura que se cruzó en la tranquilísima laguna de su vida. Y se le fué por falta de dinero, según cree él. Aunque ninguna persona que le conozca lo afirmaría. Pero Requena, sin saber que se engañaba, estaba convencido de que el día de la francesa, con dinero, hubiera vencido su timidez, dando ese paso adelante que consideraba tan necesario como difícil y trascendental. Era el grano de pimienta que, al cabo de veintisiete años, le pedía a voces su insípida existencia. A la expectativa de él salía ya prevenido todos los últimos de mes.

Sin embargo, desde lo de la francesa, no necesitó echar mano del dinero más que para pagar el café y la entrada del cine. Al final del malicioso recreo, las ilusiones frustradas serían satisfechas contemplando que los gastos no habían rebasado la cantidad de veinte pesetas y soñando con el amor imposible de Genievieve.

Así, meneando más vivamente su rechoncho cuerpo, con la fogosidad de las tentaciones engañadas de antemano, entró a ser uno más entre los viandantes que subían y bajaban por la acera izquierda de la Gran Vía. De ordinario iba perezosamente, con las manos cruzadas atrás, sobre las posaderas.

Entró en su acostumbrado café con un periódico en la mano y la localidad del cine en el bolsillo. Sólo le faltaba ocupar una mesa estratégica en el fondo del local y defender la violencia que le proporcionaban las miradas de los demás, tapándose con el periódico. De este modo podría reconstruir tranquilamente aquello que pudo haber sido su aventura de amor, y de vez en cuando mirar a hurtadillas las piernas descaradas de alguna concurrente, despreocupada con o sin intención.

Todo estaba dispuesto para el rito. La mesa que fué testigo del providencial encuentro, en el rincón de su derecha, la ocupaba ahora un señor muy respetable, que también leía el periódico; pero, a pesar de ello, Requena pudo entregarse plácidamente a sus sueños dorados.

El ridículo

NOVELA

Por Rafael CORDOBA OREJON



Lo primero que se proyectaba en su imaginación eran los claros y tristes ojos de Genievue. Sucesivamente montaba sobre el corte redondo de la cara una boca dilatada hacia abajo por los extremos, y el flequillo rubio y revoltoso tapando la frente. Lo demás, que para Requena no era precisamente lo de menos, hacia que apareciese como remate final de la bien cimentada figura. Quería demostrarse a sí mismo, con este orden, un respeto que en el fondo jamás había sentido hacia Genievue.

La veía entrar con la cabeza un tanto inclinada a la izquierda y acercarse lentamente hasta sentarse en la mesa de su lado. Parecía estar ya entre los treinta y los cuarenta años. Otro acicate que le hizo relamerse, porque el tunante de Requena prefería la mujer madura.

A una pregunta que más que entender por las palabras comprendió por el ademán, Requena contestó atentísimo:

—Puede sentarse, ya lo creo.

La duda de si la mesa estaba libre o no, la suscitaban los cacharros vacíos de un servicio. Requena pensó en ello después de cortestar resueltamente. Y hasta que no llegó el camarero a retirarlo, temió que alguien—tal vez fatalmente un hombre que hubiese ido a llamar por teléfono—volviese a su mesa para provocar el aborto del «flirt» que vislumbraba en las sonrisas despistadas de la extranjera. Pero lo que no obstaculizó un presunto metepatas, fué desvaneciéndolo poco a poco el reducido fondo de dinero que tenía en el bolsillo del pantalón. Dos o tres veces lo contó sin sacarlo. Con veintidós pesetas y céntimos no había manera de arrancarse. En esta indecisión le sorprendió ella mostrándole un cigarrillo entre los dedos para solicitarle torpemente:

—Síñog, ¿si usted quiegue donarmoa fó...

El dió un pequeño respingo en el diván y asustadísimo se tocó los bolsos para lamentarse:

—¡Oh!... Lo siento, no fumo. Inmediatamente, mientras un color se le iba y otro se le venía, añadió: —Pero no se preocupe, en seguida lo tendré.

Se levantó y compró una caja de cerillas en el mismo café.

Ofreció sonriente:

—Aquí tiene, señorita.

Ella encendió el pitillo y le devolvió la caja.

—Gracias, muchas gracias.

—Quédese con ella. A mí ya no me hace falta...

—¡Oh!... ¡La galanteguía española!...

—No tiene ninguna importancia—dijo Requena con importancia—. En cualquier país lo harían.

—«Uí, sigamant; me la fason de feg isi es tge, tge paticulleeg».

Ya no lo entendió Requena; pero el «uí», lo único que sabía del francés, le entusiasmó. «¡Francesa!» Mas al quererlo comprobar, le pareció violento decir «francesa». Le sonaba mejor así:

—¿Es usted de Francia?

—Uí; ye sui fransess.

A partir de ese momento, ella fué acercándose más a Requena con las ventajas del diván que les unía, y mientras trabajosamente charlaba entusiasmada de España y los españoles, Requena recobraba la vista en recorrido general, al mismo tiempo que aspiraba con sensualidad un delicadísimo perfume.

Mirada de cerca y con detenimiento, Genievue le pareció más joven. Sobre todo cuando se quitó la chaqueta y quedó su cuerpo lindamente alegrado por una blusa blanca de seda suavísima. Los brazos entonces, desnudos desde sus nacimientos, mostraban la frescura más excitante que Requena pudo haber contemplado. Las manos, de uñas esmaltadas sin color, revoloteaban nerviosas multiplicando su expresividad, en lógico afán de decir con ellas lo que no conseguía hacerse entender verbalmente. Con los ojos y la boca, ya le sobraba belleza a Requena para extasiarse de admiración.

Pasaron más de tres cuartos de hora en esta sublime contemplación, armonizada por la finísima voz de Genievue, que no cesaba de sonar infantilmente en su lucha con el castellano.

Lo único que Requena sacó en limpio de aquella conversación—más bien monólogo de Genievue—fué que en ella vivía en París y que pertenecía a la Cruz Roja Internacional; que estaba pasando unos días en Madrid y que tuvo un novio español, el cual murió durante la resistencia francesa. «Oh, lá, lá!... An vegdagedo hegoé. Me entusiasmo muchó la bagavaga sangje española».

Al final, como hubiera visto astutamente Requena por el ticket que el importe del zumo de naranja que tomó ella, más su café, no llegaba a las veinte pesetas, llamó al camarero y pagó.

Trágicamente tuvo que ser él quien pondría remate al más sensacional «tet a tet» celebrado en su historia. Con una desesperación contenida, al verse anulado por la falta de dinero, miró al reloj y objetó:

—Perdóneme usted, pero yo debo marcharme. Tengo entrada para el cine.

Ella, pegajosa, se levantó al mismo tiempo que Requena y salieron juntos hasta la calle, donde Genievue le dió a entender sus deseos de visitar el Madrid nocturno en compañía de algún experto como él.

Antes de despedirse, Requena se ofreció:

—Siento mucho no poder seguir con usted esta noche, pero si usted quiere, mañana podemos vernos en este mismo café y con mucho gusto...

—¡Oh! ¡Tge, tge bien; tge yentil. E ¿a qué hoga?

—A la que usted quiera.

—¿A nueve hogas?

—Muy bien. A las nueve en punto estaré esperándola.

Y así terminó lo de la dulce francesita. Porque al día siguiente, Requena brilló por su ausencia. No apareció ni por la Gran Vía. Pidió cincuenta duros prestados a un compañero del Banco, con intención de ir, pero a medida que avanzaba la hora de la cita, iba consumiéndole la timidez y decidió quedarse en casa luchando a brazo partido con aquel complejo, que anidaba en él para cerrarle siempre las puertas de ese bello jardín en el que aún no había cortado la primera rosa.

Mejor dicho, terminó la parte real del asunto; pues a partir de entonces, Genievue fué convirtiéndose en una sublime obsesión para Requena. Soñaba dormido y despierto con ella, con sus ojos, con su boca, con sus brazos primorosamente torneados, con sus manos que le acariciaban como a un niño, y con su voz que le decía como nadie le había dicho: «Guequena, ni queguido Guequena». París llegó a ser para el buen Requena el edén del amor, donde todas las mujeres eran Genevieves y todos los hombres amaban como él soñaba amar: arrullados por música de acordeones, en las aterciopeladas habitaciones de los más lujosos hoteles, donde a través de tupidos visillos, sólo llegaría un rayo dorado del sol parisién. ¡Qué bien, le transportaba a su séptimo cielo la linda canción de «Las hojas muertas»!

Cuando Requena intentaba profundizar sobre el enorme fuego que levantó Genievue con sólo una hora de estar a su lado, se hundía en un mar de incomprensiones. No se lo explicaba. Ni se lo hubiera explicado nadie. Pero existía un principio lógico, natural. Genievue era de las mujeres que llegaban y querían. Con ella nada más había que dejarse querer. Y para Requena, esa era la fórmula ideal del amor: hacer el papel pasivo.

Genievue, la dulce Genievue fué la primera mujer que le miró y le habló queriéndole ya.

Soñando, soñando, pasaron los días, las semanas, los meses... y se plantó el año sin volverla a ver nada más que en sueños. En realidad, comprendía Requena que solamente un loco, con sus condiciones de modestísimo empleado, podría pensar en alguna posibilidad de ir a buscarla a París. Su amor era imposible. Por eso él, aunque seguía soñando con ella, con París y los acordeones, todos los últimos de mes continuaba sentándose en el diván del fondo de su acostumbrado café de la Gran Vía, mirando de reojo las pantorrillas descaradas, con la entrada del cine en el bolso y también, indefectiblemente, con la cartera preparada por si surgía otra ocasión como aquella de cuyo fallo aún no se había perdonado.

II

Cansado de soñar y más soñar, miró el reloj. Todavía faltaba media hora para el cine, y decidió seguir sentado veinte minutos más. Al arrellanarse mejor, notó que la nalga izquierda se resentía de algo duro que debería haber debajo del mullido superpuesto en piezas al diván. Se corrió un poco hacia la derecha para librarse de tal molestia. Después, llevado por la curiosidad de saber si aquello era cualquier utensilio del café, escondido por algún gracioso, volvió a sentarse en el mismo sitio con objeto de introducir la mano cautelosamente.

Tocó una cosa dura y fría, efectivamente; pero no era un vaso, ni un platillo, ni nada por el estilo. Tenía entrantes y salientes, y una pequeña asa con una especie de gancho en el medio. Así como si fuera... «¡Atíza! ¡Si debe ser una pistola!» Fué a sacar la mano horriblemente asustado, pero rectificó y la dejó dentro. Sí; ¡era una pistola! Inmediatamente, sin dejar de tocarla con la punta de los dedos, con la otra mano puso el periódico encima de las piernas, para que nadie se extrañara al verle encogido.

Tan sorprendente hallazgo puso en juego a todas las potencias de su alma, para resolver la dramática situación. Un nudo y nervioso diálogo se estableció entre sus dos «yos».

—¿Qué hago?
—Déjala.
—¿Por qué?
—Te traería líos.
—Con llamar al camarero y decirle...
—¡Líos!
—No hay motivos.
—Por mucho menos, se pasa una noche en la Comisaría.
—Si ha de haber líos, los habrá igual aunque la deje.
—No; te marchas y no sabes nada.
—El camarero me ha visto muchas veces, y si mañana al limpiar aparece...
—Nada, nada. Sacá la mano, tranquilízate y marcha.
—Sacó la mano y se tranquilizó; pero siguió sentado y reflexionando:
—¿Qué raro! ¡Una pistola aquí! ¿Quién la habrá escondido?
—Pues un pistolero. Le seguirá la Policía y al verse atrapado...
—¿Estás seguro que es de un pistolero?
—Segurísimo.
—Pruebas.
—La pistola no está perdida, está escondida.
—¿No hay otro motivo para esconder una pistola?
—Yo no lo encuentro.
—Entonces...
—¿Qué vas a hacer?
—¡Llévame la yo!
—¡¡Estás loco!!
—No. Estoy pensando más y mejor que nunca. Una pistola vale dinero, ¿no?
—¡Ya lo creo!
—Por lo menos cuarenta duros, ¿verdad?
—O más.
—El pistolero no querrá saber más de ella aunque le maten.
—Tienes razón.
—¡Ah, vamos!
—Pues, ¡venga! ¡Cógela de prisa y vámonos!
—Tapa otra vez con el periódico.
—Ya está.
—Mira a los lados y avisa.
—Nadie atiende. ¡Ahora! ¡Al bolso de la chaqueta!
—¡¡Uf!!...
—¿Está?... ¡Contesta, hombre!
—Sí; no te preocupes. Estoy descansando.
—Bien. Disimula.
—¡Ya pasó!
—Pero vete en seguida por si quisieran rescatar la pistola.
—¿Quién?
—Algún cómplice. ¡Vamos! ¡Dobla el periódico y no te quedes como un tonto!
—¡Es que ha sido un trago!...
—Paga y vámonos.
—Voy.
—Chista por si fallara la voz.
—¡Chist!...
—Deja una peseta de propina hoy.
—Eso voy a hacer.
—¡Marcha!
—Oye.
—¿Qué?
—¡Vaya un tío que estoy hecho! ¿Eh?
—¡Cállate, que has levantado la voz!
—¡Ahí va!... ¡Si no me había dado cuenta!...
Cuando entró en el cine, había empezado el noticiario. Volvió a respirar con desahogo al acostumbrarse. Ya no sudaba ni temblaba. Se sintió liberado completamente del peligro y felicitó al nuevo Requena, valiente y decidido, que había surgido como un chispazo al contacto de su otro «yo» como un chispazo al contacto de su otro «yo» se pusilámíne con el hallazgo de la pistola. No se explicaba el porqué de ese chispazo, pero le ex-

trañaba en medio de la rara satisfacción que le producía. Pensó salir en el descanso, inducido por la natural curiosidad de echar una ojeada a la pistola en el retrete y asegurarse de si estaba o no cargada; pero se quedó en la sala receloso y consumiéndose en la impaciencia.

El cine, para Requena, no era sólo el séptimo arte, sino las siete artes o el único que existía. Lo mismo le daba. Nunca intentó dilucidarlo. Pero, eso sí, se leía las críticas de todos los estrenos y si alguna vez dirigía la palabra en la oficina, lo hacía casi exclusivamente con objeto de solicitar opiniones sobre tal o cual film, a fin de que reuniendo el mayor número de ellas, su meticulosa elección tuviera el mejor resultado a últimos de mes. Prácticamente, esto que parece tan sencillo, le resultaba muy complicado al buen Requena. Porque los críticos hacían las cosas mal. Se extendían en consideraciones innecesarias, y, al final, ninguno concretaba si la película era buena, mala o regular. Tenía que ser él quien, después de calentarse los cascos con aquellas retóricas, diera el fallo rotundo. ¡El, que no había visto aún la película! Todo ello, traducido al caso particular de Requena, constituía un gran problema: con la localidad debía comprar la seguridad de ver la mejor película.

Por antítesis lógica a su manera de ser, los asuntos policíacos le absorbían el seso. Con entrega total de los sentidos, seguía boquiabierto las hazañas del hombre duro, audaz y combativo que sorteaba los más espeluznantes riesgos con una sonrisa de indiferencia en los labios y el amor de la bella protagonista en el bolsillo. Pero aquella noche, a pesar de exhibirse una de estas películas, o bien por tal motivo, Requena no vivió dentro del protagonista como acostumbraba. Según se sucedían las escenas en la pantalla, aumentaba la preocupación por su película íntima. Cuando la palabra «fin» de la cinta apareció, su inteligencia llegaba a una conclusión con los últimos devaneos: «No quiero vender la pistola». Determinación que el nuevo Requena fué imponiendo sin saber cómo, por qué, ni para qué.

Tampoco aquella noche a la salida del cine dio su habitual paseo por la Gran Vía. Paseo verde, contemplativo de un mercado que le ofrecía por encantos el doble marchamo de lo prohibido y lo desconocido.

No atreviéndose a mirar si estaba o no cargada, metió la pistola debajo de la albornada. No encontró otro escondite mejor. Y acabó por dormirse, abatido, a las cinco de la mañana; cuando ya no le regían los nervios ni la cabeza; cuando el diálogo de los dos Requenas se fundió en un monólogo que machacaba su cerebro, preñado de confusiones, con el repetido y atormentador estruendo de cinco palabras: «¡El poder de una pistola!... ¡El poder de una pistola!... ¡El poder de una pistola!».

III

Por la mañana llegó a la oficina veinte minutos más tarde de la hora de entrada. En cualquier otro empleado del mismo Banco, tal retraso habría pasado inadvertido. En Requena, no. Como desde el día que ingresó fué un esclavo de la puntualidad con exceso, hubo sobrado motivo para que todos pensarán que algo grave le impediría acudir ese día al trabajo. Por eso, cuando apareció desencajado por la precipitación y consternado por la primera mancha de su immaculada puntualidad, los comentarios de todos terminaron de aplanarle.

—Anoche de juerga, ¿eh?...
—¡Adiós el presupuesto mensual!
—Dirás al diablo, porque de anoche no creo que se haya dedicado el golfo de Requena a hacer obras de caridad.

—¡Señor Martínez—gritó uno—; para la próxima paga, mucho cuidado con mandar las quinientas pesetas a Valladolid. Tome buena nota para que no nos sabíe a nosotros.

—Y, dínos—inquirió otra voz—. ¿Quién ha sido la afortunada?...

—¡Alguna «vedette»! Este no se anda por las ramas, ¿verdad?

—¿Dónde la llevaste a bailar? ¿Acaso al Ritz?

—Habría que verle mandando descorchar botellas de champán.

Con gran solemnidad remató el más chungón:

—¡Estáis equivocados! Requena es todo un hombre formal. Anoche se alargaría la velada en su pensión estudiando fecha y demás circunstancias para su boda. ¿Y a que no sabéis quién era su esposa?

—¿Quién? ¿Quién?—solicitaron todos.

—¡¡La bella Tildita!!

Requena no sabía si llorar o reír. No tenía fuerzas para ninguna de las dos cosas. Más muerto que vivo, con el rostro encendido y en la garganta un nudo atroz, fué a presentar disculpas al jefe de negociado. Todos callaron. El silencio, entonces, le hirió más.

Con un hilo de voz dijo lo que maquinalmente había ido repitiendo por el camino:

—Me sentó mal la cena y por eso tardé más en despertarme.

—¡Toma!... ¡A quién no le sienta mal la cena con esa papeleta!...

—Bueno, señores—cortó el jefe—, ¡ya está bien la broma! A trabajar.

Hasta que no cesó la coletilla de las últimas risas, Requena fué incapaz de sentirse. Tan pronto comenzó a reponerse, notaba que las punzadas más agudas, las que rebasaron el límite de la ironía camaraderil, las que se le habían clavado en el corazón fueron aquellas alusivas a las quinientas pesetas de Valladolid y a lo de Tildita. Cada una por bien distinto motivo. La primera, porque esas quinientas pesetas que el señor Martínez, el pagador, no le entregaba todos los meses, las enviaba a la sucursal de la ciudad del Pisuerga para que allí las retirase su hermana, casada y con tres hijos, que atendía la vejez del padre; cantidad de la que Requena se desprendía con un sagrado placer que habían profanado las burlas. La segunda, porque a Tildita, única hija de la viuda señora Clotilde, la repudiaba con todas las fuerzas de su corazón; pues por si fuera poco la estúpida edad de sus quince años, o la enclenque esbeltez de su figura, constantemente le daba la lata para que la ayudara a resolver los problemas de la academia. ¡Insufrible aquello hasta en la broma!

Naturalmente que todos los compañeros, tras el chaparrón irónico, creyeron la disculpa de Requena. Pero ni la cena le sentó mal ni despertó tarde. Durmió poco y mal, eso sí. Tuvo negras pesadillas que al recordarlas después le espantaban de horror, le crispaban los nervios y le hacían ver con progresiva escrupulosidad más grave la realidad cada minuto que pasaba. Reconocía que en el fondo de lo que había soñado existía un bonito fin, fantástico, novelesco; pero los medios que llevaban a la meta ideal, entraban únicamente en los cálculos de un loco o de un hombre podrido de conciencia.

Los sueños que tuvo le transformaron en un atracador, y vióse en ellos cómo después de dar un golpe importante, alzaba el vuelo en forma de águila negra, para debatirse en el espacio con ansias de posarse en una especie de nube alta y densa. Alrededor de ella daba vueltas y más vueltas sin conseguirlo; la fuerza enorme de un fantasma se lo impedía. Pero allá en lo alto de la nube—o del zepelín que a veces parecía—estaba Genevieve con los brazos abiertos y una presentación que se asemejaba a la efigie de la República Francesa. El maravilloso premio a la fechoría del águila, multiplicaba infinitamente sus giros de traslación, hasta que el extenuamiento le hizo echar mano a la pistola para matar al fantasma. Súbitamente, al contacto de la pistola, se despertó. Su mano viva de carne y hueso tocaba el arma de verdad que tenía debajo de la almohada.

Oyó las siete campanadas del reloj de la iglesia del Buen Suceso. Le dolía el cuerpo y el alma. Poco a poco, según volvía a la conciencia, fué notando alivio. Sobre todo en el alma. Por fortuna allí donde con más urgencia lo necesitaba, ya que debía pensar en seguida en un lugar seguro para guardar la pistola. Porque la luz del día, tamizada por los cristales amarillos de su alcoba, iluminaba la tenaz ratificación de la determinación que tomara el día anterior. Se quedaría con ella.

El reloj hizo sonar las siete y media. Requena, aún en la cama, continuaba sin dar con el escondrijo. Ni el armario, ni el cajón de la mesa de escribir, ni la maleta, podían cerrarse con llave. Los minutos pasaban atropelladamente y al pobre Requena no se le ocurría nada. Cuantas más vueltas daba en el lecho devanándose los sesos, menos ideas le venían.

Las ocho campanadas le tiraron de la cama envuelto en un sobresalto que ya no le abandonaría hasta que pasados los contratiempos, fué serenándose con el manipular de la máquina calculadora. Pero consigo tuvo que llevar al fin la pistola, y esta forzada solución alteraba intermitentemente sus nervios en el transcurso de la jornada; cada





vez que con el brazo derecho rozaba por fuera el bolso de la americana.

Encaminó sus pasos hacia la Ciudad Universitaria. Se apartó de la carretera central, tiró para la izquierda a campo traviesa, y cuando creyó estar completamente solo y donde nadie pudiera ver sus manejos, se puso en cuclillas para examinar con meticulosidad la pistola. Entonces encontró muy natural reflexionar sobre el poder de una pistola, teniéndola allí, reluciendo al sol primaveral, y cuando su mente estaba limpia como una patena, purificada con el airecillo serrano. Repasó con satisfacción y no poca sorpresa su actuación de hombre arrojado, y admiraba al nuevo Requena que se iba imponiendo con carácter persistente. ¡Así tenía que ser!: «¡An vegdago hegoé!».

Movió todo lo movable de la pistola, menos el gatillo, y no encontró ni una bala. Esto le defraudó. ¡Qué hacer ya con aquel artefacto inútil? «Inútil, no—pensó de pronto—; procuraré que no lo sea.»

IV

—No come nada, Requena. Así no puede seguir. En poco más de un mes se ha quedado en los huesos.

—No tengo apetito, señora Clotilde.

—Hay que hacer por tenerlo.

Tildita suplicó:

—¡Ande, Requena, coma!

—¡Déjame en paz!... No tengo ganas.

—Hasta los nervios se le han desatado, hijo mío.

—Está bien, señora Clotilde; soy mayorcito para hacer lo que quiera. Y no comprendo sus quejas. Así gasta usted menos...

—Antes que todo el dinero es usted. Sabe muy bien que le quiero como a un hijo. Sí; eso es, como a un hijo.

—Pues no se haga muchas ilusiones...

La señora Clotilde se turbó y sin darse por aludida salió por la tangente:

—¿Por qué no coge las vacaciones el próximo mes?

—No... No puedo. Tengo que dejarlas para más adelante. Por lo visto no hay personal.

—Se lo decía porque ahora le sentarían muy bien y, además, porque la niña y yo queremos ir al pueblo a pasar las fiestas con la abuela. Tildita se quedará allí dos o tres meses, que tampoco la sentarán nada mal.

—Por mí, no se preocupe. Ya me las arreglaré como pueda.

—Diré a mi cuñada que le dé de comer en su casa; se queda usted con la llave y duerme aquí. ¿Qué le parece?

—Buen.

Requena, efectivamente, desmejoró mucho y se irritaba por lo más insignificante. A Tildita la negó toda clase de ayudas en sus deberes, y la presencia de la niña cada día se le hacía más insoponible. En una ocasión le faltó muy poco para pegarla. El iba a salir a la calle. La niña fué a cepillarle la chaqueta. En cuanto notó que le pasaba el cepillo por las espaldas, se volvió con intenciones bárbaras, pero milagrosamente contuvo el arranque ante la serena actitud de la niña, que esperaba impávida la bofetada. Requena cerró la puerta de golpe y bajó corriendo las escaleras.

—Mamá, ¿que le pasará?

—No lo sé, hija mía.

—¿Estará enamorado?

—Será de algún imposible, porque se pasa las horas muertas encerrado en su habitación.

No; ya no era imposible el amor de Genievieve. Difícil, sí; muy difícil; pero con un poco de suerte vencería todas las dificultades dentro de poco tiempo.

El cambio que se obró en Requena no fué de la noche a la mañana. Fué grande, radical, pero llevó una elaboración de casi dos meses. Dos meses vividos en una tensión tan alta que valían por el resto de su vida. Pasó noches enteras sin dormir, meditando, estudiando, midiendo, contando... hasta dar con la solución exacta, matemática, infalible casi. El «golpe humano», según él denominaba, surgió a partir de aquel momento en que tras largas y enconadas discusiones de sus dos «yos», vino la conjunción ideal. La idea de reflejarlo todo ello por escrito, le dió una tranquilidad que aumentaba cada vez que después lo repasaba. El más sagaz especialista del género no lo hubiera igualado.

El secreto proyecto, dividido en tres partes, decía así:

ESTUDIO MECANICO.—Taxi. Parada, 7 horas 50 minutos en la calle lateral derecha. Entrada por la puerta principal—como siempre—a los 51 minutos. Ordenar conserje busque carpetas 301-310—tardará más de diez minutos—. A los 52: «Buenos días, señor Venegas». Ir mesa jefe. Esperaré abra habitación caja Venegas. Entraré cuando la caja esté abierta y él de espaldas. (Faltarán entre 6 y 5 minutos para las ocho.) Cerraré puerta golpe. «¡Arriba las manos!». Me acercaré a él: «No quiero hacer sangre; de usted depende». Le pediré llave puerta; arrancaré timbre alarma. Haré que se aparte para que no pueda hacer movimiento alguno al amparo de la puerta de la caja. (Faltarán 4 minutos.) De los billetes de arriba, que son los grandes. Saldré sin perderle de vista. (Faltarán 3 minutos.) Antes diré: «Diga la verdad y no se preocupe. En seguida tendrá buenas noticias mías». Saldré sin correr. Si alguien me ve: «Vuelvo ahora mismo; voy a por unos comprobantes para el señor Venegas».

Entraré en el taxi a los 59 minutos lo más tarde.

ESTUDIO PSICOLOGICO.—Ni al conserje, ni a Venegas, ni a otro cualquiera que pudiera estar, les extrañará que llegue diez minutos antes de la hora. Lo hago con mucha frecuencia y últimamente más. El señor Felipe no dudará en obedecerme. No dudó nunca. Si hubiera alguien al salir yo —poco probable—, por muchos gritos que diera Venegas, no sospecharán de mí. Aunque hubiera otro timbre de alarma que yo ignore, y fuese utilizado, podría salir fácilmente por la puerta lateral pequeña.

Como yo, no hay otro en el Banco. Todos creen que estoy entre el tonto y el bueno. Lo tengo muy pensado. Esto pesa mucho en mi favor. Tardarán bastante hasta convencerse de que he sido yo. Cuando Venegas quede libre, habrán pasado por lo menos cinco minutos. Si hay otra llave, la tendrá algún jefe. El primero de éstos que llega es Redondo, que nunca llega antes de las ocho. Aunque me retrasara un minuto o dos, por muy rápidos que actúen con todas las circunstancias desfavorables a mí, no podrán impedirme que tome el taxi. Aquí comienza la hora de la Policía. De esos treinta minutos, veinte, con seguridad, pasarán camino de Barajas sin ningún obstáculo. La Policía, si da en el quid, gastará por lo menos ocho minutos para pensarlo y dos o tres para ponerse en movimiento. Esos diez minutos aseguran mi llegada al aeropuerto. Ni por delante ni por detrás intentarán cazarme. Los primeros en actuar serían los agentes del aeropuerto. El peligro queda reducido a los diez minutos que nacen con mi llegada a Barajas y mueren al despegar el avión con destino París. Peligro que cubro con estos elementos: dos pasaportes (uno legal y otro con los nombres cambiados). Enseñaría el preparado. Los dos llevan fotografía que me hice con bigote postizo y gafas (lo que me colocaré en el taxi). Precauciones que pararán el primer golpe, poco probable, hasta que pueda llegar al retrete que da a la pista. Allí consumo tres minutos; con uno que he tardado en llegar son cuatro. Saldré con seis para llegar al avión sin precipitaciones. Estos son los seis minutos más peligrosos de los setenta que necesito para todo. Seis minutos de mucho riesgo o de nada. En ellos me lo juego todo. Pero todo es la cárcel. Si no consigo a Genieville, me da igual el Banco que la cárcel. Bien vale mi felicidad con Genieville seis minutos de angustias. No hay nada infalible en la vida, sin embargo, ningún asunto semejante puede prepararse mejor.

CONDICIONES HUMANAS.—La pistola por sí sola, sin balas, domina la situación. Si la cosa sale mal, mi delito tendrá un gran atenuante: no quería matar a nadie; la pistola estaba descargada. Cometeré un robo, de acuerdo; mas el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Todo el mundo comenta que los negocios más usureros son los que hacen los Bancos. A nadie perjudicará directamente, salvo al señor Venegas, a quien tendré presente para corresponder con creces desde París.

(Preparativos con la antelación debida).—Tengo los pasaportes, el bigote, las gafas y el maletín. El día anterior colocaré los bolsos de gran fondo a los pantalones. El pasaje, ocho días antes, que tendré 3.000 pesetas con el sueldo, la extraordinaria y lo de Valladolid, que no se enviará este mes. Todo previsto. Falta la carta a Genieville. Inda-



garé en los hoteles. Comenzaré por los de la Gran Vía. Si no consiguiera sus señas, en París estudiaría la forma de localizarla.

Estas notas serán destruidas en el fuego la noche antes del golpe; es decir, a las 23 horas del día 8 del próximo junio. Cinco días antes habrán marchado al pueblo estas dos pesadas. Otra ventaja para los últimos preparativos.

V

«Mi adorada Genieville: Tal vez no recuerde a quien de manera tan apasionada empieza esta carta. Sería una pena grande para mí. Si así fuera, la ruego no desatienda lo que a continuación de mis señas particulares la voy a pedir.

Nos conocimos en Madrid, en un café de la Gran Vía. Hizo de esto exactamente un año el día 25 del mes pasado. Estuvimos hablando casi media hora. Me dijo que había tenido un novio español que fué un héroe de la Resistencia francesa, y me contó muchos más detalles de su bellísima persona, que ahora me han servido para dar con sus señas en el hotel Roy. Recuerde que quedamos en vernos al día siguiente a las nueve de la noche, pero a mí me fué imposible ir. Aquí quiero pedirle perdón de todo corazón.

Voy con lo que motiva estas líneas. El día 8 del próximo mes llegaré al aeropuerto de París en el avión que sale de aquí a las 8 y 30 de la mañana. Me instalaré en París definitivamente. Negocios afortunados me han proporcionado una buena cantidad de dinero que pienso colocar ahí de la manera más segura que se me ofrezca. Mis primeros pasos en París serán para buscarla a usted. No iré a ningún hotel hasta que me indique el más apropiado. Me da igual de primera que de segunda categoría. Después, con más tiempo, buscaré la vivienda definitiva.

Llevo grandes ilusiones acerca de usted, Genieville; pero no son propias para expresarlas por escrito. Únicamente le adelantaré que desde el día en que la conocí no hago otra cosa que pensar en usted.

Si por cualquier motivo no pudiera atenderme a mi llegada, la ruego que me lo comunique con tiempo.

Perdone el atrevimiento de tantas molestias. Yo la prometo que sabré corresponder como usted se merece.

En espera de sus gratas noticias o de saludarla ya personalmente, se despidió de usted su amigo y más ardiente admirador,

Requena.»

A los doce días recibió contestación de Genie-

viene. Cuando se la entregó la portera, creyó morir de la emoción. En seguida, un desencanto infernal le invadió. Temblando rasgó el sobre. Tenía miedo. ¿Le haría desistir aquello de su empeño? Llevó lentamente la carta ante los ojos y armándose de valor comenzó a leer:

«Mi querido amigo Requena: Su carta me ha sorprendido con mucho agrado. Yo me recuerdo de usted. Es un grande placer todo para mí. Yo esperaré el día de su llegada en Orly aeropuerto. Yo tomé una habitación próxima a la de mí. Yo creo que gustará a usted. Yo me esfuerzo mucho para escribir el español y yo termino aquí. Nosotros hablaremos mucho cuando seamos juntos.

Yo le abrazo,

Geneviève.»

¡No! ¡No podía ser verdad! ¿Estaría soñando una vez más? Pero, ¡sí! ¡Allí estaba la carta que le llamaba estúpido por haber dudado de Geneviève! ¡Le quería! ¿Sería posible que existiera en la vida dicha tan grande? Ensanchó el pecho de felicidad y leyó cientos de veces aquellas líneas que fortalecían su ánimo, disponiéndole con el mayor optimismo para esperar la hora de la verdad. ¡El mundo entero sería para él! ¡Una habitación cerca de la suya!...

La última noche se la pasó en vela, yendo y viniendo a la cocina donde calentaba tila que preparó en gran cantidad. Pensaba, ingenuamente, que la tila podría frenar la mordiente impaciencia que devoraba su ser.

Pero, ¿por qué el tiempo se obstinaba en pasar minuto a minuto, segundo a segundo, con tan angustiosa lentitud? ¿Por qué no daba un salto el maldito tiempo?

La una de la madrugada, las dos, las tres... ¡Alguien llama! Repiten la llamada con impaciencia. No es el timbre el que suena; son los nudillos que repican en la puerta y petrifican a Requena apoyado a los pies de la cama. La llamada de la misma muerte no aniquilaría tanto al pobre Requena. ¡Pero tenía que hacer algo! ¡Abrir! ¡Debía abrir! Porque los golpes no cesaban. Intentó andar hacia el pasillo. Las paredes, los muebles, la casa entera se le caía encima, o se caía él. Trató de sobreponerse y mecánicamente, igual que un sonámbulo, llegó a la puerta. Preguntó sin alientos:

—¿Quién?...

Contestaron dos golpes más.

—¿Quién es?—repitió un poco más fuerte.



Una voz de mujer solicitó con misterio:

—Abra, Requena; soy yo.

—Pero, ¿quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy María, la del tercero.

Requena, hundido en terrible confusión, abrió la puerta. Entró la señora María, con una bata desdada, y se interesó preocupadísima:

—¿Le pasa algo, Requena?

—No; nada. ¿Por qué?

—He sentido ruidos toda la noche y pensé que se encontraría mal. Como sé que está solo y que de un tiempo a esta parte no marcha muy bien de salud, me he dicho: voy a bajar por si necesita algo.

—Pues, muchas gracias, pero no necesito nada.

—Entonces, ¿por qué está vestido y con tan mala cara? ¿Le pasa algo, no me mienta!

—¡Que no, señora! No me pasa nada... Apenas un pequeño dolor de estómago que me tenía deprimido... Leyendo... Calentaba un poco de tila y su llamada me ha sorprendido. Por eso me encontraré algo raro.

—Bien, bien; si es así... Pero ya sabe usted que puede disponer de nosotros en cualquier momento; no tema molestarnos. Yo, de mil amores...

—Gracias, muchas gracias, señora María. No se preocupe y acuéstese.

—Bueno, pues perdone y ya sabe... Hasta mañana. ¡Ah! Quiere que le baje una cosa muy buena que tenemos para los dolores de estómago?

—¡No!... No... Muchas gracias, no se moleste. Ya se me ha pasado.

—Entonces, hasta mañana.

—Buenas noches, señora María.

Cerró y respiró con alivio, pero indignado con la inoportuna vecina.

De nuevo en su cuarto, los demonios volvieron a revolucionarle. ¿Sería cierto el motivo que alegó la entrometida para bajar? ¿Sospecharía algo? Perdía el aplomo que tanto necesitaría horas más tarde. Y el tiempo, el maldito tiempo seguía atormentadamente, criminalmente lento, venciendo con pereza los minutos, segundo a segundo, como si no pudiera continuar andando ya y sólo esperase el aviso fatal para quedarse quieto y hacerse estático.

VI

Llegó a la plaza de España a las ocho menos cuarto en punto. De los cinco taxis que había en la parada, eligió el más nuevo. Abrió la puerta y entró.

—Al Banco Regional.

Cruzando por la Gran Vía, notó que el corazón, muy acelerado, empujaba hacia fuera como si quisiera romperse en dos trozos y dejar allí uno. Debía ser el cuarto acento admirativo que nunca había sentido y que en aquellos momentos no podía expresar con ninguna frase.

Unos metros antes de llegar al Banco, ordenó al conductor:

—Pare en esa calle de la izquierda. Tendrá que esperar unos minutos.

—Pasó al Banco y llamó al conserje:

—Felipe...

—Buenos días, señor Requena.

—Búsqueme, por favor, las carpetas trescientas una y trescientas diez en el archivo. Ya sabe: sección quinta.

—¿Las necesita ahora mismo?

—Sí... Quiero revisar unas cuantas antes de que venga el jefe.

—Está bien.

Al volver la esquina que daba entrada a su oficina, miró de reojo y vio cómo Felipe iba a cumplir sus órdenes.

A ver... Nadie. ¡Cómo! ¿Ni el señor Venegas? ¡Ah! Sí. Allí estaba el cajero agachado ante el mostrador.

—Buenos días, señor Venegas.

—¡Hola!, muchacho —le miró por encima de las gafas—. ¿También hoy te has caído de la cama?

Requena no respondió. Se limitó a mover la cabeza asintiendo. Aunque se pasó buenas ganas de mentir diciéndole: «No es tan pronto; solamente faltan tres minutos para las ocho...» Pero Requena quería reservar todos los ardidés para el momento culminante, que ya estaba muy cerca.

Fué a la mesa del jefe dispuesto a esperar, simulando que miraba algún escrito. A sus espaldas estaba el señor Venegas y a mano izquierda la habitación de la caja, aún cerrada. Estuvo sumamente pendiente del menor movimiento del cajero que indicase su determinación de abrir la puerta

de la caja. Mientras urgaba la llave en la cerradura, una bocanada de miedo le cubrió de la cabeza a los pies. Se dijo: «¡Ha llegado el momento!». Miró atrás. Nadie venía. Sacó la pistola y se lanzó decidido a la caja. Se paró dos pasos antes para cerciorarse de que todo respondía a lo previsto:

Con el golpe de la puerta que cerró a sus espaldas, sonó su voz:

—¡Manos arriba!

El cajero quedó inmóvil junto a la caja abierta. Requena dijo más alto:

—¡Manos arriba!!

Sin levantar las manos, volvió el señor Venegas la cabeza serenamente y habló con absoluto dominio de su persona:

—Me habías asustado, muchacho. Vamos, vamos, ¡a trabajar!

Requena quedó perplejo un instante. En seguida, más encrespado, se acercó al viejo:

—¡Que se lo digo en serio! ¡Apártese a la derecha! No quiero hacer sangre y de usted depende.

El cajero levantó las manos al mismo tiempo que el timbre de alarma empezó a sonar.

Requena abrió descomunalmente los ojos y levantó la pistola para asestar un golpe en la cabeza del cajero, pero soltó el arma y lanzó una carcajada estentórea:

—¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Y se lo ha creído!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Y se lo ha creído!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja, ja!...

Cayó al suelo como un trapo, ahogándose con las últimas risas histéricas.

El cajero dió una patada a la pistola y corrió hacia la puerta. El timbre de alarma seguía funcionando. Requena yacía entre convulsiones y tenebres quejidos. Luego, comenzó a encontrarse en la Gloria: un caerse, caerse sobre abismos sin fin, rebozado en nubes de algodón. Después... Nada.

Una corona de espinas ceñida a la cabeza hubiera causado semejantes efectos a los que sacudieron en Requena la inconsciencia de ser. Sólo de ser, porque aún no sabía si estaba, ni mucho menos dónde estaba.

Abrió los ojos y suplicó entre dientes:

—¡Luz!... ¡Luz!...

Con un ruido metálico se encendió la luz y se dió cuenta que estaba en una cama que no era la suya. Miró a la derecha y descubrió a una monja.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? ¡Dígame!

La monja se inclinó hacia él y acarició dulcemente su frente.

—Nada, hijo mío, nada. Que estás un poco melito y estoy a tu lado cuidándote.

—Me engaña usted, hermana. ¿Por qué me tienen atado? ¡Yo no estoy loco!

—Por Dios, ¡qué vas a estar loco! Ni estás tampoco atado... Mira, ¿ves?—le mostró una de sus manos.

—Por favor, dígame entonces qué me ha pasado, por qué me han traído aquí.

—Ya te lo he dicho. No has comido nada últimamente y la debilidad se apoderó de ti; pero todo pasó. ¿Qué?... ¿Te encuentras mejor?

—Sí, hermana; parece que no me duele tanto la cabeza. Pero, ¿y Genievieve? ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

—Ya vendrá, no te preocupes.

—¡Yo no quería matarla!

—¡Tú no has querido matar a nadie!

—¡Sí!... Ya me acuerdo bien. ¡He querido robar! Pero el timbre, el horrible timbre de alarma me lo ha impedido. Entonces quise matar...

—Todo fué una broma que quisiste gastar a un viejo compañero.

—Lo hice con toda mi alma, hermana. ¡Yo debo ir a la cárcel! ¡Que me saquen de aquí!...

—Claro que te sacaremos; pero cuando te encuentres bien del todo. Ahora reza conmigo. Dios te salve, María...

VII

A los ocho días se encontraba como nuevo. Entró sor Angeles con el desayuno y subió la persiana del ventanal. Requena se frotó los ojos, deslumbrado por el sol que entró a raudales, y vio cómo se vistió de blanco purísimo la habitación.

—¡Vamos, señorito!—dijo la monja con retintín. Que ya es hora...

—Buenos días, sor Angeles.

Saliendo ya, añadió ella:



—¡Hala, hala! A desayunar. Y arreglarse en seguida para que esté guapo cuando vengan las visitas.

Requena tomó café con leche, galletas y mantequilla, y se levantó.

Al ir a lavarse, el espejo del tocador detuvo su atención. Se acercó más a él y ante la propia imagen comenzó a dialogar consigo mismo:

—¡Buena la hiciste, amigo!

—Sí. ¡De campeonato! Ya oíste ayer a la señora Clotilde. Tcdo el mundo se empeña en decir que fué una broma. Después de tanto laberinto, vas a tener que seguir como estabas.

—¡Mucho peor! Oye. ¿No habrá manera de que me lleven a la cárcel?

—Ya ves que nadie te cree.

—¿Y qué voy a hacer?

—No tienes más remedio que volver al Banco.

—¡Si no tengo valor para ello!... Hay una solución...

—Sé por dónde vas. Es peor el remedio que la enfermedad.

—¿Por qué?

—¡Eres tonto! ¿Crees que la señora Clotilde lo va a hacer sin sus miras?

—¿Qué miras?

—Imbécil. ¡Tildita!

—Seguirá aquí en Madrid con su madre. No la veré nada más que una vez al año.

—Que te crees tu eso... Se habrá puesto de acuerdo la madre con el tío. «Es un buen chico y muy inteligente. Te llevará a las mil maravillas las cuentas de las fincas... y podremos casarle con tu sobrina preferida».

—Bueno... bueno. Ya lo veríamos... Además... ¿Te fijaste en la foto que enseñó su madre?

—De refilón.

—Parece que ha engordado.

—Sí, sí; no debe estar ahora tan fea.

—Mira, chico: yo me voy al pueblo. Al fin y al cabo...

—¿Y por qué han de salirse ellas con la suya y tú no?

—¡Ah!... Misterios de la vida.

—No tiene gracia la cosa.

—Aunque me casaran con Tildita, nadie podrá impedirme que siga acordándome de Genievieve. Quién sabe si algún día...

—Dicen que el tiempo lo borra todo.

—¡Eso no!

—¡¡Todo!!

—Entonces, me pregunto yo: ¿para qué tenemos un corazón?

—Tú, para hacer el ridículo.

Por las mejillas del pobre Requena se deslizaron dos lágrimas.



LAS "CINCO SALVACIONES"

de don Francisco Maldonado Guevara

● La filosofía no cristiana cree que la salud no puede venir del hombre mismo y he ahí su error

● La meditación de la soledad ha producido siempre grandes obras literarias

● Todos los conductores de conciencias han de ser un poco artistas



Don Francisco Maldonado con nuestros redactores. En la foto que hay sobre la mesa, Gabriel y Galán con sus alumnos de Piedrahita

HACE ya muchos años que los filósofos han trocado el báculo y la linterna por el piso confortable y la bombilla de 40 vatios. El doctor Maldonado, hombre de su tiempo, posee ambas cosas en un primer piso de la calle de Carranza. Y nada más entrar en el vestíbulo se da uno cuenta de que don Francisco, a más de sabio, es un hombre con elevado sentido de la estética: un biombo con estampas de Eduardo Vicenté; unas luces indirectas y sedantes; unos cristales tallados, y buenos cuadros, buenos cuadros en todas las paredes. Nosotros esperamos un hombre alto y suave, ¿por qué?; luego no es nunca así, y resulta que don Francisco Maldonado lleva puesta a Castilla: bajo, recio, vigoroso física y moralmente, don Francisco nos echa encima, inquisidora, esa mirada que hemos visto en algún lado; tal vez saber que fué discípulo y amigo, que ha convivido con «don Miguel», nos predispone a juzgar su mirada como unmunescas, y nos cohibe un poco. Don Francisco es nervioso, con un enorme dinamismo siempre proyectado hacia algo. Don Francisco nos pasa a su despacho y nos señala unas sillas; se defiende con la mesa. Fuma tabaco negro, como esperábamos, y nos ofrece unos cigarrillos rubios. Hay un momento de silencio y el aire se hace como de aula de cátedra. Aquí no se puede preguntar por preguntar, hay que preguntar para aprender; y uno se siente como si ese día no se supiera la lección.

«SALVACION» DE LOS PERSONAJES Y DE SUS AUTORES

SALCEDO. — Don Francisco, ¿por qué titula sus ensayos «salvaciones»?

Don Francisco abalanza su mirada.

MALDONADO. — Ese título procede, como indico en el prólogo, de una sugestión hecha por Ortega y Gasset en sus «Meditaciones» del Quijote. La palabra «salvaciones» la empleo muy ceñida a la interpretación de varios momentos literarios en el Barroco español. Junto al riesgo y al peligro de fracaso que implica todo ensayo, opera la posibilidad de salvación, es decir, en este caso, de interpretación lograda.

MARGARITA. — ¿Trata usted en su libro de «salvar» a los personajes o a sus autores?

MALDONADO. — De salvar ambas cosas.

LIMA. — Usted habla repetidamente de peligro y de «malheur», de infortunio. ¿Es tan importante éste en la filosofía actual?

MALDONADO. — Toda la filosofía de Occidente parte del «malheur». Según Hegel, el hombre podrá siempre progresar, pero no podrá nunca ser feliz. Schopenhauer es pesimista. Heidegger es pesimista. Pero el infortunio como musa de la filosofía es mucho más antiguo, más antiguo aún que la filosofía griega, porque es la musa de la humanidad caída. El infortunio radical se manifiesta en la figura del nihilismo. Así lo vió Nietzsche y hoy Heidegger. Hay que romper este impase y buscar a toda costa la salvación, porque la filosofía no cristiana cree que la salud sólo puede venir del hombre mismo y he ahí su error, a su pesar insinuado o confesado por sus fautores.

MARGARITA. — El hombre, pues, ¿no puede salvarse en su soledad?

MALDONADO. — Imposible. La salvación sólo procede del Ser mismo, que es el Ser de Dios. Es

menester que lo infinito acuda a lo finito, lo que es por sí a lo que es en participación.

LIMA. — Heidegger sostiene lo contrario.

MALDONADO. — Heidegger pone la salvación del ser en el ser mismo, en cuanto a que éste está en litigio. En esta expresión paradójica no puede quedar cifrada ni la salvación de la expresión misma. Es una mística, la de Heidegger, subrepticia, que «no salva», a diferencia de la genuina de los místicos católicos. Además, el hombre no ha estado nunca solo.

SALCEDO. — ¿Usted cree?

MALDONADO. — El mismo Robinson no estaba solo, sino en un constante contacto mental con la civilización. (Un momento rebusca don Francisco entre sus pensamientos y salta, inquieto, sobre uno de ellos.) ¿Han observado ustedes que la meditación de la soledad ha producido siempre grandes obras? Observen, por otra parte, que en la literatura latina el protagonista no camina nunca solo: Don Quijote, Dante, fueron acompañados por Sancho y Beatrice. En una obra germánica, sin embargo, el héroe tiene un acompañante: en «Fausto», pero es el diablo...

SALCEDO. — ¿Encuentra usted superior la producción germánica a la latina?

MALDONADO. — Son muy distintas; la latina es más de tipo femenino. La germánica es más viril.

Don Francisco cita ejemplos, docenas de ejemplos; su erudición es extraordinaria. Le miramos absortos, con cara de suspensos natos en literatura univ-



El señor Maldonado nos muestra un manuscrito con «Trescientas máximas de razón de Estado», de Antonio Pérez y el título de Familiar de la Inquisición, de Segovia a favor de Francisco Maldonado de Guevara, que está fechado en el año 1557

sal, y don Francisco se detiene sonriendo: «Pero no quiero ser pesado, ni sentirme catedrático, ¿eh?» Nosotros volvemos a la carga sobre el prólogo del libro.

EL CATOLICISMO ES ESPERANZA Y LA ESPERANZA ES OPTIMISMO

MARGARITA.—Dice usted que Ortega, en 1927, presagiaba un giro de los tiempos que aboca en un panorama animado por la presencia de Dios. ¿Cree que esto se ha cumplido?

MALDONADO.—Efectivamente. Entre las dos guerras mundiales ha habido un retorno a Dios. Francia, a pesar del existencialismo, es enteramente católica. El existencialismo, como usted sabe, trata de volver al estoicismo.

LIMA.—Según el existencialismo, al peligro —que es tan sólo un modo existencial— se le opone una solución de urgencia: la vida auténtica, por la que trata de volver a ese estoicismo. ¿No ve usted en esa teoría un resquicio a la interpretación católica?

MALDONADO.—Heidegger da pie a la meditación católica para construir sobre ella una dirección distinta. El catolicismo es esperanza —no lo olvide—, y la esperanza es optimismo.

MARGARITA.—Pero el estolismo tiene un concepto pesimista de la vida.

MALDONADO.—Hay que tener en cuenta que el catolicismo tampoco es exclusivamente optimista. El catolicismo adopta una posición de equilibrio extraordinaria. Si el cristianismo no es pesimista, como el protestantismo lo concibe —porque el catolicismo es una fiesta: está siempre proyectado hacia su objeto: Dios, con una alegría y una esperanza—, tampoco es todo confianza. No solamente se es condenado por desconfiado, sino también por confiado. En todo momento el hombre se encuentra ante la posibilidad de perderse o salvarse.

Salcedo, que espera impacientemente un hueco, vuelve la conversación al libro de don Francisco.

SALCEDO.—Don Francisco, ¿por qué al hablar del Barroco cita usted a Velázquez y no al Greco, más representativo aún del Barroco, en pintura?

MALDONADO.—No he pensado en el Greco, efectivamente, más representativo del Barroco; y esto tiene una explicación: la obra de Saavedra Fajardo que estudio en mi libro va dedicada al Príncipe Baltasar Carlos, cuyo retrato pintó Velázquez, retrato que está en el Prado.

LIMA.—Y ciñendonos a sus «salvaciones», ¿qué característica de Fray Luis, a quien dedica la primera, encuentra usted que le acerca al momento filosófico actual?

MALDONADO.—Su hipersensibilidad. Fray Luis era un hipersensible tremendo. Sólo así se concibe que apenas soportara la soledad de aquellos cinco años de cautiverio.

MARGARITA.—¿Cómo ve usted su obra?

MALDONADO.—Eminentemente cristocéntrica. Toda su imagen del mundo era así. Concebía a Cristo como un Apolo, como un compendio de bellezas. Sus obras tienen todas un fondo religioso, aun las inspiradas en Horacio, por incluir siempre lo apolíneo en lo cristológico.

SALCEDO.—¿Es éste, a su modo de ver, el ensayo más logrado de los cinco de su obra?

MALDONADO.—No. Creo que es el de Don Juan el más logrado, si bien el de más envergadura es el último. Anote usted que para el ensayo de Don Juan no he consultado absolutamente nada de la inmensa bibliografía que existe sobre él. Está hecho a cuerpo limpio.

«DON JUAN ES UN ARTISTA Y POR ESO ES UN CONQUISTADOR»

LIMA.—Usted presenta a Don Juan como un pícaro, como un burlador exclusivamente. ¿No lo ve usted, como otros, representante del español?

MALDONADO.—Tiene mucha más profundidad. Don Juan es todo un nudo-universo: de él para arriba todo el arte y toda la belleza; de él para abajo, toda la inmoralidad.

SALCEDO.—¿Quién cree usted que ha comprendido mejor a Don Juan?

MALDONADO.—Marañón, sin duda. Ha calado profundamente en su psicología.

MARGARITA.—¿Encuentra usted, como Marañón, a Don Juan algo adamado?

MALDONADO.—Sí; en su burla, en su narcisismo, hay algo de femenino.

LIMA.—¿Calificaría usted a Don Juan de antihéroe?

MALDONADO.—Sí. Pero al ca-

lificarlo de pícaro no lo comparo con el pícaro corriente. Don Juan roba honras y vidas, pero lo hace con cierta gracia, con gentileza; apoyado en su belleza, en lo que tiene de artista. Don Juan es un artista y por eso es un conquistador.

LIMA.—¿Hay que ser un artista para ser un conquistador?

MALDONADO.—Todos los conductores de conciencias han de ser artistas. Napoleón, en realidad, fué una especie de Don Juan. Hitler otro conductor, tenía hechizado por completo al pueblo alemán.

SALCEDO.—Es curioso eso que dice usted del origen galático del Don Juan.

MALDONADO.—Filológicamente. En Galicia —observen ustedes— se encuentran el río Tencrío y el río Ulloa; es significativo, ¿no? En cambio, la leyenda tiene origen nórdico; leyenda que, como todo el mundo sabe, floreció en Sevilla. Esta complejidad tremenda es lo que da al Don Juan su trascendencia universal. Es el seductor en su asunción mitológica.

MARGARITA.—¿A qué cree usted que obedece que el Don Juan, de Zorrilla, se represente por tiempo de difuntos?

MALDONADO.—Le advierto que yo he estudiado en mi obra solamente el Don Juan, de Tirso. Sin embargo, la obsesión de la muerte se manifiesta en ambos. Este miedo a la muerte es ancestral en los pueblos. Don Juan es un seductor; tiene también miedo de la muerte, pero quiere soñarse a sí mismo, como el Segismundo, de Calderón. Sólo el Don Juan, de Molière, es ateo.

ESTA ES LA EPOCA DE LOS HEROES COLECTIVOS

Don Francisco extrae libros de su biblioteca con una precisión fantástica. Tiene un fichero mental increíble de frases, de pasajes de libros. Todo lo apoya en datos concretos que se saca del cerebro como un prestidigitador, que en vez de palomas sacara citas de un sombrero. Pasamos al ensayo sobre Saavedra Fajardo.

LIMA.—¿Cree usted que Saavedra prosperaría en el mundo actual como político?

MALDONADO.—Saavedra hacía una política carismática, y la política carismática fracasó hace mucho. Ya entonces dominaba la política maquiavélica.

MARGARITA.—¿Y cree usted como él que ha pasado ya defi-



El discípulo conserva casi como una reliquia esta fotografía del maestro Unamuno en los últimos años de su vida

nitivamente la época de los héroes?

MALDONADO.—Sí, Gracian ya hizo los funerales de los héroes en el último capítulo del «Crítico». Los grandes momentos culturales han necesitado del héroe. Ahora estamos en presencia de los héroes colectivos.

MARGARITA.—¿A qué se debe entonces que sobre grandes colectividades se haya dado modernamente el héroe político?

MALDONADO.—Simplemente es una reacción.

SALCEDO.—¿Hitler?

MALDONADO.—Una epidemia colectiva en torno a un loco. Es un caso enteramente patológico. Ya he dicho que el héroe es un seductor; tiene unas potencias no salutíferas, demónicas.

LIMA.—¿Rusia?

MALDONADO.—Allí los exaltados son la masa: así aparecen en la novela rusa, como locos.

MARGARITA.—¿Mussolini?

MALDONADO.—Ese creo que trató sinceramente de salvar su pueblo.

SALCEDO.—¿Y Napoleón?

MALDONADO.—Napoleón era un soberbio. Sacrificó a su gloria personal grandes masas de hombres. En España es completamente distinto, por lo que cité antes de la política carismática, fundada en la gracia, no en el paganismo, y tiene un sentido patriarcal. Nuestro caudillaje es así. A Felipe II le llamaron sus con-

temporáneos «rey republicano», es decir, amante de su pueblo.

«EL TOREO ES COSA DE MUCHACHOS»

Don Francisco toma siempre un segundo antes de contestar; un segundo que rellena con una sonrisa. Luego al responder lo hace con aplomo y vehemencia, saltando con la mirada de uno a otro, mientras las manos inquietas y fuertes juegan con un papel. Pensamos sin querer en las pajaritas de don Miguel.

LIMA.—¿Vamos a los toros, don Francisco?

MALDONADO.—Ya sabía yo que saldría lo de los toros.

SALCEDO.—Sí, ¿por qué dice usted que el toro no es un arte?

MALDONADO.—Y no lo es. Es un juego, un deporte y una destreza. En una ocasión el torero Manuel Lavi contestó al actor Máiquez, que le increpaba desde el tendido: «Señor Miquis: aquí no se muere de mentirijillas, como en las tablas». Precisamente en las mentirijillas queda cifrado todo el arte. El arte dilata la hora de la ficción. La liturgia taurina abrevia la hora de la verdad. El aspecto litúrgico es lo que los aficionados llaman «formalidad», donde no falta el sacrificio, la mactación y la víctima. Todo como reliquia pagana. Carece de la lidia de los recursos infinitos del arte; y sobre todo le falta universalidad; le falta la colaboración

de las demás artes. Sólo tiene de ellas el haber dado pie a la música, a la pintura, la escultura y a la danza; el crear arte en su nombre. Le falta la cooperación de todas las culturas.

MARGARITA.—¿En qué sentido le aplica usted en su libro el calificativo de «lascivo»?

MALDONADO.—En el de juego, de retozo, de alegría; este sentido procede del Derecho Romano. El jurista Gayo llama «lascivia taurina» al jugar con los toros «panno rubro», con el trapo rojo.

SALCEDO.—¿Sólo un juego?

MALDONADO.—Sólo eso. El toreo, la lidia, es cosa de muchachos. El público de toros se infantiliza ante el espectáculo.

LIMA.—Pero usted dice que la lascivia implica un agresión de tipo varonil. Esto no concuerda.

MALDONADO.—Es porque en el toreo esa virilidad preludia su apogeo, su ápice. El torero es como un muchacho que trata de hacer méritos ante una dama. De ahí la importancia de la mujer en los toros. El torero ha de ser joven y valiente.

MARGARITA.—¿Va usted mucho a los toros?

MALDONADO.—Una vez al año, lo más. En la última corrida que he presenciado he visto a un torero, creo que se llama Chamaco, que realiza ante el toro un verdadero paso de danza: el zapateado. Es ya introducir el «ballet» en la lidia.

SALCEDO.—¿Y no es eso arte?

MALDONADO.—Es originalidad, no es arte universal y puro.

LIMA.—Eso de danzar ante el toro no es de hoy. Ya se hacía en Creta hace muchos siglos de años.

MALDONADO.—Sí, es un rito religioso. ¿Ve usted? Eso, sí: el toreo es también liturgia; una liturgia primitiva, porque el toro es el Sol.

Sin darnos cuenta se nos escapa ahora el objeto de la entrevista. Don Francisco deriva y habla apasionadamente de arte; sus conocimientos de pintura son vastísimos. Nos lleva ante cuatro espléndidos Bassanos que escoltan un retrato de don Melchor Mecanaz, antepasado del señor Maldonado, y el hombre que más hizo en su siglo por la recuperación de Gibraltar y que fundó la Biblioteca Nacional. Luego extrae con unción casi religiosa una miniatura montada en oro que representa a otro antepasado suyo. El autor es otro don Francisco: Goya. Hay un silencio religioso; ninguno de nosotros conocía ninguna miniatura del magistral pintor, y ésta es algo increíble de belleza y de colorido. Una verdadera pieza de museo, con un detalle curiosísimo: un cristal que corre sobre el marco tiene pintado el embozo de la capa y un antifaz, que superpuestos al retrato le dan un extraño aspecto; una genialidad como otra cualquiera del sordo aragonés. Esta vez es Margarita Rosel la que nos vuelve a la realidad.

SALCEDO.—Como catedrático, ¿qué lección explica usted con más gusto en clase?

MALDONADO.—Cervantes. SALCEDO.—Y en literatura actual, ¿quién le gusta más?

MALDONADO.—Yo leo poca literatura actual. Pero veo muy buenas cosas en la producción



Ahora nos enseña algunas piezas de su valiosa colección de miniaturas, entre las que figura una de Goya

novelística de hoy: Carmen Laforet, Zunzunegui...

MARGARITA.—¿Y Cela?

MALDONADO.—Cela es genial.

LIMA.— Por favor, ¿usted se considera barroco escribiendo, don Francisco?

MALDONADO.— Yo trato de reaccionar contra todo barroquismo. Ese barroquismo que siempre ha influido sobre mí.

Enseñar en la cátedra y enseñar en el libro. El primer libro que el señor Maldonado publicó fue la traducción en verso de un poema portugués: «Constanza», de Eugenio de Castro, prologada por su maestro Unamuno. En 1924 apareció su primera publicación original: «El primer contacto de blancos y gente de color en América». En 1948, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas publicó «La Maiestas Cesarea en el Quijote». La Universidad de Granada ha impreso ya su próximo libro titulado «Lo fictivo y lo antifictivo en el pensamiento de San Ignacio de Loyola». También tiene traducido un apúsculo de Heidegger titulado «La sentencia de Anaximandros».

MARGARITA.—¿Planes inmediatos?

MALDONADO.— Sólo la publicación de un tratado de métrica formal española, escrito cuando era estudiante. Aparecerá en una obra históricoliteraria escrita en colaboración, que editará la «Revista de Occidente». Lo terminé hace casi cuarenta años.

LIMA.—¿Escrito hace cuarenta años?

MALDONADO.— No se asuste.

Acaso peque de achaque de juventud; quiero decir, de novedad.

Antes de irnos nos enseña dos fotografías. En una de ellas aparece un hombre joven, de rostro inteligente, rodeado de quince o veinte niños: es Gabriel y Galán, rodeado de los alumnos de su escuela. Otra, poco conocida, de don Miguel, en que el maestro lee, recostado en su cama.

SALCEDO.— Por favor, don Francisco, ¿recuerda alguna anécdota de Unamuno?

MALDONADO.— Precisamente ahora que está tan reciente la muerte de Eugenio d'Ors, recuerdo que hace muchos años, cuando se habló en Madrid de la creación de una cátedra de Estética, alguien, o varios, escribieron a don Miguel sobre el posible titular. Me dijo Unamuno: «He contestado proponiendo el nombre de Eugenio d'Ors. Por dos razones: la primera, porque es el que más sabe en España de estética; la segunda, para fastidiarles, porque no sienten por él ninguna simpatía.» He olvidado por completo los nombres de los consultores de Unamuno.

LIMA.—La famosa «boutade» «¡Que inventen ellos!», ¿es auténtica?

MALDONADO.— Sí, pero la profirió con intención irónica, a pesar de todas sus declaraciones en serio. Con ella embromó a todos los que le comentan y al mundo entero en cuanto se ocupa de las cosas de España.

Ya estamos junto a la puerta. Desde detrás de la mesa un don Francisco más joven posa para Aguiar, que firma el cuadro. Volvemos a observar su mirada de



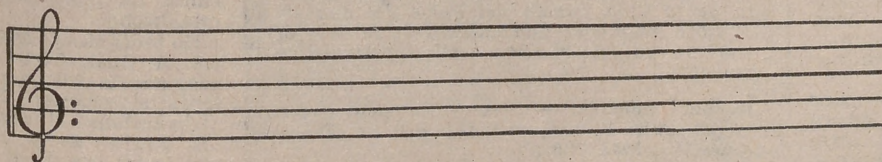
También conserva Maldonado el retrato de Melchor de Macanaz, el político español más gravemente preocupado por Gibraltar y que hubiera recuperado con su diplomacia la plaza a no ser por las intrigas de las Cortes de Versalles y de Madrid.

ave de presa y no podemos por menos de volver a pensar en Unamuno.

—¡Adiós, don Francisco, muchas gracias!

—¡Adiós, amigos!
(Fotografías de Mora.)

La nota más alta...



ES LA QUE DISTINGUE AL HOMBRE
A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

El divo de divos Hipólito Lázaro, la mejor garganta de la historia, único tenor del mundo que alcanzó dar el «FA» sobreagudo.

«KRON-VEST» la única hoja del mundo que alcanza la más ALTA NOTA de distinción por la suavidad en su afeitado.



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR «KRON-VEST» Y FÁCILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO «WALTER ROVER» DE 8.500 PESETAS

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

OJOS PARA VER

(RECUERDOS DE UN PERIODISTA)

Por Georges RAVON

EL PRIMER REPORTAJE

—Si la quiere usted ver, pase por aquí.

El inspector abrió la puerta y la mujer estaba allí, tendida sobre un jergón, fría, con los ojos castaños abiertos, fijos. Nadie se había ocupado de bajarle los párpados. Vuelto hacia mí, el policía la cogió por los cabellos.

—Jamás se podría creer que una cabeza humana pesase tanto.

Si, Es pesada una cabeza humana. Hasta aquella cabeza de mujer que, probablemente, nunca contuvo demasiadas ideas.

Yo no me sentía bien. El policía se quedó mirándome y pareció darse cuenta.

—No irá usted a caerse, ¿verdad? Se ve bien que no tiene costumbre.

—Es que... es mi primer reportaje.

—¡Le tratan a usted muy bien en su periódico! Vamos, muchacho, corra usted a tomar una copa de ron con sus compañeros. Están todos en el café de la Mairie.

De esta manera comenzo mi carrera de cronista parisiense una mañana del otoño de 1927 en el decorado desprovisto de toda gracia de la comisaría de Saint-Denis-Nord.

Puede ser que los jóvenes impacientes que me vienen a ofrecer candorosamente sus ejercicios literarios, que les parece que encajarán bien en «Le Figaro», ignoren tales comienzos. Pero yo, por mi parte, no estoy quejoso de esta manera un poco brusca de haber sido lanzado al agua.

Veinticinco años más tarde aun no he olvidado mi primera «cliente». Se llamaba Regine Querrerc, y la víspera de este día, al atardecer, si se ha de creer al forense, había muerto estrangulada. La pobre me enseñó en un cuarto de hora que el periodismo no era una diversión y que las elucubraciones del «flaneur» pagado no obedecían siempre a la fantasía.

Cuando volví a la comisaría calentado por la copa de ron, aunque no sereno, porque la bebida sobrepasaba mis fuerzas, el inspector, al verme en estado tan lastimoso, debió de pensar que me debía una compensación.

—Tiene usted suerte. Nos acaban de traer al asesino. Venga usted conmigo, vamos a interrogarle delante de usted. Sus compañeros no saben nada de su detención.

Yo saqué febrilmente el importante bloc de notas del que venía provisto, como todos los principiantes. Porque cuanto más seguro se siente un

I RAEMOS hoy hasta estas páginas las curiosas memorias de un periodista francés, Georges Ravon, del diario «Le Figaro».

La vida periodística de Ravon está sembrada de anécdotas curiosísimas que él incluye en este libro, escrito en un estilo ligero, ameno y de un atractivo indudable. El periodo que abarca Georges Ravon en sus Memorias va del año veintisiete al cincuenta y tres. El París de estos veintitantos años está enjuiciado con una ironía objetiva y un suave humorismo decididamente extraordinarios. La mayoría de los grandes personajes franceses desfilan por las páginas de «Ojos para ver». Sus manías, sus defectos, sus virtudes, nunca se le escapan al perspicaz reportero, hoy día uno de los más prestigiosos de Francia.

Desde las primeras páginas, G. Ravon se capta las simpatías del lector por su manera ingeniosa y rápida de narrar.

Sin solución de continuidad cuenta los momentos más dramáticos de su vida y las más divertidas anécdotas de su tiempo de cronista de la vida frívola del París del año 29. El libro entero es una adición de reportajes escritos en el mejor estilo periodístico francés.

Ravon, Georges. — «Des yeux pour voir, (Souvenirs d'un journaliste)». — París, Flammarion, 1953. 236 págs.

tular, un «ocho columnas», que ya era algo. Para una experiencia inaugural todo el mundo pensó que yo no me había portado muy mal. Mi posición en la casa ganó seguridad.

Dos días más tarde debíamos de saber la importancia de José. Lo dijimos en la cuarta página, entre los pequeños anuncios y los resultados de las carreras.

Casi sin ruido.
Felizmente.

GEORGES RAVON

DES YEUX
POUR VOIR



FLAMMARION

Onzième mille

periodista de su oficio, menos notas toma. Yo he visto a los grandes reporteros (Beraud, Albert Londres, etc.) hacer toda una entrevista sin tomar ni un solo apunte.

En fin, nuestro asesino estaba en el despacho del comisario, sin cuello y sin corbata; su culpabilidad era bien evidente. Dos hombres en mangas de camisa rodeaban a José, el cual no hacía sino recibir golpes.

—José, ¿te decides?

Pero José no respondía.

—¡Dilo ya de una vez!

—¡Di que has sido tú!

—No. Yo no he sido.

El inspector se dirigió a mí.

—Está ya maduro. Le vamos a dejar que descanse un poco. La cosa está hecha.

No tenía tiempo de asistir al final. Tenía que asegurar la edición y yo tenía el reportaje. Nosotros seríamos el único de los diarios de la tarde que lo tendría. En el periódico se me recibió con entusiasmo. «La Presse» podía hacer un buen título.

Para que ya era algo. Para una experiencia inaugural todo el mundo pensó que yo no me había portado muy mal. Mi posición en la casa ganó seguridad.

Dos días más tarde debíamos de saber la importancia de José. Lo dijimos en la cuarta página, entre los pequeños anuncios y los resultados de las carreras.

LAPICEROS DE COLORES

Bien diferente del ambiente que viví en «La Presse» era el ambiente que se respiraba en «Le Figaro», a donde yo me dirigí algún tiempo después llevando algunos trozos de mi prosa.

Este periódico acababa de ocupar el magnífico edificio de Rond Point en los Campos Elíseos, sobre el cual flota hoy su bandera. Escaleras majestuosas, bustos en los pasillos. Un silencio y una lentitud de buen tono.

Se me introdujo en el despacho del jefe de informaciones, del que el azar ha hecho hoy en día mi propio despacho. Me recibió un hombrecito de gafas, con la voz y los modales de una gran seriedad administrativa, que me intimidaron bastante. Yo no podía adivinar que Georges Bourdon, después de haberse distinguido como uno de los más brillantes corresponsales de guerra en las trinche-

ras de Tchaldja durante el conflicto balcánico, se había dedicado a organizar una profesión que tenía gran necesidad de ello. El había introducido el sindicalismo, contra el que clamaban los periodistas de la vieja escuela, que creían el individualismo y la bohemia inseparables del talento.

Georges Bourdon tenía una especial predilección por los lapiceros. Solía alinear una media docena de ellos en los flancos de una pequeña pirámide de cristal. Preciosos lapiceros multicolores bien afilados, amorosamente afilados, puntiagudos como agujas. Nada estaba menos indicado que hacer aquello que yo hice nada más entrar: tirar todos los lapiceros, al tenderle mi mano con los papeles que yo quería que él leyese.

—¡Mis lapiceros! ¡Mis lapiceros!—gimió mi víctima considerando con dolor las minas rotas que andaban por la alfombra.

Después añadió:

—¿Usted habrá venido también para alguna otra cosa?

Balbuzeante, yo le presenté mi candidatura.

—Déjeme sus pequeños artículos y ya les echaré una ojeada. Llámeme mañana por la tarde.

Me marché desilusionado. En la antesala dos ordenanzas sacaban punta a los lapiceros. Yo estaba seguro de haber echado a perder la mejor oportunidad de mi carrera.

Pero no conocía yo entonces a Georges Bourdon. Cuando le llamé a la mañana siguiente, me respondió sin preámbulos:

—Está bien. Pase por mi despacho a las cuatro y media. Comenzará usted a las cinco.

A las cuatro y veinticinco del día 2 de febrero de 1928, yo franqué la puerta de un periódico que no debía de abandonar en veinticinco años.

INFANTILISMO PARISIENSE

En esta época feliz, que alimentaba, por lo tanto, la nostalgia de la «belle époque», estaban de moda las «misses», las «reinas» y los «clowns».

El fútil París (con un poco de facilidad se podría hablar del estúpido París) estaba atacado del mal del circo desde que viera a los Fratellini. Ellos, considerándose en sí mismo, eran gente bastante simple, que de buena gana hubieran limitado sus ambiciones a divertirse a los niños, si una literatura barata con Jean Cocteau a la cabeza no les hubiera consagrado «clowns shakespearianos».

Los bellos señores y las bellísimas damas que desde hacía muchos años no comprometían su dignidad bajo el toldo de un circo nada más que para recompensar de tarde en tarde las notas excepcionales de sus retoños se vieron condenados, de la noche a la mañana, a una ración de circo dos veces al mes. El viernes de cambio de programa se convertía en una «soirée» de gala, en la que uno debía de ser visto y a la que asistían los personajes más importantes del momento. Cuando una duquesa tenía el honor, en el transcurso de una función, de ser abrazada por algún «clown shakespeariano» embadurnado de rojo, le parecía haber recibido los estigmas. Y los ministros se apelotonaban en el camerino de François, Paul y Albert Fratellini que se molestaban porque «sus excelencias» les tiraban al suelo sus accesorios.

No se vaya a sacar la conclusión de que a mí no me gusta el circo. Al contrario. Me entusiasma. Me encantan sus luces, sus perfumes, sus angustias y su música.

Pero aquello otro de lo que yo hablo no tenía ni pies ni cabeza. Ni corazón.

Eso se vió cuando el viento cambió.

Porque la apoteosis del «clown shakespeariano» fue breve. El Gobierno de la República acordó dar a los tres Fratellini una Cruz de Caballero para recompensar sus méritos. En el otro extremo de la capital, otro clown, el bravo Beby, que tenía también su corte de admiradores mundanos, recibió solamente el cordón violeta.

París se desinteresó del circo, y los «clowns shakespearianos», tan bruscamente abandonados como adoptados, se quedaron tan sólo en clowns, ejerciendo su oficio difícil y sin gloria. Hacia 1930 la capital, curada ya de crisis de infantilismo, devolvía los clowns a su verdadero público, el de menos de quince años, que no es por esto ni menos conocedor ni menos difícil.

«MISSES» Y «REINAS»

El gusto de los torneos de belleza, llegado de América, se mantuvo, por el contrario, hasta años

bien recientes, sin duda porque esto encubría una gran cantidad de combinaciones comerciales. Ha sido preciso la dudosa elección de «Miss Vice» y la escandalosa elección de «Miss Poubelle» para que un descrédito definitivo haya cubierto esos manejos.

Cuando yo hacía mis primeros pinitos en el reportaje parisense, la dirección estratégica de la elección de «Miss France», por la que se apasionaba la masa, estaba asegurada por M. Maurice de Waleffe, nacido en Kartoffel, y a quien nosotros llamábamos «el barón» sin malicia alguna.

M. de Waleffe era un compañero importante, pero afable. Cumplía su misión con gravedad mezclada a la vez con un gran candor. Sirviendo a «Miss France», M. de Waleffe creía servir a Francia.

Secundado por un Jurado de «técnicos», donde se encontraban muchos pintores seducidos por el lado canular del negocio, algunos comediantes y algunos hombres de letras, esta competición no se dejó ensombrecer como se hizo años más tarde por la sórdida explotación de pobres muchachas en beneficio de personajes sin escrúpulos.

Pero el éxito de las «misses» había excitado el ánimo de un mandatario de las Halles, Guy Duval, preocupado de dar a estas competiciones importadas un carácter nacional.

A «Miss France», él opuso «Mademoiselle Paris», que debería demostrar un espíritu lo bastante fino como para ser la embajadora de nuestra capital en los lejanos países donde se la llamara. Y así se hacía sufrir a la candidata un examen de cultura general y de elocuencia que debía de divertir bastante en su tumba a nuestro buen maestro Courteline.

Las concurrentes, vigiladas de cerca por madres explotadoras, mezclaban de una manera lamentable sus débiles conocimientos de historia, literatura y geografía, manifestando su deseo desinteresado de llevar «el rayo de la Ville-Lumière» a todos los rincones del mundo.

Había desvanecimientos, crisis nerviosas y asaltos de «catch» entre las aspirantes a embajadoras. M. Guy Duval fué incluso asaltado y abofeteado. Pero él había encontrado su camino y los frutos le parecían todavía pequeños. Cada año perseveraba en la misma línea.

Y cada año yo debía de escribir veinte líneas «bien parisenses» sobre un acontecimiento que lo era tan poco.

ENTREVISTADOS, ENTREVISTADORES

La «enquête» y la entrevista tienen naturalezas bien diferentes. El «enquêteur» consulta sobre problemas, que por regla general ellos ignoran, a personalidades que una elemental prudencia incita a la «derobade».

La «interview», por el contrario, se dirige a gentes deseosas de hablar de sí mismas o de sus proyectos, dispuestas a marchar delante del reportero aun antes de que las preguntas se produzcan.

La técnica de la operación varía según los intereses.

Existe el entrevistado a quien le falta invención o simplemente elocuencia, y a quien conviene ir sugiriendo frases.

—Yo querría preguntarle, mi querido maestro, qué es lo que usted piensa de la nueva moda. Pero, sin duda, usted cree que...

El «querido maestro» se limita a estar de acuerdo con las opiniones que se le prestan. Lo más que puede ocurrir es que ofrezca algunas tímidas reservas sobre algunos puntos.

Existe también el entrevistado seguro del momento, que recibe a su visitante con autoridad y le instala delante de una hoja de papel en blanco: «¡Escriba!»

Yo he conocido, en esta categoría, dos virtuosos: Paul Reynaud, habiéndome arrojado dentro de su propio sillón, bajo el cono luminoso de una lámpara de pie, se interrogó a sí mismo, a dos columnas, sobre un problema financiero que yo no hubiera sabido plantearle jamás.

Eugène Lautier, entonces subsecretario de Estado, que tuvo a bien concederme una entrevista sobre la reforma de la enseñanza, escrita ya en el orden del día, mostró la misma precisión y rapidez. Pero él incluía, además, en su dictado detalles pintorescos, tales como: «El ministro, un instante silencioso, sueña con los cientos de pobres franceses que pronto, quizá, verán abrirse para ellos las puertas de la enseñanza secundaria», o

bien: «Mi interlocutor echa una rápida ojeada a la agenda donde las visitas están apuntadas en número impresionante.»

Lo mejor de todas esas autoentrevistas en las que no me habían dejado disponer ni de una sola coma, es que después, cada cual, me envió una carta dándome las gracias, en términos amabilísimos, por haber traducido su pensamiento de una manera tan fiel.

«LE FIGARO» SE MUDA

El año 1939 había comenzado con una tranquilidad reconfortante. Todo parecía predecir tranquilidad. Pero, poco después yo tuve que cambiar mi estilográfica por una metralidora. Sólo once meses más tarde movilizado, en Clermont-Ferrand, yo volví a encontrar «Le Figaro».

«Le Figaro» había sido alojado en las oficinas de L'Avenir du Plateau Central, calle de Port, una calle estrecha y empinada que proyectaba fuera de sus tiendas exiguas a los vendedores de impermeables, de mecheros, de bolsos, puesto que todavía se encontraban en abundancia todas esas cosas y las pérdidas del éxodo hacían que el comercio marchase.

Nuestra Redacción ocupaba tímidamente las sillas dejadas libres por sus habituales ocupantes. No había firmas y cada cual hacía lo que podía, atendiendo siempre a lo más urgente. Por turno firmábamos la editorial, el reportaje, el artículo. Publicábamos entonces un «Carnet», en el que no incluíamos fiestas de sociedad o tonterías por el estilo. Allí se daban las señas necesarias para que las familias de franceses pudieran encontrar los miembros perdidos.

Pierre Brison, movilizado como capitán de Infantería y hecho prisionero cuando su unidad trataba de pasar el Loire, se nos unió después de una evasión llena de peripecias. Y a la primera ojeada echada a la situación del periódico se convenció de que debíamos salir de la Auvernia. De esta manera, las avanzadillas de la Redacción llegaron en aquella misma tarde a Lyon. Cinco habitaciones y una cocina, en la cual fué instalada la mecanógrafa. Pierre Brison, que en París vivía alejado de sus redactores, refugiado en su monumental oficina, trabajaba ahora codo a codo con sus colaboradores.

Después, otros acontecimientos fueron llegando: el desembarco aliado en Africa del Norte, la invasión de la zona libre. Luego, el desarme de los soldados franceses en sus cuarteles. Era imposible hacer otro periódico que no fuera el periódico del ocupante. Bien de ilusiones se extinguían.

El 5 de diciembre, Pierre Brison, con la valiente colaboración de la Administración de Correos, enviaba a los abonados la siguiente carta:

«Hemos luchado contra aquellos que en el periodismo o en las letras, por sus alabanzas y su oportunismo, renunciaban hasta a la condición de ciudadano francés.

Doy a los ciudadanos franceses la seguridad que ellos volverán a encontrar «Le Figaro» el primer día, fiel a sus deberes, conforme a sus deseos.»

Ese primer día tuvimos que esperarle durante más de veinte meses. Se despertó en la madrugada del 23 de agosto de 1944, cuando los coches rojos de los bomberos, simulando ir a apagar un fuego, distribuyeron, en las narices del ocupante, los primeros números, todavía clandestinos, de «Le Figaro» resucitado.

NOVEDADES EN EL LOUVRE

Después de la liberación, cada día era como una nueva etapa, que solicitaba la atención del periodista.

Se abrió de nuevo el Louvre; 85 obras maestras de las 4.000 que había, volvieron al redil. Era poco. Pero parecía muchísimo.

Lo primero que la gente quiso ver fué «La Gioconda». Los hombres quieren más vivamente a los cuadros y a las mujeres que han estado a punto de perder.

«La Gioconda» había sido instalada pomposamente separada de los otros cuadros.

—No ha cambiado nada—decía un burgués que llevaba con él a un muchacho delgadito.

Y explicaba:

—La habían escondido en un castillo de Lot. Para que los aliados no bombardearan los centros donde se habían acogido las obras maestras, se les había comunicado los lugares en donde se encontraban. Y una buena tarde, para darles a entender que buena nota habíamos tomado de esas indicaciones, la radio inglesa difundió una frase convencional: «La Gioconda, con su sonrisa...»

Pero si «La Gioconda» no había cambiado, muchos otros cuadros parecían haber rejuvenecido. Y es que un equipo de restauradores, durante la ocupación había estado trabajando pacientemente.

—¡Oh! Mira este cuadro. ¡Está completamente nuevo...!

Se trataba, en efecto, de «La Virgen del Conejo», que no tiene sino cuatrocientos años.

Pero lo que más atraía al público eran las evocaciones alimenticias.

—A esa gente no le faltaba el bistec.

Se decía delante del «Boeuf écorché», de Rembrandt.

Y más lejos, un americano, al pie de «La Victoria de Samotracia», se preguntaba inquieto:

—¿Bombardeada?

EL ULTIMO RECALCITRANTE

Por el contrario, M. Duval no interesaba ya a nadie. «Mademoiselle Paris» no interesaba y un gran concurso de «cocktails», organizado por él y disputado por las «queridas vedettes», había terminado en una barahunda imponente. Jurado y concurrentes tomaron demasiado a pecho sus papeles y discutieron los puntos de detalle... a botellazos en el cráneo. La Policía les tuvo que separar.

Entonces se le ocurrió la idea de reunir los Dupont, los Durand, los Duval y los Dubois, en una especie de hermandad parecida al Club de los Smith en Estados Unidos.

Para decidir a los Dupont, los Durand, los Duval y los Dubois, a salir de la penumbra donde de ordinario ellos permanecen modestamente, M. Guy Duval, presidente fundador de las Cuatro Grandes D, había sacado de los archivos una ordenanza del Rey Sol, fechada en 1696, otorgando a ciertas familias patricias la cualidad de «burgueses», primer grado de nobleza y el derecho de llevar armas.

Desde el momento en que cualquier Jean Durand hubiera hecho registrar sus armas, nada impediría a los modernos Durand, Dupont, Duval y Dubois, seguir su ejemplo.

Como los franceses aman las condecoraciones y los blasones, todo hacía suponer que en la comida inaugural de la Federación de las Cuatro Grandes D iba a sobrar gente, tanto más cuanto que M. Maurice Chevalier había prometido ir, para ser el padrino de los Dupont, Dubois, Duval y Durand. Pues... nada de eso. ¡Los grandes D no fueron más que 185! Ni uno más ni uno menos. M. Dupont de Nemours ni siquiera se excusó por la ausencia, y «padrino Maurice» tampoco asistió. Esto último hizo más ruido.

—¡Que nos devuelvan el dinero!—gritaban los Dupont, Durand, Dubois y Duval, haciendo ruido con las cucharillas en el plato.

Pero M. Guy Duval era el hombre de los recursos. Se subió al estrado.

—Amigos míos, acabo de recibir en este instante una carta de los Dulac y del los Dumont. Píden entrar en nuestra federación.

Y los Durand, los Dupont, los Dubois y los Duval, olvidaron otras cosas para hacerse solidarios rechazando las locas pretensiones de los Dulac y de los Dumont.

—¡Jamás! ¡Jamás!

M. Guy Duval respiró. Pero la experiencia le decía que esos festivales parisienses habían muerto. Poco tiempo después marchó a América, en donde hacía falta gentes como él. Después de él apareció M. Raymond Rodel. Quedan todavía muchas virtudes capitales (y eminentemente francesas) por explotar. Se puede tener confianza en la infatigable actividad de R. Rodel. Por mi parte yo le deseo buena suerte, ya que las circunstancias me han alejado de esos juegos.

Ahora ya soy un periodista de pupitre.



CEMENTO

EL MILAGRO DE UNA EPOCA

UN PERSONAJE IMPORTANTE
EN LA BIOGRAFIA DE ESPAÑA

CAMINOS, PUENTES Y PANTANOS REJUVENECEN NUESTRA GEOGRAFIA



Arriba: Panorámica aérea del moderno edificio del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, construido en Madrid.—Abajo: Vértigo y audacia de la Ingeniería española es este proyecto de sifón, realizado en el pantano de Guadalecán

EDDYSTONE es una vieja ciudad inglesa. Un pueblo en la costa, al que los marinos, los hombres del mar, en las noches de tormentas y ventiscas, buscan ansiosos, atraídos por las ráfagas potentes de su faro. El faro de Eddystone ha salvado la vida de muchos hombres.

Pero una noche, una noche endiablada de tormentas y rayos, el faro permanece apagado.

—¿Se habrá dormido el torro?

Los barcos, que han perdido su ruta en la oscuridad de la noche, rompen sus quillas contra los du-

ron acantilados. Sobre las rocas de la playa, despedazada en la arena, está la inmensa mole de la torre del faro. El huracán la ha convertido en polvo.

Es urgente su reconstrucción. Muchos marinos han perecido ahogados porque no han visto las luces de Eddystone. En el Parla-

mento se habla de la torre del faro. Se barajan los nombres de los más notables ingenieros.

—¡Smeaton, Smeaton es el mejor ingeniero de la isla!

Al día siguiente, el viejo Smeaton aparece en la sala del Parlamento.

—Queremos un faro que no lo derriben los huracanes. Un faro que dure como las Pirámides de Egipto.

La orden no era muy explicativa, pero la inteligencia y la inventiva podían suplirlo todo.

Smeaton, comisionado por el Gobierno, visita distintos lugares, recorre todos los puntos de la isla, y analiza las tierras y elementos que, combinados, le den una solución nueva para la fortaleza. Ensaya mezclas de cal fresca con ceniza de madera, morteros con mineral de hierro calcinado y un año más tarde, el ingeniero obtenía la solución: Dos bolas sumergidas en agua hacían a Smeaton dueño de una fórmula nueva, de un secreto mágico. Una caliza arcillosa calcinada, puesta en el agua, producía una mezcla fuerte, dura, compacta. Una masa desconocida. Un invento con nombre de tierra, como el nombre de Adán.

Había nacido un nuevo personaje en la historia del mundo. Un personaje nuevo. Nadie le conoce. Es joven. Nace con ganas de viajar por todo el

mundo y lleva en su etiqueta el signo de lo que nunca muere. El nuevo personaje se llama Cemento por nombre propio. Corren entonces los años de 1759.

La torre de Eddystone se levanta hoy fuerte, inmovible, como un gigante de piedra en perpetua vigilia contra las luchas del mar.

CAL, LECHE Y AZUCAR DE COCOTERO

A la salida o a la entrada de nuestras ciudades todavía se ven restos de viejas caleras, donde un maestro de albañilería iba, pacientemente, cociendo un barro rojo, que después se transformaba en ladrillo, o cambiando en una cal blanquecina las tierras arcillosas de los montes cercanos. El adobe se dejaba secar al sol. A la mañana siguiente, el arriero cargaba sus burros de pesados ladrillos y a muchas leguas de la calera se levantaba una nueva casa de mampostería. Dos mil años hacía que los romanos venían a hacer algo muy parecido al trabajo de nuestros bisabuelos. Antes del siglo pasado, nuestros palacios, nuestras casas, la técnica de la construcción desconoce la existencia de este joven personaje que nació en Eddystone y que todavía no ha sido presentado en España. Pero quizás no se haga esperar mucho. Tal vez venga de camino. Viaja sin visado de frontera.

Desembarca en España por el Norte. En Guipúzcoa nacen las primeras fábricas de cemento, con piedras extraídas del monte Oriamendi y del amplio recinto que hoy ocupa la Concha de San Sebastián. La fortificación del monte de Santa Bárbara, que el general O'Donnell manda levantar, es la primera construcción española que el cemento visita en nuestra Patria.

Muchos siglos antes de que el capitán Angulo, ingeniero de las fortificaciones de Santa Bárbara, realizase su primer experimento, los indios, que todo lo descubrieron, habían inventado una mezcla nueva para sus edificios. La

mezcla era algo así como una papilla para niños: cal, leche cuajada y azúcar de cocotero.

Al cemento se le añade un apellido ilustre. Portland es una isla a 150 kilómetros de Eddystone. En Portland abunda una piedra caliza fuerte, consistente, que ya adornaba los viejos edificios de Londres. De esta piedra arcillosa se obtenía más tarde un cemento artificial, que llevaría el nombre de la isla.

Ya las casas no se hacen sólo de piedra y ladrillo. El cemento interviene en los edificios, en los puentes pequeños, en las obras de regadío, en los vallados, en los cobertizos. Estamos en 1850. Faltan tan sólo cincuenta años para que el cemento llegue a su mayoría de edad. El hormigón armado. Cincuenta años para que los pueblos, los caminos, las calles de nuestras ciudades, los puentes y los pantanos cambien y transformen toda la fisonomía de España. El cemento, el hormigón armado, hace rejuvenecer la cara de los pueblos, arrugada por el tiempo.

LOS ALAMBRES DEL JARDINERO

El hormigón armado es como la edad militar del cemento. Monier es un jardinero francés, a quien ya le tiembla el pulso por los años, y es raro el día que no se le caigan de las manos las macetas de su jardín. Un día se le ocurre introducir en el agua unos alambres revestidos de cemento. El agua endurece la envoltura.

—Una patente, una patente para mi invento—grita el viejo Monier.

España conoce el adelanto de la nueva técnica a comienzos de siglo. En 1900, exactamente. Veinticinco años antes, en los Estados Unidos, Ward construye pisos con viguetas sobre perfiles metálicos anegados en hormigón.

Dos ingenieros de caminos van a moldear en estos primeros años el paisaje de España. Son Ribera y Zafrá.

Ribera es un hombre de extraordinaria simpatía y profunda

intuición. Tiene una audacia que sorprende y que a veces puede suplir en él su posible falta de técnica.

«Para hacer una cosa no hay más que ponerse a ello». Era su frase favorita.

Zafrá es un espíritu totalmente opuesto a Ribera. Uno de los más destacados talentos de su época. Cuando en 1910 se crea en la Escuela de Ingenieros de Caminos la cátedra de Hormigón Armado, es Juan Manuel Zafrá el primer profesor.

Los dos técnicos españoles llevan de la mano al crecido personaje y lo introducen en la buena sociedad.

Ribera se aventura pronto a la nueva obra y construye los puentes de Valencia y Alfonso XII; los sifones de Sosa y Albelda en Logroño. Un siglo llevan de existencia como testigos elocuentes de un primer y glorioso capítulo en la historia de la nueva construcción, de la nueva técnica.

Mientras Ribera trabajaba por el Norte, Zafrá traía al Sur sus nuevos proyectos, y sembraba en Andalucía indelebles recuerdos de su obra: los embarcaderos de Sevilla, puentes del ferrocarril suburbanos de Málaga, las grandiosas obras en las minas de Cala, un pueblecito de Huelva.

En el mismo dintel de nuestro siglo comenzaron a fabricar cemento las primeras industrias españolas. La Sociedad Tudela-Viguín instaló la primera fábrica de Portland en las cercanías de Oviedo. Poco después aparecieron los de Quinto, en Zaragoza; Rezola, en San Sebastián; Fradera, en Barcelona, y toda la geografía de España se poblaba de nuevas fábricas, que sumaban unas 30 industrias antes de 1936.

Otro eminente ingeniero español, entonces recién salido de la Escuela, se suma a la magna obra de renovación en las nuevas técnicas de las construcciones. Es don Alfonso Peña Boeuf. Tenía el joven ingeniero apenas veinticinco años. En reñida competición, a él se le confían las obras del nuevo y gigantesco acueducto de Tardienta en la provincia de Huesca, donde inicia su sistema de presas de anillos. El acueducto fué tan original como discutido en su tiempo. Los años dirían más tarde que Peña no se había equivocado.

La cara de España va cambiando. Su transformación es rápida, vertiginosa casi. A los viejos puentes y a las antiguas casas de ladrillo con vigas de madera suceden puentes de ferrocarril en arco de hormigón armado, fuertes presas de gravedad y edificios de un armazón que sólo el tiempo podrá envejecer.

EL CANAL DE ISABEL II

La primera piedra del Canal se puso a mediados del pasado siglo. Sus obras, de exquisita perfección, han seguido siempre en un avance creciente hasta convertirse hoy en un monumento más de la capital de España.

Antes de la creación del canal de Isabel II, Madrid se abastecía de las aguas del Manzanares o de las filtradas por las lluvias. En Madrid existían más norias que en todo el resto de España. Mil aguadores con 36.000 cubas pregonaban por las calles su



Dos bellas perspectivas de otros aspectos de la construcción española. El cemento ha revolucionado la técnica y lo que antes era un sueño hoy se convierte en extrañas formas reales

mercancía. En tiempos de escasez, el metro cúbico de agua se llegó a pagar a cuatro pesetas, cifra entonces tan respetable. Por cada transporte se pagaba alrededor de las dos pesetas.

Don Juan Bravo Murillo, entonces presidente del Consejo de Ministros, firmó un decreto por el que el Gobierno se encargaba de la ejecución de un acueducto derivado del río Lozoya. Ocho años más tarde se hacía la primera traída de aguas, que llegaban hasta el Campo de Guardias, donde hoy se encuentran las Oficinas del Canal.

Unos días después de este acontecimiento, don Lucio Valle, director de estas obras, recibía de la Reina esta expresiva carta:

«Valle: Si Carlos III viviera colocaría de tu pecho la Cruz de la Orden que instituyó para premiar la virtud y el mérito. A su nieta cabe la satisfacción de ponértela y a tu Reina Isabel la de apreciar tu talento.»

Cuando los trabajos del Canal entraron parejos en nuestro siglo, el cemento y el hormigón hicieron su visita de cumplido. Descubierta este personaje, ninguna obra se podía hacer ya sin su presencia. Presas, depósitos, bóvedas de esta urgente obra se familiarizaron con el hormigón armado que, desde la presa de Puentes Viejas acompañan al Canal hasta su terminación.

«Esta obra es de hormigón», dicen los madrileños cuando pasean junto al acueducto.

Y al decir hormigón quieren decir que es una obra tan fuerte como el hierro, como el cemento y el hierro.

EL CEMENTO, UN PERSONAJE ANFIBIO

Nació el cemento con ganas de ver mundo. Ya no son sólo los puentes, los acueductos, las casas, los canales los que acuden al cemento en demanda de seguridad, pidiendo la consistencia que no les daba el ladrillo desnudo. El cemento, un buen día, se cansa de pisar tierra. Quiere navegar. Y se lanza al mar. Al mar por el puerto de Barcelona.

En 1917, el ingeniero Miró Trepát, el mismo que más tarde edificaría el hotel Palace de Madrid y el monumental Ritz de Barcelona, construía en unos astilleros especiales de Mahat el primer barco de cemento. El nuevo buque, bautizado con el nombre de «Mirotres», podía cargar hasta 300 toneladas. Sus cuader-



La gran batalla del cemento y el hormigón armado. Impresionantes moles se alzan en la construcción de saltos y pantanos. Este es el de Peares

nas estaban formadas por jaccas de hormigón armado, y los costados y fondos, por una placa continua de siete centímetros de espesor.

Pocos meses duró la construcción de «Mirotres». El día de su botadura, Miró Trepát se estremecía ante un posible fracaso:

—¿Se hundiría?

—¿Navegaría el «Mirotres» como los demás barcos o, al caer en el agua, se iría derecho al fondo?

Era grande la expectación. En el puerto se acumulaba un gentío lleno de curiosidad.

El «Mirotres» saltó al mar. Contra su casco se estrelló la consabida botella de champán. Se abrieron las compuertas, y aquella mole de cemento se deslizó suavemente por el agua. Ocho nudos de velocidad alcanzaba el nuevo barco.

Era una nueva conquista del cemento en España. El hormigón había ganado al mar.

Al «Mirotres» siguieron otros muchos. Muchos barcos de cemento que incrementaban notablemente nuestra flota mercante.

EL MILAGRO DEL HORMIGÓN

Los años de la Dictadura están llenos de gloria para las obras públicas de España. Don Miguel Primo de Rivera se rodea de un equipo eficaz de hombres que se entregan, en un constante desvelo a la urgente y apremiante mejora de nuestras carreteras y ríos. Guadalhorce es el alma de esta empresa; de cerca le sigue el ilustre ingeniero don José Rodríguez Spiteri.

Es cada día más agobiante el problema de nuestras carreteras,

muchas todavía con los mismos perfiles de las viejas calzadas romanas.

En Bilbao comienzan los primeros hormigones de asfalto, que después se extienden a todas las carreteras y caminos, haciendo viables tránsito que el macadán y el duro polvo habían relegado y apartado de la circulación.

Al mejoramiento de carreteras se une la construcción de una extensa red de ferrocarriles que cruzan como arterias vivas toda la piel de España. Ya, ninguna distancia es larga. Las líneas del Norte quedan, por este tiempo, a la altura de las más confortables y exigentes líneas férreas del mundo. En el Ter, nuevos caminos de hierro se abren paso por llanuras y montes escarpados. Quizá, los ríos quedaran, en los tiempos de don Miguel, más favorecidos aún que los caminos.

La «política hidráulica» de la Dictadura no puede tener mejores consecuencias, y los nombres de Guadalhorce, Orbeagozo, Mayoral, Mendoza, Echarte y Aguinaga quedan unidos para siempre a los ríos Ebro, Guadalquivir, Guadalhorce, Esla, Alberche o Lozoya.

El cemento y el hormigón van ganando una batalla día a día. La batalla del tiempo. Los saltos de Menjíbar, El Carpio, Jándula, Valtodano, suman muchos millones de kilovatios.

El conde de Guadalhorce cambia el paisaje de la vega mala-gueña, poniendo sobre el río de su nombre el pantano del Chorro y un puente elevadizo, que simula un nido de águilas.



Vista general de la fábrica de cemento Rezola (Guipúzcoa), con las instalaciones deportivas, escolares y religiosas de la importante Empresa española



La producción industrial de cemento en España alcanza ya un índice elocuente. Nuestro país se ha convertido en uno de los primeros en la producción mundial. He aquí, sobre este gráfico, el emplazamiento de las fábricas españolas

Poco a poco, todas las regiones españolas se transforman, como por milagro de magia, al paso firme y seguro de este personaje, ya viejo y siempre nuevo en la biografía de España, que se llama cemento, hormigón armado. Nuevas fábricas dan vida a nuevas obras. Treinta industrias quedan abiertas antes del año 36, con una producción anual de más de dos millones de toneladas. Y las nuevas fábricas se llaman Goliat, en Málaga; Asland, en Córdoba; Ziurrena, en Bilbao; Iberia, en Toledo, por ejemplo.

EL MAYOR ARCO DEL MUNDO

A nuestro personaje le gusta hacer piruetas en el aire. Se levanta a alturas astronómicas.

Sobre el río Esla, afluente del Duero, por el año 1934, se comenzaba a realizar un gigantesco puente. Un viaducto que iba a batir el récord mundial de altura. Se comenzaron las obras, que dos años más tarde se paralizaban, porque nuestra Cruzada así lo exigía. Cuando el terreno quedó libre, allá fueron

ilustres ingenieros. Entre ellos, Peña Boeuf, Eduardo Torroja y Salazar. El viaducto queda a unos 23 kilómetros del ferrocarril de Zamora a La Coruña. Quinientos metros de longitud y una altura, en su arco central, de más de doscientos metros, donde los ojos del que mira hacia arriba se pierden en la última pirueta de la curva. Hasta hace bien poco el viaducto del Esla era el mayor arco del mundo, como un día batirían el récord mundial, si no en altura, en perfección, los puentes de Posada, en Córdoba; de Tardera, en Cataluña, o de Tempul, en Jerez de la Frontera.

La cubierta del frontón Recoletos, en Madrid; el hipódromo de La Zarzuela y el mercado de Algeciras, son, probablemente, el mejor exponente de los avances que en los últimos tiempos se han llevado a cabo en España en la dominada técnica del hormigón, y donde el experto ingeniero de Caminos don Eduardo Torroja queda consagrado como uno de las más destacadas figuras de nuestra época.

Durante los últimos quince años, el cemento gana su mejor trofeo. La política de un nuevo Estado nace al compás de la resurrección de España. Y son nuevos pueblos que nacen, como las ocho villas satélites de Madrid, que comienzan en 1952, con un presupuesto de más de seiscientos treinta millones de pesetas, a los nuevos poblados de los Monegros, o de Cataluña o de Andalucía.

Y junto al nacimiento de nuevos pueblos, de aldeas que se estiran, está el minero, ya imposible de enumerar, de modernas instalaciones hidráulicas, de embalses y pantanos que enriquecen la agricultura y la industria. En más de un millón y medio de toneladas se cifran las necesidades mínimas de cemento para el cumplimiento de la «Operación Badajoz», que, formando embalses nuevos o extendido en canales y acequias por toda la zona, ponen en regadío cien mil hectá-

reas de terreno de las vegas altas y bajas del Guadiana.

El «Plan Jaén» favorece, en las mismas condiciones, a la provincia andaluza.

Todas las regiones españolas conocen de cerca el historial último de nuevas presas y pantanos que vieron cómo se levantaban día a día. Los embalses de Iznar, en Córdoba, beneficiando el regadío de tres provincias andaluzas. El pantano de Forata, en Valencia, que pone en riego más de nueve mil hectáreas en doce pueblos levantinos. El gran salto de agua que bordea el lago Carucedo, en León. Doscientos mil millones de pesetas se invierten en la construcción del pantano del «Generalísimo» en el río Turia. Su presa de aguas es la cuarta del mundo.

Nuestras páginas son crónicas semanales que recogen este resurgimiento espirital y económico de España, en el que, sin duda, el cemento es duende con nombre propio.

LA CONQUISTA DE LA CIUDAD

No sólo nuestros campos han tomado fisonomía nueva, sembrando a lado y lado de los ríos puentes y viaductos con arcos en las nubes. El cemento se quita su traje de hombre de la tierra, de campesino fluvial y entra por la puerta grande de los pueblos, de las capitales de España.

—En la autopista de Barajas se pueden comer sopas—dice un madrileño castizo.

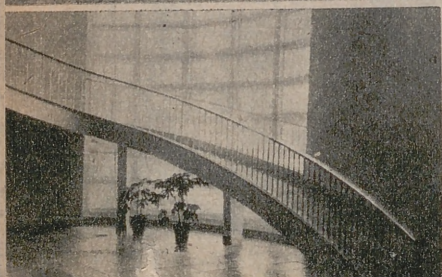
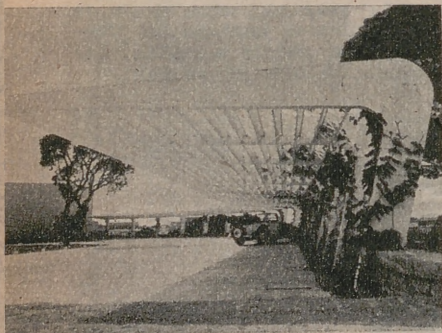
Y en la de Barcelona. Y en la de muchas capitales españolas. El cemento reviste, con la mayor elegancia, las entradas de nuestras ciudades. Y cuando se entra en ellas, ahí están sus calles, que ya no conocen las piedras levantadas. Tersas y limpias están. Brillantes y fuertes las fachadas de sus nuevos edificios. El urbanismo ha tenido que aliarse con el cemento para ganar la elegante pulcritud de sus calles, de sus avenidas, de sus parques.

Y en las afueras de la capital, los campos de deportes, las piscinas. Hace tiempo que el joven personaje que un día crease Smeaton se ha convertido en espectador constante del fútbol. Ahí está la tribuna metálica con estructura de hormigón armado del campo de Las Cortes, en Barcelona, o el campo de La Rosaleda, o los infinitos campos de fútbol que se extienden hoy a lo largo de todos los pueblos de España.

Cuando en los altos graderíos de Chamartín, en una buena tarde de la Liga, un aficionado teme ante un posible aterrizaje, por el número infinito de espectadores que pisan las gradas, otro le dice:

—No temas. Esto resiste. ¿No ves que es de hormigón?

Estética, belleza plástica, seguridad incommovible. Caras nuevas para los campos y los pueblos de España. Un personaje que, a principios de siglo, pisaba por vez primera nuestro suelo, da hoy a la geografía española un nuevo paisaje, una línea nueva. Todo ha cambiado.



Gracia y línea aérea en estas dos fotografías tomadas en el Instituto Técnico de la Construcción

CANDILEJAS DE ALTA COMEDIA

"LA OTRA ORILLA"

UNA OBRA DE HUMOR QUE BORDEA EL DRAMA

DIALOGO ENTRE BASTIDORES CON J. LOPEZ RUBIO

"LA VERDADERA CATEGORIA ARTISTICA ESTA EN EL TEATRO"

cajetilla de «Chester», de los cortos.

Uno comprueba el funcionamiento de un magnetofón. Otro coloca en la escena un brazo desnudo de un maniquí femenino. Cruza, en mangas de camisa, repasando el texto mecanografiado del primer acto, un traspunte. Suena un timbre. En una rincón, dos actores vestidos de policías de tráfico se ajustan por centésima vez el correaje blanco. En todas las caras se advierte la preocupación; en todos los gestos hay una vibración nerviosa. Aparece, como brotado de las tablas, un hombre vestido con un oscuro traje gris, que acentúa la palidez de su rostro. Tiene una expresión ausente. Responde, un poco mecánicamente, a los saludos. Anda de acá para allá, sin encontrar, a lo que parece, ni camino definido, ni lugar cómodo. Tira un pitillo a medio consumir. Pisa con cuidado la punta encendida. Avanza tres pasos. Se detiene. Saca otro pitillo y lo enciende. Es el autor: José López Rubio. Le saludo y exclama:

—¡Me coge usted en un momento bueno!

Alguien ha pedido silencio. Un electricista baja una palanca y

Ambos lados de la puerta del teatro se han parado unos grupos de curiosos, de público anónimo atraído por la llegada del público renombrado que acude al estreno. La calle saluda, con sus comentarios ingenuos, a la fama.

—¡Mira! Ese alto, de pelo negro y traje gris, es Rabal. El de «Edipo». Parece más alto y más delgado que en la escena.

—Los que están igual que en el cine son Julio Peña y Susana Canales.

Las «caras conocidas» van llenando el vestíbulo de la Comedia. Entran la silueta estilizada de Domingo Ortega, coronada por un penacho de canas, y el perfil rotundo del doctor Zumel. Llegan, los dos, con sus esposas, después de haber cenado juntos en el Buffet Italiano. Tras ellos, la sonrisa abierta de Cesáreo González, acompañado por Alberto Closas, un actor de cine argentino, de origen español y buena facha, que va a rodar aquí, dirigida por Bardem, una película titulada «La muerte del ciclista». Y Víctor Ruiz Iriarte. Y Julia Maura. Y Manuel Casanova. Y Adolfo Torrado.

Luisa, la popular y simpática florista, prende nardos en las solapas de los caballeros y ofrece ramilletes de claveles a las señoras.

Se cambian saludos y sonrisas. Los porteros cortan rápidos las entradas. Apenas faltan cinco minutos para que se alce el telón y la compañía de Conchita Montes comience el estreno de «La otra orilla», de José López Rubio.

«¡ME COGE USTED EN UN MOMENTO BUENO!»

En el escenario, tras el telón, se dan los últimos toques al decorado. Se cruzan órdenes y advertencias.

—Avisame antes de «levantar».

—Aparta un poco esa silla y pon algo más sesgado el sofá.

Una actriz alta y rubia, Mercedes Albert, pide:

—Rafaelito, que me traigan una



El cuadro entero de actores felicita a López Rubio por su éxito

desconecta otras tres en un pequeño cuadro de mando. Se encienden las candelijas. Conchita Montes, vestida con un traje negro, sale de su camerino, estrecha entre las suyas las manos de López Rubio. Los dos se miran y se desean suerte en silencio. Al cabo de unos segundos ella encuentra unas palabras:

—Todo saldrá bien, Pepe. Y se dirige a la escena. El autor enciende un puro. Se oye la subida rápida del telón. Conchita Montes y Manuel Collazo inician el diálogo primero, frente a las luces azules y amarillas de las candelijas. En una entrada lateral, Rafael Alonso dispara varias veces con una «detonadora». Alguien pone en marcha el magnetofón y se proyectan al escenario los aullidos lastimeros de un perro y el zumbido agudo de una sirena. Más disparos. Pedro Porcel se incorpora a la acción de la comedia. Al rato le sigue Rafael Alonso. Y quedan, cara al público, los cuatro «muertos». Porque «La otra orilla» arranca de una situación curiosa y original: las primeras impresiones al borde del «más allá» de tres hombres y una mujer a los que acaban de matar. «Jaime» (R. Alonso) ha liquidado a tiros a su mujer, «Ana» (C. Montes), a «Leonardo» (M. Collado) y a un vecino, «Martín» (P. Porcel), que nada tenía que ver en el asunto. A «Jaime», al matador, le han despachado con seis disparos los policías.

No es buen momento para abordar al autor. José López Rubio —como todos los demás autores— lo pasa mal, muy mal, du-

rante el estreno. Son momentos éstos a los que, por lo visto, ninguno de los personalmente afectados termina de acostumbrarse. Ni los autores, ni los actores, por mucha veteranía que tengan. Como no se acostumbra los toreros al mal momento del patio de caballos, pese a los años de alternativa.

«LA OTRA ORILLA» ACEPTADA A LA PRIME- RA LECTURA

También anda algo nervioso Edgar Neville, director de la compañía, aunque su figura maciza le ayuda a aparentar una serenidad mayor. Además tiene fe en el éxito de la obra:

—López Rubio nos leyó «La otra orilla» la primavera pasada. Y nos gustó tanto que, a la primera lectura, quedó aceptada para el primer estreno. Creo que será un éxito extraordinario. No es una obra fácil para los actores. No tiene «parlamentos» largos y además hay que mantener, en ella, el ritmo entre las dos acciones que juegan y se mezclan en la escena: la de los «muertos» y la de los «vivos». Cualquiera tropezó, cualquier discordancia, cualquier falso tono, «sacaría de situación» al espectador.

Llega del patio de butacas, amortiguado, un rumor de risas. Neville resume:

—En definitiva, la comedia aborda el misterio del tiempo que media, que corre, entre la muerte aparente y la real.

Edgar Neville, por su parte, tiene terminados ya los dos primeros actos de una nueva comedia suya:

—Voy a titularla «A delita». Es, en cierto modo, la terminación, la conclusión de «El baile». Y preparo, para otras compañías, «Rosita», un sainete, y «Rapto», una comedia para galán maduro, dama joven y galán y actor de carácter.

La representación avanza. Neville se pierde por los bastidores. Arriba, en el alto vacío oscuro, cuelgan unas decoraciones y penden inmóviles unos cables. En un rincón, frente a la entrada lateral izquierda del escenario, López Rubio escucha, sentado en una silla de tijera, su comedia. Se seca el sudor de la frente con un pañuelo blanco. Hace mucho calor. Los radiadores del escenario funcionan a todo gas.

Alicia Agut, vestida de chica de servicio, sale contenta de la escena. Conchita Montes la descubrió para su

compañía oyéndola decir en «Medea» solamente una frase: «Suelta el hierro y escapa. Vete. Huye sin añadir la sangre de tu sangre a las ya horrendas y lloradas muertes».

El primer acto ha terminado. Estallan los aplausos. Conchita Montes viene a buscar al autor:

—Vamos a saludar. Es un éxito, Pepe. Tengo la lengua de corcho, me tiemblan las manos. No sé ni cómo puedo hablar.

TENGO LA SUERTE DE SER LO QUE HE QUE- RIDO

Los amigos invaden el escenario y durante unos minutos se suceden, se multiplican, se mezclan los abrazos, las enhorabuenas, las felicitaciones, al autor y a los actores. Después, pasada la primera oleada de alegría, se forman corrillos.

Alberto Closas saluda a Joaquín Calvo Sotelo y le transmite los saludos afectuosos de Lola Membribes. Edgar Neville explica a una «rueda» de señoras que ante todo es la obra, luego los intérpretes y, por último, la dirección. Y que cuando ésta es buena, no se nota y las cosas suceden en la escena como si no vieran otra forma de suceder.

López Rubio, algo más tranquilo, enciende otro pitillo. Todavía no las tiene todas consigo.

—Ni todas ni tres o cuatro. Hasta el final nunca se puede estar tranquilo. Antes de cada estreno paso unas noches tremendas. Estoy sin dormir, como un reo en capilla...

Esboza una sonrisa. Hay una perceptible concordancia entre su gesto natural de hombre no envanecido y sus palabras.

—«La otra orilla» no persigue ninguna tesis trascendental. Está, como mis otras obras, en una línea de humor que bordea el drama, pero que no se adentra en él. Yo, francamente, no siento el drama. Y, por lo tanto, no puedo escribirlo; me suena a falso. Prefiero el semitono, medio en serio, medio en broma, de la comedia. «La otra orilla» la imaginé en un viaje de Madrid a Toledo. Debía haber ido con Jean Cocteau y Edgar Neville. Pero no recuerdo ahora por qué, se estropeó la combinación y fui solo. Cuando llegué a Toledo ya tenía todo el asunto de la obra planeado. No soy un escritor veloz. Necesito tiempo por delante. Y, desde luego, fumar mientras escribo. Y levantarme a ratos, dejar la pluma, poner un disco, enredar en algo, moverme... Esta obra la he pulido quizá más que ninguna...

A la concordancia de gestos y palabras acompaña una conformidad cierta entre sus deseos y su vida.

—Tengo la suerte de ser lo que he querido. Creo que ya a los cinco o seis años me atraía el teatro. Entonces, ser actor, maquillarse, vestirse trajes no habituales, representar un papel, penetrar en la vida de los personajes, me parecía la profesión más maravillosa del mundo... Estoy contento, y mucho, de ser autor teatral. Quizá lo único triste sea la profesionalidad. El vivir de la pluma. Porque yo no tengo otros ingresos que la venta de mis obras. A mí me «menean» una comedia y me crean un conflicto. Me trastornan la economía...



**Delineante
MECANICO Y
CONSTRUCCION**

Cursos por correspondencia

ASIGNATURAS

Que se estudian en estos Cursos: Teoría del Dibujo, Técnica del Dibujo, Perspectiva, Rotulación, Elementos de Construcción, Elementos de Máquinas, Cálculos de Taller, Geometría, Arquitectura y Práctica de Dibujo.

GRATIS

Entregamos Compás, Bigotero, Tiralíneas, Juego Escuadras, Plantilla Curvas, Cargador automático y hasta 17 piezas de dibujo a todos los Alumnos que siguen estos Cursos.

OTROS CURSOS: APAREJADOR, TÉCNICO DE LA CONSTRUCCIÓN, TOPOGRAFO, HORMIGÓN ARMADO, DECORACION, TECNICO MECANICO.

CEAC Depto. 466 Apartado Correos 1140 - BARCELONA

SOLICITE FOLLETOS GRATIS

López Rubio ganó un concurso de autores noveles, convocado por «A B C» el año 1929, con «De la noche a la mañana». Al año siguiente estrenó «La casa de naipes». Desde sus primeras obras se reveló como un maestro en el difícil arte del diálogo.

—Tenía veintisiete años cuando me ofrecieron un contrato por seis meses como mínimo, de 200 dólares a la semana, y viajes pagados, para ir a Hollywood a escribir diálogos y guiones en castellano. Allí pasé unos años —estaba también Jardiel Ponceña—, y fui luego a Cuba y Méjico. A mí el cine me ha servido, sobre todo, para viajar, para ver mundo, para adquirir experiencia de otras tierras y otras gentes y para aprender un idioma...

Con este viaje a América se inició la etapa cinematográfica de López Rubio, que, de vuelta a España, dirigió algunas películas —«Pepe Conde», «Eugenia de Montijo», etc.— con diversa fortuna. Volvió al teatro al estrenar, en 1949, en el María Guerrero, «Alberto». Y lo prefirió al cine:

—La verdadera categoría artística está en el teatro. No en balde tiene una solera bimilenaria. El guionista suele estar condicionado por la servidumbre a los intereses materiales. El autor teatral realiza una labor de creación artística mucho mayor.

Conchita Montes, que ha oído las últimas palabras de López Rubio, apoya también, desde el punto de vista de la actriz, al teatro:

—A mí el cine me descubrió la vocación para el teatro. El trabajo del actor de teatro tiene, comparado con el del actor de cine, mayor contenido de creación personal. En el cine, la influencia del director es decisiva. El actor cuenta menos. ¿No ha visto las películas de la mula Francis?

Y López Rubio remata:

—Por eso muchas veces, aun perdiendo dinero en el cambio, los actores de cine que tienen ambición artística se asoman a las tablas. En España y fuera de ella...

Una voz ha avisado: ¡tercera! El escenario está otra vez vacío. los actores adoptan la postura marcada, mirando hacia un ventanal y dando casi la espalda al telón. Va a comenzar el segundo acto de «La otra orilla».

FUMAR Y ESPERAR. AUTOR DE MAS DE UNA OBRA

Han vuelto, al levantarse el telón, los nervios y las caras de preocupación. López Rubio fuma y observa:

—Al autor en el estreno, como al padre mientras nace el hijo, no le queda otro recurso que fumar y esperar. No se puede hacer otra cosa.

Nos sentamos, un momento, en el camerino de Conchita Montes, sobre un diván rojo. A nuestra izquierda, un biombo, pintado en franjas verticales negras y blancas, divide en dos partes la habitación. Detrás de él, un espejo bien iluminado y varios vestidos colgados en cruces.

López Rubio calla. Se diría que hace un esfuerzo por penetrar, a través de las paredes, a través de las decoraciones, en el



Izquierda: El tramoyista prepara uno de los trucos de la obra «La otra orilla».—Derecha: Mercedes Albert bebe castizamente en un descanso de su interpretación

ánimo del público. Cuando le pregunto rompe a hablar con tono de monólogo:

—El teatro encierra muchas cosas. No sólo ideas, no sólo acción. Para hacer teatro es necesario poseer un instinto de captación del público, una especial intuición de la medida, del tiempo que requiere cada escena, cada situación. Comparándolo con la novela, la mayor dificultad está en la necesidad de condensar, de compendiar, sin perder fuerza, sin disminuir el interés. Un minuto, en el teatro, puede ser un siglo. A mí mis obras nunca me satisfacen por completo. Me gustan algunos trozos...

He mencionado —¡cómo no!— «Celos del aire». Y él, a su vez, ha debido pasar revista mentalmente al resto de su producción —«Veinte y cuarenta», «Cena de Navidad», «Una madeja de lana azul celeste», «El remedio en la memoria», «La venda en los ojos»...—, porque replica:

—Siempre se refieren a «Celos del aire». Casi la he cogido rabia. No soy, ni se puede ser, autor de una sola obra. Una no es ninguna. La aspiración debe ser

escribir cincuenta o cien. Luego, naturalmente, unas serán buenas y otras no...

Salimos del camerino. Se encamina a la silla donde estuvo sentado durante la representación del primer acto, a la colocada frente a la entrada al escenario por el lateral izquierda. Se sienta. No sé qué movimiento ha hecho y el pitillo, ya por la mitad, se ha caído justo en una ranura, entre dos tablas. Se inclina y después hurgar tres o cuatro veces logra sacarlo. Lo apaga. Enciende otro. Se inclina hacia adelante y apoya los codos en las orillas. Alza las cejas y entorna los ojos. Escucha impasible, en apariencia. La mano izquierda sube, a ratos, el cigarrillo a los labios, que aspiran el humo y lo soplan sobre la punta encendida.

Mercedes Albert arranca una ovación en un mutis. López Rubio la felicita. Ella exclama alegre:

—¡Qué a gusto se trabaja cuando una obra gusta!

Viene con la garganta seca y bebe agua de un botijo que le ofrece otro actor. López Rubio ha



La compañía, con el autor, recibe en escena los aplausos del público. Todo ha salido bien

vuelto a su inmovilidad. Escucha como un médico que ausculta el pulmón del silencio. Hay, según dice, una diferencia para el oído experto, entre el silencio hostil y el silencio favorable del patio de butacas.

En contraste con su preocupación, a menos de un metro, junto a él, sentado sobre un arcón de madera y apoyado sobre la manivela de una máquina, duerme despreocupado, y rendido, un tramoyista.

LAS OPOSICIONES A BENAVENTE Y EL SENTIDO DEL OPTIMISMO

El segundo acto obtiene más éxito aun que el primero. La obra va para arriba. Mientras el autor y los actores corresponden, saludando desde el escenario, a las ovaciones del público, Antonio Basabe, el «maquinista» de la Comedia, recordando la permanencia en el cartel de «El baile», de Neville, profetiza:

—Ya tenemos aquí otro «Baile».

Se habla, y se ha hablado, mucho sobre la crisis del teatro. Cuando apuntamos el tema a López Rubio surge lo de las «oposiciones a Benavente».

—¿Crisis del teatro? Quizá solamente pueda hablarse de crisis teatral en un sentido: como resultado de la expansión de espectáculos mayoritarios más baratos, como el cine y el fútbol. Y aun desde este ángulo, quizá fuera mejor hablar de «evolución» que de crisis. Al convertirse, por la imposición de los tiempos, en un espectáculo minoritario, el teatro no ha tenido más remedio que intelectualizarse. Y en otro sentido, ¿por qué hablar de crisis? Por el número de autores no será, porque cuatro o cinco —que no es una cifra muy crecida— pueden hacer un siglo de oro.

Hace una pausa. Se acentúa la curva levemente burlona que alza las comisuras de sus labios y, por no sé qué asociación de ideas, concluye el párrafo:

—Ahora, después de la muerte de don Jacinto, parece que existe la preocupación por ver quién ocupará el puesto de Benavente. Vamos, algo así como si se hubieran convocado oposiciones a la sucesión a Benavente. Y ya saldrá el sucesor. Entre los de hoy o entre los de mañana. A lo mejor el Benavente próximo anda todavía haciendo palotes en la escuela.

¿Qué obras no suyas le hubiera gustado escribir a José López Rubio?

—Desde luego, alguna de las que creo que, con suerte, podría haber escrito. Obras que concuerdan con mi idea del teatro. Por ejemplo: «La plaza de Berkeley», de Balderston, que he traducido. O «Marea baja», de Peter Blackmore, que ha traducido Conchita Montes. En suma, nada genial. Cosas que podrían estar a mi alcance con suerte.

López Rubio se refiere con frecuencia a la suerte. ¿Se considera desafortunado?

—No. Aunque he pasado mis apuros y me he quedado, a veces, sin comer —eso sí, manteniendo siempre la buena apariencia exterior, como los hidalgos de la picaresca, que se huntaban migas en el bigote para fingir banquetes—, no me he quejado nunca de la suerte. Suelo pensar que no he tenido calvario, que lo

he encontrado todo fácil. Jardiel Poncela me decía: «Yo soy un optimista-pesimista y tú un pesimista-optimista». Sabía que yo, aunque reconozco la condición de inevitable del sufrimiento humano, deseo un mundo sin dolor, sin angustia... Sí, creo en la suerte como algo que nos rodea y nos acompaña, como un «plasma» o un halo personal...

MUCHAS GRACIAS A TODOS

Al caer el telón por última vez, terminado el tercer acto, se disipan todas las preocupaciones. La comedia obtiene uno de esos éxitos que se llaman «de público y crítica». O lo que es igual: comedia de buena taquilla y buen arte.

Durante los primeros minutos se desatan los nervios de todos, que todos, quién más, quién menos, han estado en tensión toda la noche. Rafael Alonso abraza a



José López Rubio, autor teatral que ha obtenido un nuevo éxito con su reciente estreno

López Rubio y canta con su voz sonora:

—Pepito, Pepito, Pepito...

Conchita Montes repite una y otra vez:

—¡Qué compañía más buena tengo! ¡Qué bien habéis estado todos!

Uno de los actores, que debe ser la primera vez que trabaja con ella y que no ocupa, desde luego, uno de los primeros puestos del reparto, felicita a la primera actriz:

—Enhorabuena. Estoy encantado de haber trabajado con usted.

Y ella, abarcando con un gesto de brazos abiertos a varios actores que se han unido al de la felicitación, contesta:

—Y yo estoy orgullosa de haber trabajado con vosotros.

Solamente unos acomodadores que van extendiendo unas lonas claras sobre las barandillas de los palcos, y unos hombres que retiran algunos elementos de la decoración, se mueven en silencio y como ajenos a todo lo que no sea terminar su trabajo y marcharse.

Un señor se acerca a Conchita Montes. Los dos se abrazan.

—¿Te ha gustado la comedia, papá?

—Sí, hija. Es muy bonita. Y tú has estado muy bien.

—Díselo a mamá.

Porque su madre, por consejo de la propia actriz, no acude a los estrenos. Conchita Montes procu-

ra evitarle así el mal rato que se pasa hasta ver si la obra termina con felicidad.

—Yo—dice—, si pudiera, no asistiría a mis propios estrenos.

Y sonríe, aliviada ya de la tensión nerviosa de toda la noche. Y brillan tranquilos, con un destello de buen humor, sus grandes ojos negros. También en el arte de la interpretación —ella dice que interpretar es una manera de escribir—la sencillez es el fruto del trabajo intenso y de la experiencia.

López Rubio escribe en una hoja grande. Cuando termina, se la pasa a Conchita Montes, que añade unas letras. Y luego, por último, firma Edgar Neville. Alguien recoge el papel y lo fija en un tabloncillo de anuncios que cuelga en uno de los pasillos laterales del escenario.

En el papel han escrito, con una extraña tinta marrón clara: «Muchas gracias a todos, de todo corazón, por su maravillosa colaboración.—José López Rubio.»

Debajo: «Lo mismo digo, en prosa.—Conchita»

Y más abajo aún, esto, con tinta azul: «Neville».

LOPEZ RUBIO: INTELIGENCIA Y HUMOR

José López Rubio nació en la provincia de Granada, en Motril. Desde muy pequeño, con dos o tres meses, vino, con sus padres, a vivir a Madrid. Y alguna vez, según dice, le asoma un ramalazo andaluz.

Me he referido a la concordancia de sus gestos y sus palabras, de sus deseos y su vida. Y hay algo más que completa, en el mismo sentido, su semblanza. O, al menos, la impresión que produce a primera vista. Quiero decir, a primera entrevista. Es esto: el ritmo acorde que existe, según parece, entre sus ideas y sus obras. No es un humorista malhumorado, cortado por el patrón clásico por el que muchos temperamentos tristes buscan un consuelo artificial, una compensación a su melancolía, en la creación literaria irónica, en la obra de humor. Ni creo que sea tampoco, pese a sus afirmaciones rotundas sobre la influencia de la suerte, eso que suele llamarse un fatalista. A la suerte se la ayuda con el trabajo. Y él no tiene aspecto de literato holgazán. Sin contar, con que muchos de los descansos aparentes de los escritores, por no decir que todos, son siempre períodos de carga, etapas de acumulación de observaciones y experiencias que luego, un día, no importa cuál, cristalizarán en su obra, serán un estupendo acto en una comedia o un capítulo extraordinario en una novela.

El, claro está, lo sabe:

—Hay una edad en la que, naturalmente, por lo que se ha visto, por lo que se ha vivido, se puede empezar a «dar», a escribir apoyado en la propia experiencia. Quizá por eso el teatro, en general, sea un arte de madurez. Y, desde luego, de observación directa de las costumbres, de los ambientes, de los hombres.

Cuando le pido a Conchita Montes que defina a José López Rubio en dos palabras, contesta sin vacilar:

—Inteligencia y humor. ¿Vale?

—Vale. **Diego JALON**

MOVILIZACION GENERAL EN NUESTROS CONSULADOS DE AMERICA

EL PLAN "ROMERIA A ESPAÑA"

ALGO NUEVO Y DIFICIL DE CREER



SORPRESA Y ASOMBRO ENTRE LOS ESPAÑOLES MODESTOS DEL OTRO LADO DEL ATLANTICO

Algunos de los ochenta españoles que vuelven a su Patria después de muchos años de ausencia

MOVILIZACION en los Consulados españoles en América. El plan «Romería a España», por el que se invita a un viaje a nuestro país a los emigrantes, ha sorprendido a muchas gentes modestas que veían muy lejana la posibilidad de un regreso a la Patria.

En Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Veracruz, La Habana... se organizan las expediciones de una prodigiosa «Romería». Algo nuevo y difícil de creer. El viaje a España es gratuito.

Un grupo de emigrados europeos comenta en un café portuario. Encima de un velador tienen un periódico extendido: «También nuestro país podría organizar una cosa así.» Hablan de la invitación que el Gobierno español hace a sus emigrados en América.

En los Consulados las solicitudes son seleccionadas por orden de méritos. Se tiene en cuenta la situación económica de los peticionarios. Puntúan los hijos que no conozcan España. Se atiende especialmente a las familias numerosas.

Luego se aproxima la emoción de la despedida. Marchar es morir un poco, aunque en esta ocasión la partida es hacia un rejuvenecimiento. Hacia una vuelta a los paisajes familiares de cuando se era más joven.

Unos barcos son españoles, y en ellos al cruzar la pasarela parece que ya se sale de la emigración y se deja de ser un expatriado. Otros son barcos extranjeros ya que en el plan «Romería a España» colaboran buques de las grandes Compañías que hacen el servicio de viajeros trasatlánticos.

Las grúas apuran la carga, y en la cubierta, en la borda que da al muelle, se apiñan los pasajeros Cruzan frases: «No te olvidas de darle recuerdos al abuelo.» «¡Que visites a la Santina!»



Enrique Alvarez Alvarez, asturiano, que emigró hace veinticuatro años de España

UNA VIEJECITA CAE DE LA LITERA

Ya levantan la pasarela. Suena fuerte, atronadora, la sirena. Sueltan las amarras y la nave parece vibrar en la primera maniobra. Entonces es cuando se produce esa emoción especial de los pañuelos. Suena la sirena otra vez. Alguien enjuga una lágrima y hasta hay quien no quiere ver la escena final, ni la estrategia de los remolcadores, ni cuando la nave trasatlántica cruza la boca del puerto, ni cuando se aleja camino adelante del mar. Pero otros sí siguen la estela del barco hasta que su figura se hace muy pequeña y parece hundirse en un mar de distancias.

Barcos de la Trasatlántica, de la Ybarra, de la Aznar; pero también de la Compañía Italia,

de la Compañía Argentina Dodeo, de Transportes Maritimes, de la Mala Real Inglesa, de la Compañía del Pacífico... toman parte en ese transporte emocionado de emigrantes españoles que vuelven en «Romería»

Ese Atlántico, que fué mar tenebroso, se nos va quedando chico con los medios modernos de navegación aérea y sobre el mar. Y puede tomarse ya al océano, que según la leyenda emergió a los atlantes, como un alegre charco de «Ronda Española» y «Romería a España».

Pero si las distancias parecen achicarse, no ocurre así con las tempestades, que siguen siendo de tamaño natural. En previsión de accidentes, ha habido que hacerles un Seguro a los expedicionarios de esta «Romería»; un Seguro del Emigrante, por el que no es preciso pagar pólizas ni cuotas. Y la verdad es que esta precaución ha sido acertada, ya que acaba de llegar un «radio» desde alta mar en el que se comunica que la anciana de setenta y cuatro años Jovita Pérez Espasante, señora de Junquet, en un temporal no perdió la euforia del viaje y ha prestado auxilio a las amigas de camarote que se mareaban. Llevada de ese clima de generosidad que existe entre los componentes de las expediciones de la «Romería» la señora de Junquet ha cedido su litera baja a una compañera de viaje víctima del mal de mar. Se ha instalado en una litera alta, y en uno de los fuertes bandazos de la tempestad se ha caído al suelo, fracturándose dos costillas. El comunicado añade que esta señora está ahora bastante mejorada, pero que se le advierten algunos síntomas de bronquitis traumática. Por lo demás — termina diciendo la nota radiográfica —, sin novedad a bordo.

El buen humor, la camaradería la alegría de vivir y navegar parece ser la característica de estas múltiples expediciones de «Romería a España», cuyo inicio

tuvo lugar a finales de septiem-
bre.

EL VIAJE A ESPAÑA, COMO PREMIO A LA BELLEZA

La avanzada, la primera rome-
ra del mar, ha sido la bellísima
señorita Gloria Elena a Herrera,
bellísima, como lo demuestra el
hecho de que haya sido elegida
«reina de la belleza 1954» entre
todas las Casas regionales espa-
ñolas en Buenos Aires. El premio
fué un viaje a España como ini-
ciadora del plan «Romería». Qui-
zá uno de los motivos del éxito
que tienen esas expediciones esté
en esa gentil embajadora que del
otro lado del Atlántico nos llegó
con una banda de bandera sobre
el vestido. Pero al decir esto no
queremos insinuar que los rome-
ros trasatlánticos en vez de venir
de visita a España lo que hacen
es seguir la simpatía y belleza de
la señorita Gloria Elena Herre-
ra, la iniciadora, que después de
visitar nuestro país, al que llegó
a mediados de septiembre, se en-
cuentra ahora en Galicia pen-
diente de embarque para el re-
greso, en compañía de su madre
y de su prometido.

En estos últimos días ha habido
varios acontecimientos de un
parecido interés. En primer lu-
gar, la salida en avión desde el
aeropuerto transoceánico de Ba-
rajas de otro grupo de pastores
vascos, que van a Norteamérica
contratados dentro de un nuevo
cupo de trescientos cincuenta
pastores vascongados. El resto va
a salir próximamente, en expedi-
ciones sucesivas. Por otro lado, el
26 de octubre llegaba a Vigo el
«Monte Udala», trayendo a bordo
a ochenta emigrados de las ex-
pediciones «Romería a España».
El día 30 de octubre ataca en
La Coruña el «Marqués de Comi-
llas», procedente de Veracruz, La
Habana, La Guaira y Santa
Cruz de Tenerife. Esta nave des-
embarca ochenta y cuatro pasa-
jeros, la mayoría de los cuales
son también componentes de la
«Romería a España». El día 3 de
noviembre, los trasatlánticos
«Highland Monarch» y «Yapeyú»
desembarcaban en Vigo a veinti-
siete componentes de «Romería a
España», el primero, y a ochenta
miembros de esta «Romería» del
mar, el segundo, o sea, el «Ya-
peyú».

ESA LAGRIMA QUE SE QUIERE OCULTAR

Emoción patriótica en el puer-
to de Vigo. Una multitud de cu-
riosos presencia la llegada de esos
barcos. Se producen las escenas
de ternura que son propias al re-
torno de los emigrantes. Entre los
que llegan hay quien permanece
en la borda, como si el marco in-
igualable de la bahía le tuviese
el ánimo en suspenso. Como si
no creyese del todo en esa ver-
dad que tiene ante los ojos y que
le sacude dulcemente la «morri-
ña» acumulada durante años de
ausencia.

Los inspectores de Trabajo en-
cargados de la emigración suben
la escalerilla. Los pasajeros de
«Romería a España» se reúnen
en el comedor de primera y quien
lleva la responsabilidad de los
Servicios de Emigración en aque-

lla Delegación Provincial de Tra-
bajo habla a los que llegan de
América. Les dice que pueden re-
correr libremente nuestro país, ya
que no se trata de un viaje en
grupo o por itinerarios señalados.
Pregunta a los expedicionarios
por las incidencias de la travesía.
Ofrece sus servicios por si necesi-
tan algo de la Delegación de
Trabajo. Se revisan los pasapor-
tes.

Los emigrantes que vuelven tie-
nen acentos distintos, según sea
el país hispanoamericano de su
procedencia; pero hay entre to-
dos ellos mucho de común. Una
alegría manifiesta de encontrar-
se nuevamente en su Patria. Has-
ta interrumpen con vitores pa-
trióticos las breves palabras de
salutación que les son dirigidas.
Algunos están a punto de llorar.

Uno de los que llegan es el pa-
dre Mariano Pérez, del Corazón
de María, que ha estado cuaren-
ta años en la Argentina y tres en
las Escuelas Misionales del Uru-
guay. Propone que sea dirigido
un telegrama a S. E. el Jefe del
Estado. Todos quieren pagar este
telegrama y se decide que su im-
porte sea abonado a prorrato.
Tocan a muy poco cada uno. El
telegrama dice así:

«Vigo-El Pardo. S. F. el Gene-
ralísimo Franco: Al pisar bendi-
ta tierra de España, españoles de
Argentina y Uruguay «Romería a
España» hacen presente agrade-
cimiento gesto generoso y envían
emocionante abrazo.» Firman el
padre Mariano Pérez y el emi-
grante don Sixto García Zancu-
do en representación de todos.

Uno de los que llevan más años
en Ultramar es don Juan B. Ló-
pez Losada, que en 1902, hace
ahora cincuenta y dos años, em-
barcó en La Coruña para Améri-
ca en el vapor «Alfonso XIII». Es
natural de Sequeros (Lugo) y
tiene setenta y seis años de edad.
Dice que siente deseos de llorar.

—Partí hace cincuenta y dos
años para Méjico. ¡Cómo se sien-
te a España! ¡Qué generoso ha
sido el Generalísimo al conceder-
nos el favor de una travesía a
España completamente gratis!

(Habla muy emocionado y un
poco atropelladamente. Prorrump-
pe en vitores a España a Franco
y a Méjico.)

—No puedo olvidar ahora a
Méjico tampoco. Este país me ha
dado de comer durante la mayor
parte de mi vida. Allí sí que nos
quieren de verdad. El pueblo nos
quiere mucho.

Don Juan B. López Losada no
puede hablar más. Está muy
emocionado.

LA OPTICA ES LA QUE TRABAJA

Otro de los llegados es Manuel
Rodríguez Estors, natural de Vi-
go. Este ya está al desembarcar
en la población de destino. Era
mecánico en 1941 y se fué a tra-
bajar a Alemania. Estuvo en Des-
sau, en una fábrica de aviones
Junkers. Sufrió allí varios bom-
bardeos y, ante la llegada del
Ejército ruso, fué a Munich, don-
de se presentó a los soldados nor-
teamericanos. En Munich entró a
trabajar en una fábrica de ar-
tículos de óptica. Se casó con
una alemana y hace ocho años
marchó a Venezuela. Allí tuvo el

primer hijo. Tuvo suerte en co-
locarse y ahora está muy bien
colocado en su especialidad ópti-
ca en unas manufacturas metáli-
cas de las Fuerzas Aéreas vene-
zolanas.

Dice que los emigrantes italia-
nos se lamentan de que su país
no inicie también su «Romería a
Italia».

En un rincón de cubierta, como
queriendo pasar inadvertido, hay
un hombre. Se apoya en unas
muletas.

—¿Qué tiempo lleva fuera de
España?

—Veinticuatro años, señor.

—¿Cuántos tiene?

—Cuarenta y tres.

Se llama Manuel Alvarez. Es
natural de Lalín «del lugar de
Villatuje».

—Allí tengo a mis padres, que
aún viven y me están esperando.
¡Qué abrazo les voy a dar!

Manuel Alvarez perdió una
pierna a consecuencia de un ac-
cidente en 1949. Dice que no le
ha ido del todo mal en América.
Empezó como chófer y ahora tie-
ne taxi.

«PARECIA UN SUEÑO IRREALIZABLE»

Otro de los más entusiastas
componentes de «Romería a Es-
paña» es el asturiano don Enri-
que Alvarez Alvarez. Dice que es
obrero panadero y recalca mucho
lo de obrero. Lleva en América
veinticuatro años y dice que le
ha ido a medias, pero que no se
puede quejar.

—¿Cómo les ha parecido a los
miembros de la colonia española
esta iniciativa de una travesía
gratuita?

—¡Imagínese! Es muy agrada-
ble hacer una escapada para ver
la tierra donde uno nació, a la
familia y cuanto uno quiere más
en este mundo. Para muchos de
nosotros parecía un sueño irreali-
zable.

Hay que decir aquí que la in-
mensa mayoría de los componen-
tes de «Romería a España» son
de clase social humilde. Obreros,
chóferes, modistas, dependientes,
oficinistas... Por eso dice don En-
rique Alvarez lo del «sueño irreali-
zable».

Pero de don Enrique Alvarez
hay que decir otra cosa. Cuando
el «Monte Udala» había salido
hacia España, él fué quien el 12
de octubre propuso que se envia-
se un telegrama al Generalísimo
y él firmó ese telegrama en nom-
bre de todos. El texto decía así:

«A bordo «Monte Udala» en
viaje a la Patria, saluda a Su
Excelencia el Jefe del Estado en
esta magna fecha, aprovechando
la ocasión para agradecer al Go-
bierno la realización de esta «Ro-
mería», facilitando a los españo-
les en el extranjero la vuelta al
suelo patrio. Por componentes
«Romería», Enrique Alvarez Alva-
rez.»

Ahora María Juana Gómez, na-
tural de Chantada (Lugo), es la
que dice que emigró hace veinti-
dós años.

—Yo no vuelvo. Me quedo aquí,
en Vigo. No quiero salir de Es-
paña ya.

Son palabras entrecortadas las
que tienen esos emigrantes ante
la emoción del regreso. Una emo-
ción que difícilmente podrá com-

prender bien quien no haya vivido expatriado.

Todos se muestran encantados de su «Romería», que tiene una gran fuerza emotiva, pero también supone importantes ventajas económicas, ya que un viaje de ida y vuelta, que costaría unas dieciocho mil pesetas, puede hacerse así por una cantidad que no sobrepasa las cinco mil cuatrocientas pesetas. La travesía hasta España es completamente gratuita. La paga el Ministerio de Trabajo, y la vuelta a América, para los que, por tener allí fuertes intereses, quieran regresar, tiene un descuento de un diez por ciento, que cubre también el Ministerio de Trabajo.

Para completar nuestros datos hemos ido a la sección de Emigración, del Ministerio de Trabajo. Allí hemos hablado con el jefe de aquella sección, don Mariano González-Rothvoss, a quien se debe la primera idea de ese plan y su más directa realización conjunta, siguiendo instrucciones superiores.

SOBRE LA MESA, LAS RUTAS DEL MAR

Don Mariano González-Rothvoss es un tratadista en cuestiones sociales, y especialmente de las que se refieren a los problemas de migración. Da clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en la Escuela Social de Madrid y es académico de la Real de Jurisprudencia y Legislación.

Por ese calor humano de nuestro Ministerio laboral no se necesitan muchos trámites ni ceremonias para llegar hasta la sección de Emigración. Entra uno por la puerta, pasa por delante de las dos grandes estatuas que representan al trabajo; un par de impresionantes «ídolos» y entre trabajadores que van en comisiones o individualmente a consultar o resolver algún problema se llega a las secciones de Extranjero y de Emigración.

Aquí es donde don Mariano González-Rothvoss nos informa de lo siguiente:

El plan «Romería a España» ha nacido para facilitar a los emigrantes modestos la visita a nuestro país. Este es, además, un medio de premiar el patriotismo y la lealtad de nuestros emigrantes en América.

En este primer ensayo el Ministerio de Trabajo ha concedido un cupo de seis mil viajes, en los que se utiliza el sistema de bonos. Esta cantidad ha sido proporcionalmente al número de emigrantes españoles existente en cada país americano, o bien teniendo en cuenta las peticiones que han cursado nuestras representaciones diplomáticas y nuestros agentes consulares en aquellos países. La proporción va desde dos mil bonos de viaje concedidos al Consulado general de España en la República Argentina, hasta cantidades de veinticinco viajes, que se han otorgado a algún país menos extenso. Hasta Norteamérica ha entrado en el reparto de los bonos, pese a que la importancia numérica de nuestros emigrantes es muy rela-



Manuel Álvarez, de Villatuje, que perdió una pierna en accidente en 1949, y María Juana Gómez, de Chantada (Lugo). Ambos hace más de veinte años que no venían a España

tiva en aquel país. Se han concedido doscientos bonos de viaje gratuito a los organismos consulares españoles en los Estados Unidos.

Las representaciones españolas en los países de América son las que hacen la selección de los numerosos peticionarios que quieren acogerse a este primer ensayo de «Romería a España». Se exige un mínimo de diez años de permanencia en Ultramar, aunque, en casos especiales, pueden ser beneficiarios los que no llevan más que cinco años de expatriación en América.

Las instrucciones que a través del Ministerio de Asuntos Exteriores se han cursado a nuestras representaciones son bien concretas respecto a la gratuidad completa de la gestión consular.

Los acogidos a «Romería a España» no pueden viajar en camarotes de más de doce literas, y mucho menos en esos sollados en los que tantas veces se transportó la migración. Se quiere que el viaje sea realizado con comodidad. Si alguno de los señores pasajeros de «Romería a España» quiere mejorar su pasaje, puede hacerlo hasta un límite de doce mil pesetas en el viaje de ida. La mitad de esta cifra es sufragada por el Ministerio de Trabajo. Si alguien quisiera ir en una clase todavía superior, habría que sospechar que no precisa ninguna ayuda económica para ese viaje, cuyo sistema es para ayudar a los emigrantes modestos.

MAS DE DOS MILLONES DE ESPAÑOLES EN AMÉRICA

Los beneficiarios de este plan no están ni siquiera obligados a viajar en buques de bandera española, sino que pueden escoger la Compañía y la nave que más les convenga, aunque si hay que procurar que se formen pequeños grupos, para que sea más cordial la travesía.

Si los emigrantes españoles tienen hijos que no sean de nuestra nacionalidad, los pueden llevar también con ellos, ya que el plan

«Romería» es tan amplio que incluye incluso, a los emigrantes españoles que excepcionalmente, y por motivos profesionales, se hayan podido ver presionados a cambiar su nacionalidad de origen. Se les considera, a pesar de ello, como integrantes de la presencia española en América.

Hasta ahora han llegado ciento cuatro emigrantes, que embarcaron en Buenos Aires en barcos de Ybarra, Aznar, Mala Real Inglesa y la Compañía Argentina Doderó. Han venido cuarenta de Méjico en buques de la Trasatlántica y Aznar. De Montevideo llegaron ciento cinco, en barcos de Ybarra, Mala y Transportes Marítimos. Treinta y cinco de Venezuela, en buques de la Trasatlántica. Veinticinco de Cuba, también en barcos de la Trasatlántica. Tres de Panamá en el servicio de la Compañía Inglesa del Pacífico. Dos de la República Dominicana, en barcos de la Trasatlántica, y otros cien emigrantes que embarcados en distintos puertos de Hispanoamérica han llegado a Barcelona también en barco de nacionalidad española.

Estos son los hasta ahora desembarcados; pero en camino hay muchos más, y otros dispuestos a partir antes de fin de año, en que finaliza el primer ensayo del plan «Romería».

Referente a la magnitud de nuestras colonias humanas en América, en la sección de Emigración nos dicen lo siguiente:

Unos dos millones dieciocho mil españoles viven actualmente en América. El país en el que existe una colonia nuestra más numerosa es la República Argentina, con un millón doscientos diez mil personas. Cuba está en segundo lugar, con una cifra de trescientos mil españoles. Sigue luego Brasil con noventa y cinco mil componentes de nuestra colonia humana. Luego viene Chile, con ochenta mil españoles, y luego Uruguay, con sesenta y dos mil...

A todos ellos, y muy especialmente a los más necesitados de ayuda económica y espiritual, va dirigido el plan «Romería a España».

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

MOVILIZACION GENERAL EN NUESTROS CONSULADOS DE AMERICA



EL PLAN "ROMERIA ESPAÑOLA" ALGO NUEVO Y DIFICIL DE CREER



SORPRESA
Y ASOMBRO
ENTRE LOS
ESPAÑOLES
MODESTOS
DEL OTRO
LADO DEL
ATLÁNTICO

Dos fotografías de la venida de los componentes de «Romería a España». Gente humilde, en su mayoría, no puede evitar la emoción y el entusiasmo a la llegada a Patria